

JULIO VERNE.

LA CASA DE VAPOR.

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

LA CASA DE VAPOR.

SEGUNDA PARTE.

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

JULIO VERNE.

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR DON N. FERNANDEZ CUESTA.

EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS.



GASPAR, EDITORES.

4, PRÍNCIPE, 4.

MADRID. — 1883.

Es propiedad de los Editores.



LA CASA DE VAPOR.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

ALLAHABAD.

Entre Benarés y Allahabad la distancia es de unos 30 kilómetros. El camino sigue casi invariablemente la orilla derecha del Ganges entre el ferrocarril y el río. Storr se había proporcionado carbon en ladrillos y había cargado de ellos el tender; tenía, pues, el elefante su alimento asegurado para muchos días. Bien limpio, iba á decir bien almohazado, como si saliese del taller, esperaba impacientemente el momento de partir. No se movía sin duda alguna, pero algunos estremecimientos de sus ruedas indicaban la tension del vapor que llenaba sus pulmones de acero.

Nuestro tren se puso en marcha al amanecer del 24 con una celeridad de 3 á 4 millas por hora.

La noche pasó sin incidentes y no volvimos á ver al bengali.

Haremos aquí observar de una vez para siempre que el programa de cada día, que comprendía las horas de levantarse, desayunos, almuerzos, comidas y siesta, se cumplía con una exactitud militar. La existencia en la Casa de Vapor corria tan ordenadamente como en el bungalow de Calcuta. El paisaje se modificaba incesantemente á nuestra vista sin que al parecer se moviese la habitacion; nos habíamos acostumbrado á esta vida como un pasajero á la vida de á bordo en un buque trasatlántico, menos la monotonía, porque no estábamos como en un buque siempre encerrados en un mismo horizonte de mar.

A las once de la mañana vimos aparecer en la llanura un curioso mausoleo de arquitectura mogola levantado en honor de dos santos personajes del Islam, Kazein-Soliman, padre é hijo. Media hora después vimos la importante fortaleza de Chunar cuyos pintorescos parapetos coronan una roca inespugnable y acantilada de 150 pies sobre el nivel del Ganges.

No tratamos de hacer alto para visitar esta fortaleza, una de las mas importantes del valle del Ganges, situada de modo que puede economizar la pólvora y las balas en caso de ataque. En efecto, toda columna de ataque que tratase de llegar á los muros, seria aniquilada por una avalancha de piedras destinada al efecto.

Al pie de la roca se estiende la ciudad que lleva su nombre y cuyas lindas casas desaparecen bajo el verdor de los árboles.

Ya hemos visto que en Benarés existen muchos lugares privilegiados que son considerados por los indios como los mas sagrados del mundo. Contando bien se encontrarían centenares de ellos en la superficie de la península. La fortaleza de Chunar posee tambien una de estas milagrosas estaciones; allí se enseña una tabla de mármol en la cual un dios cualquiera viene regularmente á pasar la siesta cotidiana. Es verdad que este dios es invisible, por lo cual no tratamos de verle.

Por la noche, el Gigante de Acero hizo alto cerca de Mirzapore. Si la ciudad no está desprovista de templos, tampoco lo está de fábricas y tiene un puerto para la carga del algodón que produce el territorio. Esta ciudad será un dia muy rica por el comercio.

Al dia siguiente, 25 de mayo, bácia las dos de la tarde, vadeamos el pequeño río Tonsa que en aquella época no tenia mas de un pie de agua. A las cinco pasamos el puente del empalme del ferro-carril de Bombay á Calcuta. Casi en el sitio donde el Yumna desagua en el Ganges, admiramos el magnífico viaducto de hierro de diez y seis pilares de sesenta pies de altura, cuyas bases están sumergidas en las aguas de aquel soberbio afluente. Al llegar al puente de barcas, que tiene un kilómetro de longitud y que reúne las dos orillas del río, le atravesamos sin grandes dificultades, y por la noche acampamos al estremo de uno de los arrabales de Allahabad.

El dia 26 debía dedicarse á la visita de esta importante ciudad, punto de partida de los principales caminos de hierro del Indostan. Está situada en una posición admirable en el centro del mas rico territorio entre los dos brazos del Yumna y del Ganges.

La naturaleza ha hecho todo lo posible para que Allahabad sea la capital de la India inglesa, el centro del gobierno y la residencia del virey. No es imposible que lo llegue á ser un dia si los ciclones juegan alguna mala pasada á Calcuta, la metrópoli actual; lo cierto es que algunos hombres previsores han entrevisto esta eventualidad; y en el gran cuerpo que se llama la India, Allahabad es como el corazón, de la misma manera que París es el corazón de la Francia. Verdad es que Londres no está en el centro del Reino Unido; pero tampoco Londres tiene sobre las grandes ciudades inglesas como Liverpool, Manchester, Birmingham, la preeminencia que tiene París sobre las demás ciudades de Francia.

—Y desde aquí, pregunté á Banks, ¿vamos á marchar directamente hácia el Norte?

—Sí, respondió, ó á lo menos casi directamente. Allahabad es el límite occidental de esta primera parte de nuestra expedición.

—¡Al fin, exclamó el capitán Hod, al fin vamos á entrar en los territorios de caza! Bueno es visitar las grandes ciudades, pero son mejores las grandes llanuras, los grandes bosques. Si continuáramos de este modo siguiendo el trazado de los ferro-carriles, acabaríamos rodando por ellos y nuestro Gigante de Acero se convertiría en una simple locomotora. ¡Qué decadencia!

—Tranquilícese usted, Hod, contestó el ingeniero; eso no sucederá. En breve vamos á aventurarnos por los territorios que usted prefiere.

—¿Iremos derechos á la frontera indo-china, sin atravesar por Luknow?

—Mi parecer es que no pasemos por esa ciudad y mucho menos por Cawnpore que evocaría en el coronel Munro los mas funestos recuerdos.

—Tiene usted razon, dije yo, y me parece que nunca nos alejaremos bastante de esos sitios.

—Dígame usted, Banks, preguntó el capitán Hod, ¿no ha sabido usted nada de Nana Sahib en su visita á Benarés?

—Nada, respondió el ingeniero. Es probable que el gobernador de Bombay haya sido engañado otra vez y que no sea cierta la aparición de Nana Sahib en aquella pridencia.

—Es probable, en efecto, respondió el capitán, porque de otro modo ese rebelde hubiera hecho ya hablar de él.

—De todos modos, dijo Banks, tengo prisa de salir de este valle del Ganges que ha sido teatro de tantos desastres durante la insurrección de los cipayos desde Allahabad hasta Cawnpore. Sobre todo procuremos no pronunciar el nombre de esta ciudad ni el de Nana Sahib delante del coronel. Dejémosle dueño de sus pensamientos.

Al dia siguiente Banks quiso tambien acompañarme durante las tres horas que iba á dedicar á visitar la ciudad de Allahabad. Habrían sido necesarios tres dias para ver bien las tres ciudades que la componen; pero en suma es menos curiosa que Benarés, aunque se cuenta tambien entre las ciudades santas.

De la ciudad india no hay nada que decir: es una aglomeración de casas bajas separadas por calles estrechas, adornadas acá y allá por tamarindos magníficos.

De la ciudad inglesa y de los acantonamientos nada puede decirse tampoco. Hermosas alamedas, bien plantadas, casas ricas, plazas anchas, todos los elementos de una ciudad destinada á ser una gran capital.

El todo está situado en una vasta llanura limitada al Norte y al Sur por los ríos Yumna y Ganges y que lleva el nombre de Llanura de las Limosnas, porque los príncipes indios acuden á ella de cuando en cuando para ejecutar obras de caridad. Según lo que cuenta Mr. Rousselet, que cita un paisaje de la *Vida de Hionen Thsang*, es mas meritorio dar en este sitio una moneda que cien mil en otras partes.

El Dios de los cristianos no da mas que ciento por uno; pero aunque esta recompensa es cien veces menor, me inspira mas confianza.

Dos palabras acerca del fuerte de Allahabad que es curioso. Está construido al Oeste de la gran Llanura de las Limosnas y levanta atrevidamente sus altas murallas de asperon rojo desde las cuales los proyectiles pueden, digámoslo así, romper los brazos á los dos ríos. En el centro del fuerte hay un palacio, hoy convertido en parque, y en otro tiempo residencia favorita del sultan Akbar. Este palacio, el *Lat de Feroze Shachs*, soberbio monolito de diez y seis pies, coronado de un león; un pequeño templo que los indios no pueden visitar porque les está prohibida la entrada en el fuerte, aunque es uno de los sitios mas sagrados del mundo, forman los principales puntos de la fortaleza que atraen la atención de los viajeros.

Banks me dijo que el fuerte de Allahabad tiene tambien su leyenda que recuerda la leyenda bíblica relativa á la reconstrucción del templo de Salomon en Jerusalem.

Cuando el sultan quiso fabricar el fuerte de Allahabad, parece que las piedras se mostraron muy recalcitrantes. Apenas construida una muralla se derumbaba: consultado el oráculo sobre este punto, respondió como siempre, que se necesitaba una vic-

tima voluntaria para conjurar la mala suerte. Ofrecióse un indio en holocausto; fue sacrificado y se pudo acabar la construcción del fuerte. Este indio, se llamaba Brog y por eso la ciudad se designa hoy todavía con el nombre de Brog-abad, lo mismo que con el de Allahabad (1).

Banks me condujo en seguida á los jardines de Kosrú que son célebres, y merecen su celebridad. Allí, bajo la sombra de los mas hermosos tamarindos del universo, se levantan muchos mausoleos mahometanos y uno de ellos es la última morada del sultán cuyo nombre llevan aquellos jardines. En una de las paredes de mármol blanco está incrustada la palma de una mano enorme y nos la enseñaron con una complacencia que no habían tenido los brahmanes para las huellas sagradas de Gaya. Es verdad que no se trataba de la señal del pe de un dios, sino de la impresión de la mano de un simple mortal, nieto de Mahoma.

Durante la insurrección de 1857 no se economizó la sangre en Allahabad mucho mas que en las restantes ciudades del valle del Ganges. El combate dado por el ejército real á los rebeldes en el campo de maniobras de Benarés, promovió la sublevación de las tropas indígenas, y particularmente la del sexto regimiento del ejército de Bengala. En primer lugar, fueron asesinados ocho alféreces; pero gracias á la actitud enérgica de algunos artilleros europeos que pertenecían á los cuerpos de inválidos de Chunar, los cipayos acabaron por deponer las armas.

En los acantonamientos la cosa estuvo mas seria. Los indígenas se sublevaron, abrieron las cárceles, saquearon los almacenes é incendiaron las casas de los europeos. En estas circunstancias el coronel Neil, despues de haber restablecido el orden en Benarés, llegó con su regimiento y cien fusileros del regimiento de Madrás y acometiendo á los insurrectos, recobró el puente de barcas, se apoderó de los arrabales de la ciudad el 18 de junio, dispersó á los individuos del gobierno provisional que un musulman habia instalado y se hizo dueño de la provincia.

Durante nuestra corta escursión á Allahabad, Banks y yo tuvimos mucho cuidado para observar si éramos seguidos como lo habían sido en Benarés, pero esta vez no vimos nada sospechoso.

—No importa, me dijo el ingeniero; hay que desconfiar siempre. Yo hubiera querido pasar de incógnito, porque el nombre del coronel Munro es demasiado conocido de los indígenas de esta provincia.

A las seis estábamos de vuelta para comer. Sir Eduardo Munro, que hacia una ó dos horas que habia salido del campamento, nos esperaba ya. El capitán Hod habia ido á visitar á algunos de sus camaradas de guarnición en los acantonamientos y entró casi al mismo tiempo que nosotros.

Observé entonces, y comuniqué mi observación á Banks, que el coronel Munro estaba, no mas triste, pero sí mas pensativo que de costumbre y aun sorprendí en su mirada un brillo que las lágrimas hubieran debido secar hacia mucho tiempo.

—Tiene usted razon, me respondió Banks, algo sucede. ¿Qué habrá pasado?

—Preguntaremos á Mac-Neil.

—Sí, quizá Mac-Neil sabrá...

El ingeniero salió de la sala y abrió la puerta del cuarto del sargento.

El sargento no estaba allí.

—¿Dónde está Mac-Neil? preguntó Banks á Gumí que se disponía á servirnos á la mesa.

—Ha salido, respondió Gumí.

—¿Cuándo?

—Hará una hora; salió por orden del coronel.

—¿No sabes á dónde ha ido?

—No señor, ni tampoco la comision que lleva.

—¿No ha sucedido nada en nuestra ausencia?

—Nada.

Banks volvió, me notició la ausencia del sargento por un motivo que nadie conocia y repitió:

—No sé lo que sucede, pero sin duda pasa algo. Esperemos.

Nos pusimos á la mesa. Ordinariamente el coronel Munro tomaba parte en la conversacion durante las comidas. Gustaba de oír la relacion de nuestras escursiones y se interesaba en lo que habíamos hecho durante el día. Yo tenia cuidado de no hablarle jamás de lo que podia recordarle, ni aun de lejos, la insurrección de los cipayos. Creo que lo advertia, pero no sé si me lo agradecia. Por lo demás, esto no dejaba de ser difícil tratándose de ciudades como Benarés y Allahabad que habían sido teatro de la insurrección.

Aquel día, durante la comida, temí verme obligado á hablar de Allahabad; pero mi temor era vano, porque el coronel Munro no nos preguntó, ni á Banks ni á mí, sobre lo que habíamos hecho durante el día y permaneció mudo toda la comida. Su semblante pareció anublarse cada vez mas conforme pasaba el tiempo: miraba con frecuencia hácia el camino que conducía á los acantonamientos y muchas veces le vi inclinado á levantarse de la mesa para mirar en aquella direccion. Evidentemente esperaba con impaciencia la vuelta del sargento Mac-Neil.

La comida, pues, pasó tristemente. El capitán Hod interrogaba á Banks con la mirada, pero Banks no sabia mas que él.

Quando se acabó la comida, el coronel Munro, en vez de quedarse reposando, segun su costumbre, bajó la escalera de la galeria; dió algunos pasos por el camino y despues de mirar detenidamente en direccion de los acantonamientos, se volvió y nos dijo:

—Banks, Hod, Maucler, ¿quieren ustedes acompañarme hasta las primeras casas de los acantonamientos?

Nos levantamos inmediatamente y seguimos al coronel que caminaba con lentitud sin pronunciar una palabra.

Despues de haber andado unos cien pasos, se detuvo delante de un poste que estaba á la derecha del camino y en el cual habia un cartel pegado.

—Lean ustedes, dijo.

Era el anuncio fijado dos meses antes que ponía precio á la cabeza del nabab Nana Sahib y denunciaba su presencia en la presidencia de Bombay.

Banks y Hod no pudieron contener un ademán de despecho. Hasta entonces, lo mismo en Calcuta que durante nuestro viaje, habían evitado que esta noticia llegara á conocimiento del coronel. Una desagradable casualidad venia á frustrar sus precauciones.

—Banks, dijo sir Eduardo Munro tomando la mano del ingeniero, ¿sabias tú la noticia?

Banks no respondió.

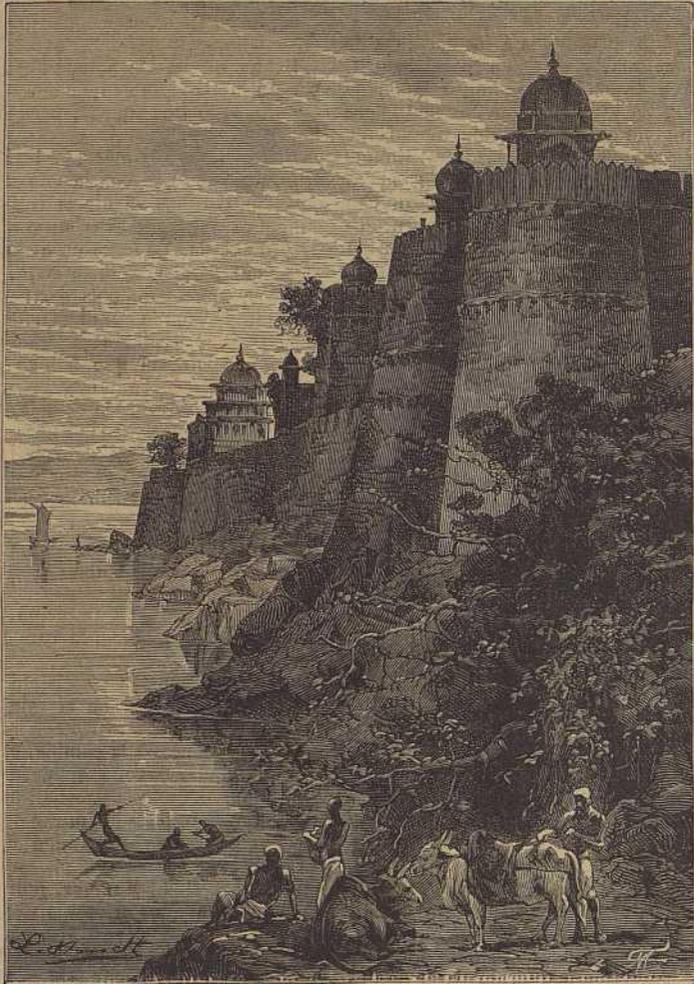
—Tú lo sabias hace dos meses, añadió el coronel; tú sabias que Nana Sahib habia sido visto en la presidencia de Bombay y no me has dicho nada.

Banks permanecia mudo no sabiendo qué responder.

—En efecto, mi coronel, exclamó el capitán Hod; sí lo sabíamos. ¿Pero para qué decirselo á usted? ¿Qué pruebas hay de que esa noticia sea cierta y para qué traer á la memoria acontecimientos que le hacen á usted tanto mal?

—Banks, exclamó el coronel Munro cuyo rostro

(1) La terminación abad, de origen semítico, significa ciudad, y Allah, Dios; de manera, que Allahabad equivale á decir ciudad de Dios. Bog, tiene en persa antiguo la misma significacion que Allah; de suerte que Bog ó Brogabád y Allahabad vienen á ser sinónimos.



El fuerte de Allahabad.

parecía trasfigurarse, ¿has olvidado que á mi mas que á ningun hombre toca hacer justicia de ese asesino? Sabe, pues, que si he consentido en salir de Calcuta es porque este viaje me traia al Norte de la India; sabe que no he creído, ni por un sólo momento, en la muerte de Nana Sahib y que no he olvidado mis deberes de justiciero. Al venir aquí no he tenido mas que una idea y una esperanza. He contado para acercarme á mi objeto con los accidentes del viaje y con la ayuda de Dios. Y he tenido razon, porque Dios me ha conducido delante de este cartel. No es, pues, al Norte á donde debo ir á buscar á Nana Sahib; es al Sur. Pues bien, iré al Sur.

Nuestros presentimientos no nos habian engañado. Era demasiado cierto que su idea fija dominaba mas que nunca al coronel Munro y acababa de comunicárnoslo con toda franqueza.

—Munro, respondió Banks, si no te he hablado de nada es porque no creia en la presencia de Nana Sahib en el territorio de Bombay. La autoridad indudablemente ha sido engañada una vez mas. En efecto, esa noticia es del 6 de marzo, y desde entonces absolutamente nada ha venido á confirmarla.

El coronel Munro no respondió á ésta observacion del ingeniero y se contentó con dirigir sus miradas al camino. Al cabo de un rato de observacion, dijo:

—Amigos míos, voy á saber lo que hay de cierto en todo esto. Mac Neil ha ido á Allahabad con una carta mia para el gobernador. Dentro de un instante sabré si, en efecto, Nana Sahib ha reaparecido en alguna de las provincias del Oeste, si está allí todavia ó si ha desaparecido.

—Y si le han visto y el hecho es indudable, Munro, ¿qué harás? preguntó Banks tomando la mano del coronel.

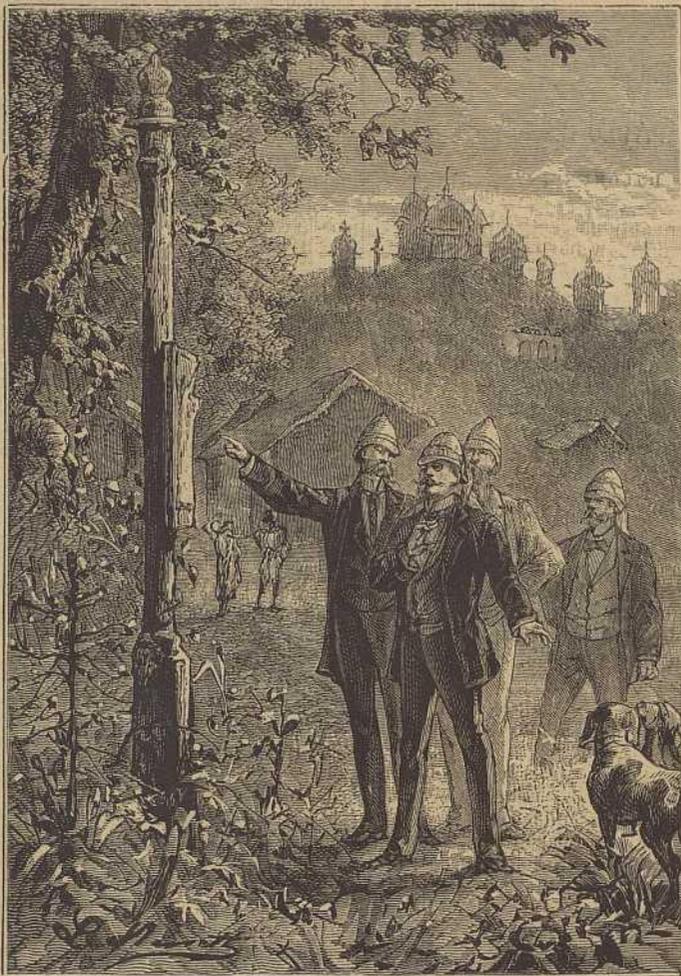
—Marcharé, respondió sir Eduardo Munro. Iré, á nombre de la justicia suprema á donde mi deber me mande ir.

—¿Estás absolutamente resuelto, Munro?

—Sí, Banks, absolutamente resuelto. Ustedes continuarán su viaje sin mí, amigos míos, y esta noche tomaré el tren de Bombay.

—Sea como quieras; pero no irás solo, respondió el ingeniero volviéndose hácia nosotros. Nosotros te acompañaremos.

—Sí, sí, mi coronel, exclamó el capitán Hod. No



Lean ustedes, dijo el coronel.

le dejaremos marchar á usted sin nosotros. En vez de cazar fieras, cazaremos tunantes.

—Coronel Munro, añadí yo, usted me permitirá también que le acompañe.

—Sí, Maucler, respondió Banks, y esta noche dejaremos todos á Allahabad.

—Es inútil, dijo una voz grave.

Nos volvimos. Era el sargento Mac-Neil que había llegado y tenía un periódico en la mano.

—Lea usted, mi coronel, dijo. El gobernador me ha mandado entregar á usted esto.

Sir Eduardo Munro leyó lo que sigue:

«El gobernador de la presidencia de Bombay anuncia al público que no tiene ya objeto la noticia del 6 de marzo último concerniente al nabab Dandu Pant. Ayer Nana Sahib, atacado en los desfiladeros de los montes Sautpurra donde se había refugiado con su tropa, ha sido muerto en la lucha. No hay duda posible sobre su identidad; ha sido reconocido por los habitantes de Cawnpore y de Luknow. Le faltaba un dedo de la mano izquierda, y se sabe que se lo había amputado en el momento de hacer falsas exequias para fingir su muerte. El reino de la India no

tiene nada que temer de las maniobras del cruel nabab que le ha costado tanta sangre.»

El coronel leyó estas líneas con voz sorda y luego dejó caer el periódico.

Nosotros guardamos silencio. La muerte de Nana Sahib, indiscutible esta vez, nos libraba de todo temor para el porvenir.

El coronel Munro, despues de algunos minutos de silencio, se pasó la mano por la frente como para borrar espantosos recuerdos, y dijo:

—¿Cuándo debemos marchar de aquí?

—Mañana al amanecer, respondió el ingeniero.

—Banks, dijo el coronel, ¿no podríamos detenernos algunas horas en Cawnpore?

—¿Quiéres...

—Sí, Banks, quisiera... quiero volver á ver por última vez á Cawnpore.

—Dentro de dos dias estaremos allí, respondió el ingeniero.

—¿Y despues? preguntó de nuevo Munro.

Despues, respondió Banks, continuaremos nuestra expedición hácia el norte de la India.

—Sí, sí, al Norte, al Norte, dijo el coronel con una

voz que me conmovió hasta el fondo del corazón.

Sin duda alguna sir Eduardo Munro conservaba todavía alguna esperanza de que no hubiera muerto Nana Sahib en el encuentro con las tropas inglesas. ¿Tenía razón contra lo que parecía ser la evidencia misma?

El porvenir nos lo dirá.

CAPITULO II.

VIA DOLOROSA.

El reino de Oude era antiguamente uno de los mas importantes de la península y hoy es todavía uno de los mas ricos de la India. Tuvo soberanos, unos fuertes y otros débiles: la debilidad de uno de ellos, llamado Wayad-Ali-Shah produjo la anexion de su reino al dominio de la compañía el 6 de febrero de 1857; es decir, pocos meses antes de estallar la insurreccion; y precisamente en este territorio fue donde se cometieron los mas espantosos asesinatos seguidos de las mas terribles represalias.

Dos nombres de ciudades han adquirido triste celebridad desde aquella época. Luknow y Cawnpore.

Luknow es la capital; Cawnpore es una de las principales ciudades del antiguo reino.

A Cawnpore queria ir el coronel Munro y allí llegamos, en efecto, en la mañana del 29 de mayo despues de haber seguido la orilla derecha del Ganges, atravesando una llanura cubierta de plantaciones de indigo. Por espacio de dos dias, el Gigante de Acero habia marchado con una velocidad media de tres leguas por hora, recorriendo así los 250 kilómetros que separan á Cawnpore de Allahabad.

Estábamos ya á cerca de mil kilómetros de Calcuta nuestro punto de partida.

Cawnpore es una ciudad de unas sesenta mil almas, que ocupa en la orilla derecha del Ganges una zona de terreno de cinco millas de largo. Tiene un acantonamiento militar con cuartel para siete mil hombres.

El viajero buscara en vano en esta ciudad algun monumento digno de llamar la atencion, aunque es de antiquísimo origen, y se dice anterior á la Era Cristiana. Así, pues, la curiosidad no nos hubiera llevado á Cawnpore si el coronel Munro no se hubiera empeñado en este viaje.

En la mañana del 30 de mayo salimos de nuestro campamento Banks, el capitan Hod y yo siguiendo al coronel y al sargento Mac Neil por aquella vía dolorosa, por aquel calvario, cuyas estaciones habia querido visitar de nuevo sir Eduardo Munro.

Véase la relacion abreviada de lo que Banks me dijo respecto de los sucesos de Cawnpore.

Cawnpore, guarnecida de tropas muy seguras en el momento de la anexion del reino de Oude, no tenia al principio de la insurreccion mas que una guarnicion de doscientos cincuenta soldados del ejército real contra tres regimientos de indígenas de infantería, el 1.º, el 53 y el 56, dos regimientos de infantería y una batería de artillería del ejército de Bengala.

Además, se encontraban en ella muchos europeos, empleados, negociantes, etc., y mas de ochocientas mujeres y niños de los oficiales y solda los del regimiento número 32 del ejército real que guarnecia á Luknow. El coronel Munro vivia en Cawnpore hacia algunos años, y allí era donde habia conocido á la jóven con quien se casó.

La señorita Honlay era una jóven inglesa, bella, inteligente y de carácter elevado, de noble corazón, de naturaleza heroica, digna de ser amada por un hombre como el coronel que la amaba y la adoraba. Vivía con su madre en un bungalow en las inmedia-

ciones de la ciudad, y allí, en 1855, se casó con ella Eduardo Munro.

Dos años despues de su matrimonio, en 1857, cuando estallaron los primeros movimientos de la insurreccion en Mirat, el coronel Munro tuvo que unirse inmediatamente á su regimiento y se vió obligado á dejar á su mujer y su suegra en Cawnpore recomendándoles que hicieran lo mas pronto posible sus preparativos de marcha para Calcuta. Pensaba, en efecto, que Cawnpore no era sitio seguro, y los sucesos vinieron á justificar demasiado sus presentimientos.

La marcha de la señora Honlay y de lady Munro, sufrió demoras que tuvieron consecuencias funestas. Las desgraciadas fueron sorprendidas por los acontecimientos y no pudieron salir de Cawnpore.

La guarnicion estaba entonces mandada por el general sir Hugo Wheeler, soldado honrado y leal, que en breve debia ser víctima de las astutas maniobras de Nana Sahib.

El nabab ocupaba entonces, á diez millas de distancia, su castillo de Bilhur, y desde largo tiempo aparentaba gran amistad hácia los europeos.

Ya sabe usted, mi querido Maucler, que las primeras tentativas de la insurreccion tuvieron efecto en Mirat y en Delhi. La noticia llegó el 14 de mayo á Cawnpore, y aquel mismo dia, el primer regimiento de cipayos se puso en actitud hostil.

Entonces Nana Sahib ofreció al gobierno su mediacion. El general Wheeler fue bastante imprudente para creer en la buena fé de aquel traidor cuyos soldados ocuparon inmediatamente los edificios de la tesorería.

En el mismo dia, un regimiento irregular de cipayos de paso en Cawnpore, asesinaba á sus oficiales europeos á las mismas puertas de la ciudad.

El peligro se presentó entonces tal como era, inmenso: el general Wheeler mandó á todos los europeos que se refugiaban en el cuartel donde estaban las mujeres y los niños del regimiento 32 de Luknow, cuartel situado en el punto mas cercano del camino de Allahabad, único por donde podían llegar socorros.

Allí debieron encerrarse lady Munro y su madre, y durante todo el tiempo del encierro, la jóven mostró una adhesión sin límites á sus compañeras de infortunio, cuidándolas por su propia mano, ayudándolas con su dinero, animándolas con su ejemplo y sus palabras y mostrándose, como ya he dicho, una mujer heroica.

Poco despues el arsenal fue confiado á la guardia de los soldados de Nana Sahib.

Entonces el traidor desplegó el estandarte de la insurreccion, y el 7 de junio, los cipayos, escitados por él, atacaron el cuartel, que no contaba mas que trescientos soldados útiles para defenderle.

Sin embargo, aquellos valientes se defendieron contra la multitud de sus sitiadores bajo una lluvia de proyectiles, desfallecidos por enfermedades de toda especie, muriendo de hambre y sed, sin viveres, porque las provisiones eran insuficientes, y sin agua, porque los pozos se secaron en breve.

Esta resistencia duró hasta el 27 de junio.

Nana Sahib propuso entonces una capitulacion que el general Wheeler cometió la falta imperdonable de aceptar, á pesar de las instancias de lady Munro, que le suplicaba que continuase la lucha.

A consecuencia de esta capitulacion los hombres, niños y mujeres, en todo quinientas personas, incluidas lady Munro y su madre, fueron embarcados en lanchas que debían bajar el Ganges y llevarlos á Allahabad.

Pero apenas los barcos se separaron de la orilla, los cipayos abrieron el fuego contra ellos; y á consecuencia de aquella granizada de balas y de metra-

lla, los unos se fueron á pique, los otros se incendiaron, y solo una de las embarcaciones logró bajar por el río algunas millas.

En esta embarcación estaban lady Munro y su madre, que por un momento pudieron creerse en salvo. Pero los soldados de Nana Sahib las persiguieron, las volvieron á prender y las llevaron á los acantonamientos. Allí se hizo una clasificación de prisioneros. Todos los hombres fueron pasados inmediatamente por las armas; y á las mujeres y á los niños se les reunió con las demás mujeres y niños que no habían sido asesinados en 27 de junio.

Era un total de doscientas víctimas á quienes estaba reservada una larga agonía y que fueron encerradas en un bungalow cuyo nombre de Bibi-Ghar es tristemente célebre desde entonces.

—¿Pero cómo ha sabido usted esos horribles detalles? preguntó á Banks.

—Por un veterano, sargento del regimiento 32 del ejército real, me respondió el ingeniero, el cual se escapó por milagro: fue recogido por el raiya de Raishwarah, provincia del reino de Oude, que le trató, lo mismo que á otros fugitivos, con la mayor humanidad.

—¿Y qué fue de lady Munro y de su madre?

—Mi querido amigo, me respondió Banks, no tenemos testimonios directos de lo que pasó desde aquella fecha, pero es demasiado fácil de conjeturar. Los cipayos eran dueños de Cawnpore, y lo fueron hasta el 15 de julio. Durante estos diez y nueve días ó, mejor dicho, diez y nueve siglos, las desgraciadas víctimas estuvieron esperando hora por hora un socorro que debía llegar demasiado tarde.

El general Havelock, que había salido tiempo antes de Calcuta, marchaba al socorro de Cawnpore; y después de haber derrotado á los rebeldes en muchos encuentros, entró en la ciudad el 17 de julio.

Pero dos días antes, cuando Nana Sahib supo que las tropas reales habían pasado el río de Pandú Naddi, resolvió señalar por una espantosa matanza las últimas horas de su ocupación. Todo le parecía permitido contra los invasores de la India. Algunos prisioneros que estaban cautivos con las mujeres del Bibi-Ghar, fueron llevados á su presencia y degollados á su vista.

Quedaba la multitud de mujeres y niños con lady Munro y su madre. Un peloton del 6.º regimiento de cipayos recibió orden de fusilarlos haciendo fuego por las ventanas del Bibi-Ghar. La ejecución comenzó; pero como no iba tan deprisa como deseaba Nana Sahib, que tenía que pensar en su retirada, aquel hombre sanguinario llamó á los carniceros musulmanes, los mezcló entre los soldados de su guardia y mandó entrar á degüello. Aquel bungalow se convirtió en un matadero.

Al día siguiente muertos y moribundos, mujeres y niños fueron precipitados en un pozo inmediato; y cuando los soldados de Havelock llegaron á aquel pozo colmado de cadáveres hasta el brocal, humeaba todavía.

Entonces comenzaron las represalias. Cierta número de rebeldes, cómplices de Nana Sahib, habían caído en manos del general Havelock y éste lanzó la siguiente orden del día, cuyos términos no olvidaré jamás:

«El pozo en que reposan los despojos mortales de las pobres mujeres y niños asesinados por orden del infame Nana Sahib, será relleno de tierra y cubierto con cuidado en forma de sepulcro. Un destacamento de soldados europeos mandados por un oficial se encargará de cumplir este piadoso deber. Las casas y las habitaciones donde se ha cometido el asesinato, quedarán sin limpiar, ni blanquear, por los compatriotas de las víctimas. El brigadier quiere que cada gota de sangre inocente sea limpiada y lamida

por la lengua de los reos antes de la ejecución proporcionalmente á su categoría de casta y á la parte que han tomado en el crimen. En su consecuencia, todo sentenciado, después de haber oído la lectura de su sentencia de muerte, será conducido á la casa donde se perpetraron los asesinatos y se le obligará á limpiar con la lengua una parte del suelo. Se tendrá cuidado de que esta tarea sea lo mas repugnante posible á los sentimientos religiosos del reo, y el preboste usará del látigo si fuere necesario para obligarlos. Cumplida esta tarea, se ejecutará la sentencia en la horca levantada cerca de la casa.»

—Tal fue, dijo Banks conmovido, aquella orden del día que se ejecutó en todas sus partes. Pero las víctimas ya no existían; habían sido degolladas, mutiladas, destrozadas; y cuando el coronel Munro, que llegó dos días después, quiso buscar los restos de su mujer y de su madre, no encontró nada.

Esto fue lo que me refirió Banks antes de mi llegada á Cawnpore. El coronel se dirigía, pues, al mismo sitio en que se había realizado aquella repugnante matanza.

Pero antes quiso volver á ver el bungalow donde había vivido lady Munro, donde había pasado su juventud, donde la había visto por última vez, donde había recibido sus últimos abrazos.

Este bungalow estaba situado á cierta distancia de los arrabales no lejos de la línea de los acantonamientos militares. Todo lo que de él quedaba eran ruinas, lienzos de pared todos ennegrecidos y algunos árboles tendidos en tierra y secos. El coronel no había permitido que se reparase nada: el bungalow estaba al cabo de seis años tal como le había dejado la mano de los incendiarios.

Pasamos una hora en aquel lugar de desolación. Sir Eduardo Munro pasaba silencioso al través de las ruinas que despertaban en él tantos recuerdos. Su pensamiento evocaba toda aquella existencia de felicidad que había desaparecido para siempre. Volvía á ver la joven feliz en aquella casa donde había nacido, donde él la había conocido y algunas veces cerraba los ojos como para verla mejor.

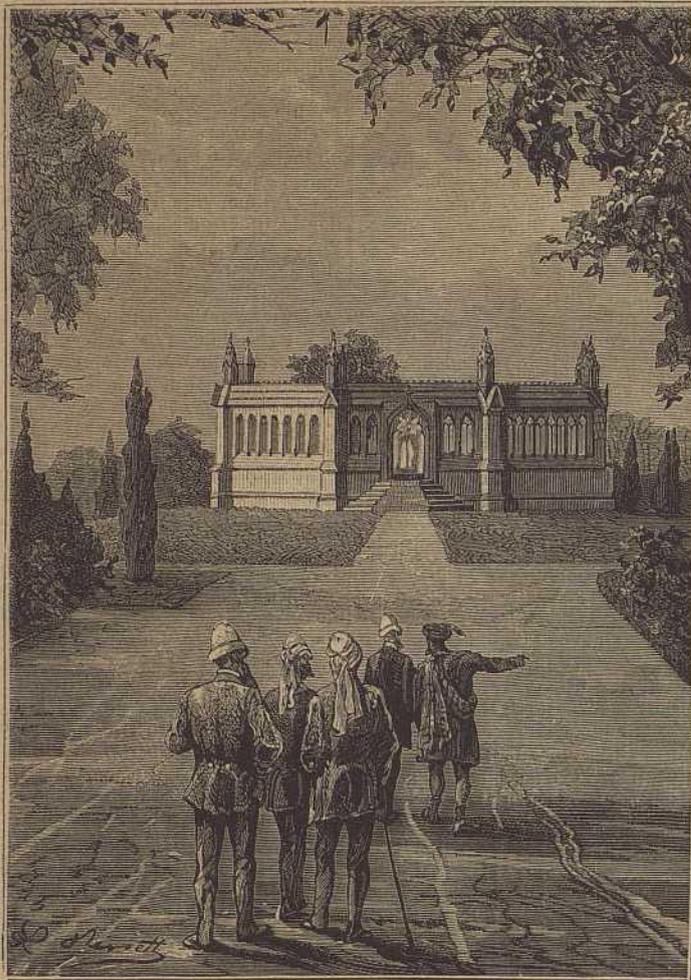
Al fin hizo un movimiento brusco como si hubiera querido hacerse violencia. Volvió hácia nosotros y nos llevó fuera de aquel recinto.

Banks esperaba que el coronel se limitaría quizá á visitar el bungalow; pero no: sir Eduardo Munro había resuelto agotar hasta las heces la copa de la amargura que le presentaba aquella ciudad funesta. Después de la casa de lady Munro, quiso ver el cuartel donde tantas víctimas socorridas por la mano de su heroica mujer habían sufrido todos los horrores de un sitio.

El cuartel estaba situado en la llanura fuera de la ciudad y sobre el sitio que había ocupado se estaba construyendo entonces una iglesia. Para llegar hasta aquel sitio donde la población europea de Cawnpore había tenido que refugiarse, seguimos un camino sombreado por hermosos árboles. Allí se había representado el primer acto de la horrible tragedia; allí habían vivido, padecido y agonizado lady Munro y su madre, hasta el momento en que la capitulación puso en manos de Nana Sahib aquella multitud de víctimas ya destinadas á un espantoso sacrificio á pesar de la promesa hecha por el traidor de conducir las sanas y salvas á Allahabad.

Alrededor de estas construcciones no acabadas se distinguían todavía restos de paredes de ladrillo y vestigios de las obras de defensa levantadas por el general Wheeler (1).

(1) Después se ha terminado la construcción de la iglesia conmemorativa y en las losas de mármol se han puesto inscripciones que recuerdan la memoria de los ingenieros del camino de hierro de la India Oriental que murieron de enfermedades ó de heridas durante la grande insurrección de 1857, la de los oficiales, sargentos,



Si no vienes, iré solo, dijo el coronel Munro

El coronel Munro permaneció largo tiempo inmóvil y silencioso delante de aquellas ruinas. A su mente se presentaban vivas en aquel momento las espantosas escenas de que habian sido teatro; despues del bungalow, donde lady Munro habia vivido feliz, el cuartel en que habia padecido mas de lo imaginable.

Le faltaba visitar el Bibi Ghar convertido en prision por Nana Sahib, y donde se abria el pozo en cuyo fondo yacian confusamente las victimas.

Cuando Banks vió al coronel dirigirse hácia aquel sitio, le tomó del brazo como para detenerle.

Sir Eduardo Munro le miró fijamente y con voz horriblemente tranquila, le dijo:

—Marchemos.

—Munro, yo te suplico...

cabos y soldados del regimiento 34 del ejército real, muertos en el combate del 17 de noviembre delante de Cawnpore, del capitán Stuart Beatson, de los oficiales hombres y mujeres del regimiento 32, muertos durante los sitios de Luknow y de Cawnpore ó en la insurreccion, y en fin, la memoria de los mártires de Bibi Ghar asesinados en Julio de 1857.

—Si no vienes, iré solo.

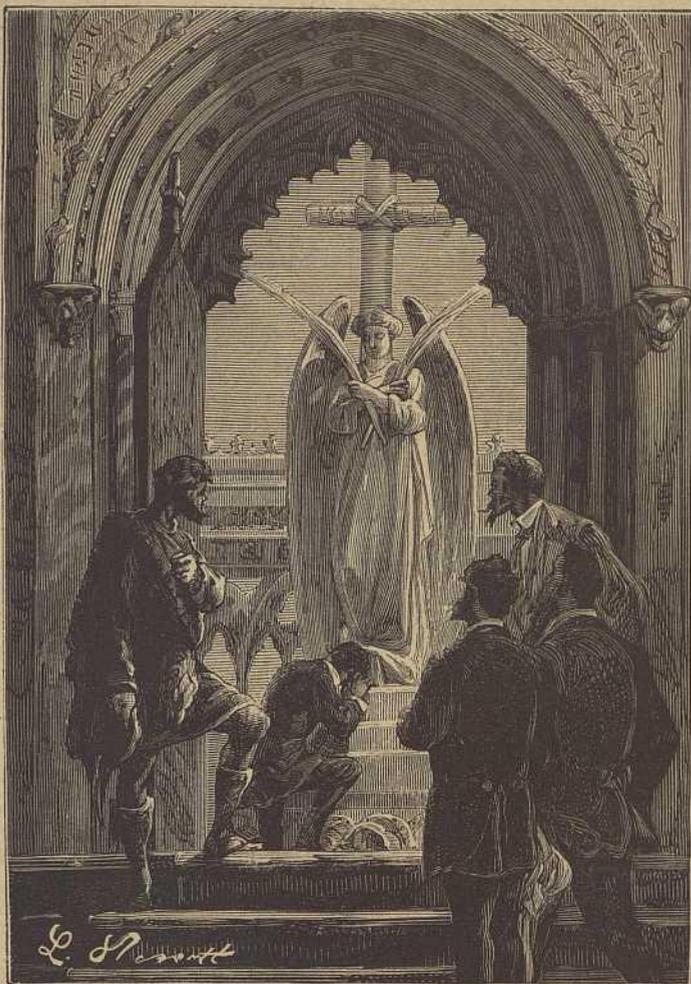
No habia medio de resistirse.

Nos dirigimos entonces hácia el Bibi Ghar, al cual preceden jardines bien dispuestos y plantados de hermosos árboles.

Allí se levanta una columnata de estilo gótico y de forma octógona que rodea el sitio donde estaba el pozo, cuya boca se encuentra cerrada por un revestimiento de piedra. Este revestimiento forma una especie de zócalo que sostiene una estatua de mármol blanco que representa el ángel de la compasion y es una de las últimas obras debidas al cincel del escultor Marochetti.

Lord Canning, gobernador general de la India durante la terrible insurreccion de 1857, fue quien mandó levantar este monumento espiatorio construido con arreglo á los planos del coronel de ingenieros Yule. Lord Canning quiso tambien pagarle de su propio peculio.

Delante de este pozo, en el cual las dos mujeres, madre é hija, despues de heridas por los verdugos de Nana Sahib, habian sido precipitadas aun vivas



El coronel no pudo contener sus lágrimas y cayó de rodillas.

quizá, sir Eduardo Munro no pudo contener sus lágrimas y cayó de rodillas sobre la piedra del monumento.

El sargento Mac-Neil, á su lado, lloraba en silencio.

Todos teníamos el corazón quebrantado, no pudiendo hacer nada para consolar aquel dolor inconsolable y esperando que sir Eduardo Munro se serenase después de haber derramado las últimas lágrimas que podían brotar de sus ojos.

¡Ah, si hubiera sido de los primeros soldados del ejército real que entraron en Cawnpore y que penetraron en aquel Bibi Ghar después de la matanza, hubiera muerto de dolor!

En efecto, uno de los oficiales del ejército inglés hace de aquella escena esta relación copiada por Mr. Rousselet:

«Apenas entramos en Cawnpore, corrimos en busca de las pobres mujeres que sabíamos estaban en poder del odioso Nana Sahib; pero pronto supimos la horrible ejecución. Torturados por una terrible sed de venganza y comprendiendo los espantosos padeci-

mientos que habían debido experimentar las desdichadas víctimas, sentíamos despertarse en nosotros extrañas y crueles ideas. Medio locos corrimos hacia el triste lugar del martirio. La sangre coagulada mezclada con restos informes de cadáveres, cubría el suelo de la habitación donde habían estado encerradas y nos llegaba hasta los tobillos. Largas trenzas de cabellos sedosos, girones de vestidos, zapatitos de niños y juguetes cubrían aquel suelo húmedo de sangre. Las paredes manchadas también de sangre presentaban las señales de la horrible agonía. Recogí un librito de oraciones cuya primera página tenía estas líneas conmovedoras: «27 de junio hemos dejado los barcos... 7 de julio prisioneros de Nana Sahib... día fatal.» Pero no eran estos los únicos horrores que teníamos que presenciar. Mas horrible todavía fue la vista del pozo profundo y estrecho donde estaban hacinados confusamente los restos de aquellas tiernas criaturas...»

Sir Eduardo Munro no estaba allí en los primeros momentos en que los soldados de Havelock se apoderaron de la ciudad. No llegó sino dos días después

del odioso sacrificio y á la sazón no tenia delante de su vista mas que el sitio donde se abrió el funesto pozo, tumba sin nombre de las 200 victimas de Nana Sahib.

Esta vez Banks, ayudado del sargento, logró separarle á la fuerza de aquel lugar funesto.

El coronel Munro no debia olvidar jamás aquellas dos palabras que uno de los soldados de Havelock trazó con su bayoneta en el brocal del pozo:

Remember Cawnpore.

Acuérdate de Cawnpore.

CAPITULO III.

EL CAMBIO DE MONZON.

A las once estábamos de regreso en el campamento y ya se comprenderá que deseábamos abandonar cuanto antes á Cawnpore; pero eran necesarios algunos reparos en la bomba de alimentacion de la máquina y éstos no nos permitieron marchar hasta el amanecer del dia siguiente. Me quedaba, pues, medio dia y creí que debia aprovecharle visitando á Luknow. La intencion de Banks era no pasar por esta ciudad, en la cual el coronel Munro habria encontrado escenas que le recordarian la pasada guerra. Tenia razon, habia allí recuerdos demasiado penosos para él.

Así, pues, salí á las doce de la Casa de Vapor y tomé el ramal del ferro-carril que une á Cawnpore con Luknow. El trayecto es de unas 20 leguas y llegué en dos horas á la importante capital del reino de Oude, de la cual queria tomar solamente una vista á la ligera, lo que se llama una impresion.

Por lo demás, reconocí la verdad de lo que habia oido decir á propósito de los monumentos de Luknow, construidos bajo el reinado de los Emperadores musulmanes en el siglo xvii. Un francés, natural de Lyon, llamado Martin, un simple soldado del ejército de Lally-Tollendal, que fue favorito del Rey en 1730, fue el creador, y aun pudiera decirse el arquitecto de las pretendidas murallas de la capital del Oude. La residencia oficial de los soberanos: el Kaiser-Bagh, reunion heterogénea de todos los estilos que podian ocurrirse á la imaginacion de un cabo, es una obra superficial. Nada hay en ella interior; todo es exterior; pero este exterior es á la vez indio, chino, morisco y europeo. Lo mismo sucede respecto de otro palacio mas pequeño, el Farid-Bagh, igualmente obra de Martin. En cuanto al Imambara construido en el centro de la fortaleza por Kaihatulla el primer arquitecto de las Indias en el siglo xvii, es realmente soberbio, y produce un efecto grandioso con los mil campanarios que erizan sus cortinas.

No podia yo dejar á Luknow sin visitar el palacio Constantino que es tambien obra personal del cabo francés y lleva el nombre de palacio de la Martinie-re. Quise tambien ver el jardín inmediato llamado el Secander Bagh donde fueron muertos á centenares los cipayos que habian violado la tumba del humilde soldado antes de abandonar la ciudad.

Debo añadir que el nombre de Martin no es el único francés honrado en Luknow. Un antiguo sargento de cazadores de Africa llamado Duprat, se distinguió de tal modo por su valor durante el período de la insurreccion que los rebeldes le ofrecieron el mando en jefe de sus fuerzas. Duprat rechazó noblemente la oferta á pesar de las riquezas que le prometieron y de las amenazas que se le prodigaron, permaneciendo fiel á los ingleses. No habiendo conseguido los tiros de los cipayos que hiciera traicion al gobierno inglés, fue muerto en un encuentro. «Perro infiel, dijeron los rebeldes, hemos de tenerte á pesar tuyo.» Le tuvieron, pero muerto.

Los nombres de estos dos soldados franceses fueron, pues, unidos en las mismas represalias. Los cipayos que habian violado la tumba del uno y abierto el sepulcro del otro fueron muertos sin compasion.

En fin, despues de haber admirado los magníficos parques que serman como un cinturón de verdor y de flores en torno de esta gran ciudad de 500.000 habitantes y despues de haber recorrido montado en un elefante las calles principales y su magnífica alameda de Hazra-Gaully, volví á tomar el tren y regresé aquella misma noche á Cawnpore.

Al dia siguiente, 31 de mayo, al amanecer, nos pusimos en camino.

—En fin, exclamó el capitán Hod, ya hemos concluido con Allahabad, Cawnpore, Luknow y las demás ciudades, que á mi me importan lo mismo que un cartucho vacío.

—Sí, hemos concluido, Hod, respondió Banks y ahora vamos á marchar directamente al Norte hasta que lleguemos á la base del Himalaya.

—¡Bravo! dijo el capitán. Lo que yo llamo la India por excelencia, no son las provincias erizadas de ciudades ó pobladas de indios, sino aquellas donde viven en libertad mis amigos los elefantes, los leones, los tigres, las panteras, los leopardos, los osos, los búfalos y las serpientes. Esa es la única parte verdaderamente habitable de la peninsula. Usted la verá Mautler y no sentirá haber abandonado las maravillas del valle del Ganges.

—En compañía de usted, no echaré nada de menos, mi querido capitán, respondió.

—Sin embargo, dijo Banks, hay tambien en el Norte ciudades muy interesantes como Delhi, Agra, Lahore....

—¡Bah! amigo Banks, exclamó Hod, ¿quién ha oido hablar de esos miserables villorrios?

—¡Miserables villorrios! dijo Banks. No, amigo Hod, son ciudades magníficas.

—No tenga usted cuidado, amigo mio, añadió volviéndose hácia mí; trataremos de enseñárselas á usted sin interrumpir los planes de campaña del capitán.

—Ehorabuena, respondió el capitán; pero desde hoy solamente comienza nuestro viaje.

Despues con voz fuerte, exclamó:

—¡Fox!

El asistente acudió.

—Presente, mi capitán, dijo.

—¡Fox! dispon los fusiles, las carabinas y los revólvers.

—Están en órden.

—Visita las baterías.

—Están visitadas.

—Prepara los cartuchos.

—Están preparados.

—¿No falta nada?

—Nada.

—Que todo esté á punto.

—Está.

—Fox, no tardarás en agregar á tu gloriosa lista el número 38.

—Para el 38, exclamó el asistente cuyos ojos brillaron un momento, voy á preparar una balita explosiva de que no podrá quejarse con razon.

—Anda, Fox, anda.

Fox saludó militarmente; dió media vuelta y se dirigió á la sala de armas.

Ahora veamos el itinerario de esta segunda parte de nuestro viaje, itinerario que no debia modificarse á no ser que ocurrieran acontecimientos imprevistos.

Por espacio de 75 kilómetros debiamos subir por las orillas del Ganges, dirigiéndonos hácia el Noroeste; pero desde este punto, el itinerario tomaba la direccion del Norte entre uno de los afluentes del gran rio y otro afluente importante del Gutmí. De esta

manera evitábamos cierto número de rios, que se dispersan á derecha y á izquierda, y por Biswah, su biriamos oblicuamente hasta las primeras ondulaciones de las montañas del Nepal, atravesando la parte occidental del reino de Oude y del Rokilkhande.

El ingeniero habia escogido juiciosamente este trayecto para evitar todas las dificultades. Si el carbon era mas difícil de encontrar en el norte del Indostan, en cambio no debia faltarlos leña jamás. Nuestro Gigante de Acero podrá circular fácilmente con mas ó menos velocidad por los caminos bien conservados y al través de los mas hermosos bosques de la península india.

Ochenta kilómetros poco mas ó menos nos separaban de la pequeña ciudad de Biswah y convinimos en que lo andaríamos en seis días, con una celeridad muy moderada. Esto nos permitia detenernos en los sitios que nos agradaran, para dar tiempo á los cazadores de la expedición á mostrar sus proezas. Además el capitán Hod, el asistente Fox y Gumí, podian fácilmente cazar por el camino mientras el Gigante de Acero, caminaba al paso. No me estaba prohibido acompañarles en sus batidas, aunque no era yo un cazador muy experimentado, y algunas veces les acompañé.

Debo decir que desde el momento en que nuestro viaje entró en una nueva fase, el coronel Munro se mantuvo menos reservado. Me pareció que se hacia mas sociable, una vez alejado de las ciudades y viviendo en los bosques y en las llanuras apartadas del valle del Ganges, que acabábamos de recorrer. En estas condiciones, parecia que recobraba la tranquilidad de la existencia que habia llevado en Calcuta. Sin embargo, ¿podia olvidar que su casa portátil caminaba hacia el norte de la India, á donde le atraia alguna fatalidad irresistible? De todos modos su conversacion era mas animada durante las comidas y en las horas de la siesta y á veces en las horas de alto se prolongaba hasta bien entrada la noche, que todavia en la estacion de los calores era hermosa. En cuanto á Mac-Neil, desde la visita al pozo de Cawnpore, me parecia mas taciturno. La vista del Bibi-Ghar, ¿habria reanimado en él un rencor que pensaba satisfacer todavia?

Un día me dijo:

—No, señor Maucier, no; no es posible que nos hayan muerto á Nana Sahib.

El primer día se pasó sin incidentes que merezcan la pena de mencionarse. Ni el capitán Hod, ni Fox, tuvieron ocasion de apuntar á ningun animal. Esto era desconsolador y hasta extraordinario, tanto que se preguntaban si la aparicion del Gigante de Acero seria lo que causara la ausencia de las terribles fieras de aquellas llanuras. En efecto, costeamos algunos bosques, que son el retiro habitual de los tigres y otras fieras; pero ninguno se mostró, no obstante que los dos cazadores se habian apartado hasta una ó dos millas á uno y otro lado de nuestro convoy. Tuvieron, pues, que resignarse á llevar á Black y á Fan para la caza menor, que reclamaba diariamente monsieur Parazard. En esto nuestro cocinero negro no admitia excusas; y cuando el asistente le hablaba de tigres, leopardos ú otros animales poco comestibles, se encogia desdenosamente de hombros y decia:

—¿Por ventura, se come eso?

Aquella noche acampamos al abrigo de un grupo de enormes bananeros. La noche fue tan tranquila, como lo habia sido el día, sin que turbaran el silencio los rugidos de las fieras. Nuestro elefante descansaba; no se oian tampoco sus relinchos; los fuegos del campamento se habian apagado y para satisfacer al capitán, Banks no habia querido siquiera establecer la corriente eléctrica, que convertia los ojos del elefante en dos poderosos fanales. Pero nada, el capitán no pudo encontrar una fiera.

Lo mismo sucedió en los días 1.º y 2 de junio. Era para desesperarse.

—Me han cambiado mi reino de Oude, repeta el capitán; me le han trasportado á Europa. No hay aqui mas tigres que en las llanuras de Escocia.

—Es posible, mi querido Hod, dijo el coronel Munro, que se hayan hecho batidas en estos territorios y que las fieras hayan emigrado en masa. Pero no se desespere usted y aguarde á que lleguemos al pie de las montañas del Nepal. Allí podrá usted ejercer útilmente sus instintos de cazador.

—Esa esperanza me anima, mi coronel, respondió Hod moviendo la cabeza. Sin eso, tendríamos que fundir las balas para hacer perdigones.

El día 3 de junio, fue uno de los mas calurosos que habíamos sufrido hasta entonces. Si el camino no hubiera estado sombreado por grandes árboles, creo que nos habríamos cocido en nuestra casa portátil. El termómetro subió á 47º á la sombra y no habia un soplo de aire. Era, pues, posible que con semejante temperatura y en aquella atmósfera de fuego, las fieras no pensarán en salir de sus cuevas ni siquiera durante la noche.

Al día siguiente, 4 de junio, al salir el sol, el horizonte se mostró por primera vez bastante nublado hacia el Oeste, y entonces pudimos contemplar el magnífico espectáculo de uno de esos fenómenos de espejismo que en ciertas partes de la India se llaman *sikote* ó castillos aéreos, y en otras *desasur* ó ilusion. No eran, en efecto, mares con sus curiosos reflejos los que parecían extenderse á nuestra vista; era toda una cordillera de colinas poco elevadas, coronada de los castillos mas fantásticos, algo parecidos á las alturas de ua valle del Rhin con los antiguos castillos de los burgraves. Por un momento nos encontramos trasportados, no solamente á la parte romana de la vieja Europa, sino á quinientos ó seiscientos años mas atrás, en plena Edad Media.

Este fenómeno, cuya claridad era sorprendente, nos parecia una verdad absoluta. Así el Gigante de Acero, con todo el aparato de la maquinaria moderna marchando hacia una ciudad del siglo xi, me parecia una cosa mas extraordinaria y mas fuera de tiempo y de pais, que cuando corria coronado por sus penachos de vapores por las tierras de Visnú y de Brahma.

—Gracias, señora naturaleza, exclamó el capitán Hod. Despues de tantos minaretes y tantas cúpulas, tantas mezquitas y pagodas, nos presentas una vieja ciudad de la época feudal con las maravillas romanas ó góticas que despliega á nuestra vista.

—¿Qué poeta se ha vuelto esta mañana nuestro amigo Hod! dijo Banks. Antes de almorzar se habrá comido una balada.

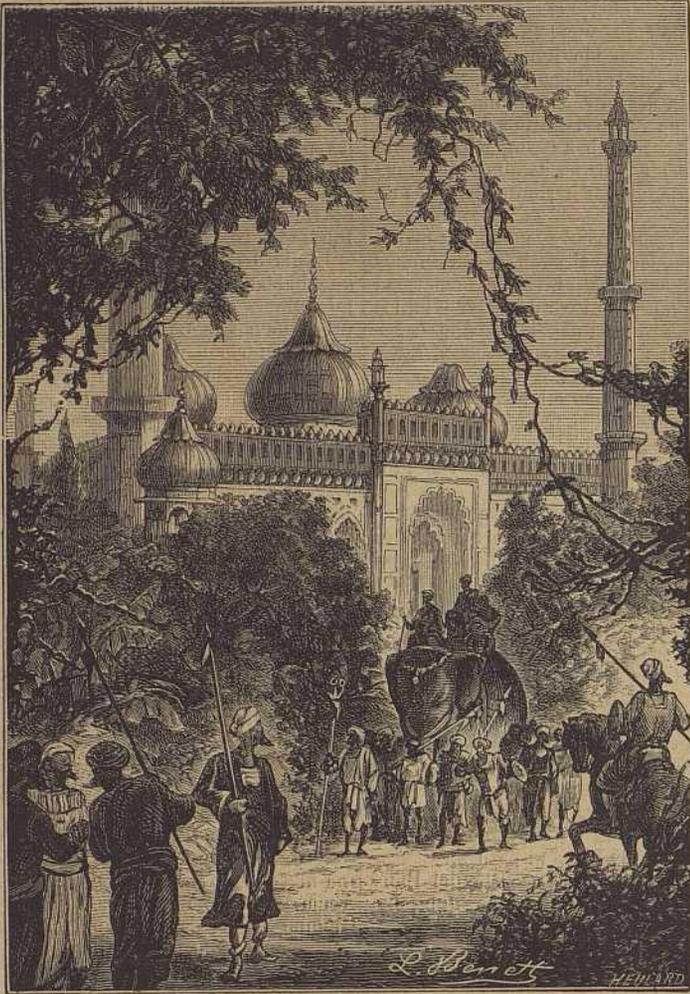
—No se burle usted, Banks, dijo el capitán. En vez de burlarse, observe. Allí tiene usted los objetos que se aumentan en los primeros términos del cuadro; allí tiene usted arbustos que se convierten en árboles, las colinas que se hacen montañas, los.....

—Los simples gatos que se harian tigres si hubiera gatos, ¿no es verdad, Hod?

—¡Ah! Banks, no serian cosa despreciable... pero ya se hunden mis castillos del Rhin; ya desaparece la ciudad y volvemos á caer en la realidad; tenemos un simple paisaje del reino de Oude, paisaje que las fieras no se dignan ya habitar.

En efecto, el sol subiendo mas por el horizonte acababa de modificar instantáneamente los juegos de la refraccion. Las ciudades que teníamos á la vista, como castillos de cartas, caian sobre la colina y ésta se trasformaba en llanura.

—Pues bien, ya que el espejismo ha desaparecido, dijo Banks, y que con él se ha disipado toda la vena poética del capitán Hod, ¿quieren ustedes, amigos míos, saber lo que presagia ese fenómeno?



Recorri montado en un elefante las calles principales y su magnífica Siamesa.

—Dígame usted, ingeniero, contestó el capitán.

—Un próximo cambio de tiempo, respondió Banks. Estamos en los primeros días de junio en los cuales se producen modificaciones climatéricas. La variación de la monzon va á traer la estación de las lluvias periódicas.

—Mi querido Banks, dije yo, estamos en sitio cerrado y cubierto; por consiguiente que venga la lluvia; aunque fuese diluviana, me parecería preferible á estos calores.

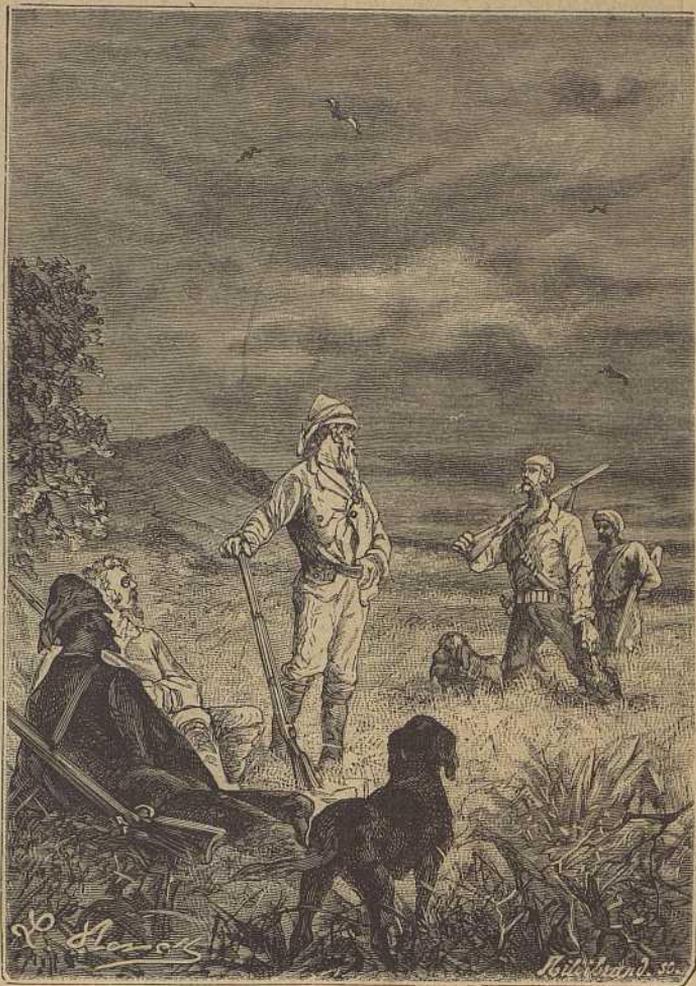
—Quedará usted satisfecho, mi querido amigo, respondió Banks. Creo que la lluvia no está lejos y que pronto veremos subir las nubes del Sudoeste.

Banks no se engañaba. Al anoecer el horizonte occidental comenzó á cargarse de vapores, lo que indicaba que la monzon, como sucede con frecuencia, iba á establecerse durante la noche. El Océano indio nos enviaba al través de la península sus brumas saturadas de electricidad, como otros tantos odres del dios Eolo, que contenían el huracán y la tormenta.

Algunos otros fenómenos, que hubieran sido indicios seguros para un anglo-indio, se manifestaron

durante aquel día. Por el camino y durante la marcha del tren, habíamos visto revolotear nubes de polvo muy tenue. El movimiento de las ruedas, poco rápido por lo demás, del motor y de los dos coches, podría haber levantado este polvo, pero no con tanta intensidad. Parecía una nube de ese vello tenue que hace danzar en el aire una máquina eléctrica puesta en movimiento. El sol podía compararse con un inmenso receptor, en el cual se hubiera acumulado la electricidad por espacio de muchos días. Además aquel polvo se tenía de reflejos amarillentos de un singular efecto y en cada molécula brillaba un centrito luminoso. Había instantes en que todo nuestro aparato parecía marchar rodeado de llamas; llamas sin calor, pero que no se parecían en nada, ni por su color, ni por su brillo, á los fuegos de San Telmo.

Storr nos contó que algunas veces había visto trenes correr sobre los carriles en medio de una doble fila de polvo luminoso, y Banks confirmó lo dicho por el maquinista. Durante un cuarto de hora, pude yo observar muy exactamente este singular fenómeno



Quedará usted satisfecho, respondió Banks.

desde el interior de la torrecilla, que dominaba el camino en una estension de 5 á 6 kilómetros. El camino, sin árboles, estaba lleno de polvo calentado hasta el blanco, por los rayos tropicales del sol. En aquel momento, me pareció que el calor de la atmósfera era superior al del fogon de la máquina, calor verdaderamente insufrible y cuando acudí á respirar un aire mas fresco bajo el impulso de las ondulaciones de la punka, estaba medio sofocado.

Por la tarde, hacía las siete, la Casa de Vapor se detuvo. El sitio de alto elegido por Banks, fue la entrada de un bosque de magníficos bananeros, que parecía estenderse hasta el infinito hácia el Norte. Un hermoso camino le atravesaba y nos prometía para el día siguiente un trayecto mas fácil bajo altas y grandes bóvedas de follaje.

Los bananeros gigantes de la flora india, son verdaderos abuelos, digámoslo así, jefes de la familia vegetal que están rodeados de sus hijos y nietos. Estos, lanzándose de una raíz comun, suben rectos en torno del tronco principal, del cual están completamente separados y van á perderse entre las altas ra-

mas paternas como para abrigarse bajo aquel espeso follaje, como los pollos bajo el ala de su madre. De aquí el curioso aspecto que presentan estos bosques seculares. Los árboles viejos parecen columnas aisladas que sostienen la inmensa bóveda, cuyas finas aristas se apoyan en jóvenes bananeros, que á su vez se convertirán en columnas algun día.

Aquella noche se organizó el campamento de un modo mas completo que de ordinario. Si el día siguiente debia ser tan cálido como el que acabábamos de pasar, Banks se proponia prolongar el alto y viajar durante la noche. El coronel Munro se complacia en pasar algunas horas en aquel hermoso bosque tan sombrío y tan tranquilo. Todos habíamos aceptado su parecer; los unos porque tenian necesidad verdaderamente de descanso, y los otros porque querian ver si encontraban por fin algun animal digno del fusil de un cazador experimentado. Ya se sabe quienes eran estos últimos.

—Fox, Gumí, no son mas que las siete, dijo el capitán Hod. Démos una vuelta por el bosque antes que venga la noche. ¿Nos acompañará usted, Maucler?



El sitio elegido por Banks, fue la entrada de un bosque de magníficos bananeros.

—Mi querido Hod, dijo Banks antes que yo pudiera responder, hará usted bien en no alejarse del campamento. El cielo está muy amenazador; si la tempestad se desencadena, les costará á ustedes trabajo volver. Mañana, si estamos aquí, podrán ustedes...

—Mañana será de día, respondió el capitán, y ahora la ocasión es propicia para intentar la aventura.

—Lo sé, Hod, pero la noche que se prepara no tiene nada de agradable. En todo caso, si persiste usted en marchar, no se aleje mucho. Dentro de una hora la noche será oscurísima y tendrán ustedes dificultades para volver al campamento.

—No tenga usted cuidado, Banks, son apenas las siete y no pido á mi coronel mas que una licencia de diez horas.

—Vaya usted, mi querido Hod, respondió sir Eduardo Munro, pero tenga en cuenta los consejos de Banks.

—Sí, mi coronel.

El capitán Hod, Fox y Gumí, armados de excelentes carabinas de caza, salieron del campamento y

desaparecieron bajo los altos bananeros de la derecha del camino.

Como estaba tan fatigado por el calor de aquel día, yo preferí quedarme en la Casa de Vapor.

Entre tanto, por orden de Banks, los fuegos en vez de apagarse completamente, se conservaron en el fondo del fogón, de manera que pudiéramos tener una ó dos atmósferas de presión en la caldera. El ingeniero quería estar pronto para atender á todos los acontecimientos que pudieran sobrevenir.

Storr y Kaluth se ocuparon en reponer el combustible y el agua. Un arroyuelo que corría á la izquierda del camino les suministró el líquido necesario, y los árboles inmediatos la leña que necesitaban para cargar el ténder. Entre tanto monsieur Parazard se entregaba á sus ocupaciones habituales, y recogiendo los restos de la comida del día, meditaba sobre la del día siguiente.

Habia aun bastante claridad, y el coronel Munro, Banks, Mac-Neil y yo, la aprovechamos para sentarnos á orillas del arroyuelo. La corriente de aquella agua límpida refrescaba la atmósfera que era muy solo-

cante áun á aquella hora de la tarde. El sol no se habia ocultado todavia; su luz tenia de un color oscuro la masa de vapores que se iban acumulando poco á poco en el zénit, y que se veian al través de los claros del follaje. Eran nubes espesas condensadas, que no parecian movidas por ningun viento, sino al contrario, tener en sí mismas el motor.

Nuestra conversacion duró hasta cerca de las ocho. De cuando en cuando Banks se levantaba é iba á tomar una vista mas estensa del horizonte que cortaba la llanura á menos de un cuarto de milla del campamento. Siempre que volvia movia la cabeza de un modo poco tranquilizador. La última vez le acompañamos. Ya empezaba á oscurecer bajo la cubierta de los bananeros. Al llegar al extremo del bosque, vi que se estendia hácia el Oeste una inmensa llanura que terminaba en una série de cerros cuyas formas se dibujaban vagamente, y se confundian ya con las nubes.

El aspecto del cielo era terrible en medio de su tranquilidad. Ningun soplo de viento agitaba las altas hojas de los árboles; pero no era aquel el reposo de la naturaleza dormida que los poetas han cautado con tanta frecuencia; era, por el contrario, un sueño pesado y enfermizo. Parecía como si hubiera una tension en la atmósfera, y no puedo comparar el espacio mas que con la caja de vapores de una caldera cuando el fluido demasiado comprimido, está pronto á estallar.

La explosion era inminente.

En efecto, las nubes tempestuosas estaban muy elevadas como sucede generalmente en las llanuras, y presentaban anchos contornos curvilíneos y claramente delineados. Parecian hincharse poco á poco, disminuir en número y aumentar en volumen sin dejar de adherirse á la misma base. Evidentemente no tardarian en fundirse todas en una sola masa, aumentando la densidad. Ya las pequeñas nubes adicionales, espermentando una especie de influencia atractiva y chocando unas con otras, se perdian confusamente en el conjunto.

Hácia las ocho y media un relámpago en zig-zag, de ángulos muy agudos, desgarró la masa sombría en una longitud de 2,500 á 3,000 metros.

Sesenta y cinco segundos despues, estallaba el trueno y prolongaba sus sordos bramidos propios de este género de relámpagos, y que duraron unos quince segundos.

—Veintin kilómetros, dijo Banks, despues de haber consultado su reloj; es casi la distancia máxima á que se puede oír el trueno. Pero una vez desencadenada la tempestad no tardará en llegar, y no debemos esperarla. Volvamos á casa, amigos míos.

—¿Y el capitán Hod? dijo el sargento Mac-Neil.

—Este trueno le ha dado el órden de volver, respondió Banks, y espero que obedecerá.

Cinco minutos despues, estábamos de vuelta en el campamento y nos sentábamos bajo la galería del salón.

CAPITULO IV.

TRES FUEGOS.

La India comparte con ciertos territorios del Brasil, entre otros, el de Rio-Janeiro, el privilegio de ser el pais mas trabajado por las tempestades entre todos los del globo. Si en Francia, Inglaterra, Alemania, parte media de la Europa, se calculan en mas de veinte por año los dias en que se oye el ruido del trueno, conviene saber que en la península india este número asciende anualmente á mas de cincuenta.

Esto respecto de la meteorología general. En nuestro caso particular, á causa de las circunstancias en

que la tempestad se producía, debíamos esperar que tuviera una gran violencia.

Cuando entramos en la Casa de Vapor, consulté el barómetro y observé que habia habido una baja súbita de dos pulgadas en la columna mercurial, que estaba á 27 pulgadas cuando poco antes habia estado á 29 (1).

Comuniqué esta observacion al coronel Munro, y me dijo:

—Estoy alarmado por la ausencia del capitán Hod y de sus compañeros. La tempestad es inminente; la noche viene y las tinieblas se presentan. Los cazadores siempre se alejan mas de lo que prometen y tambien mas de lo que quieren. ¿Cómo podrán encontrar el camino para volver con semejante oscuridad?

—Están locos, dijo Banks. Imposible hacerles oír la razon. Ciertamente hubiera valido mas que se hubieran quedado.

—Sin duda, Banks; pero ya han marchado, respondió el coronel Munro, y es preciso hacer lo posible para que vuelvan.

—¿No hay medio de darles una señal que les indique dónde estamos? pregunté yo al ingeniero.

—Sí, respondió Banks, encendiendo nuestros faros eléctricos que son de un gran poder de iluminacion y se ven de muy lejos. Voy á establecer la corriente.

—¡Escelente idea, Banks.

—¿Quiere usted que salga yo en busca del capitán? dijo el sargento.

—No, mi buen Neil, respondió el coronel Munro, porque no los encontrarías y te perderías tú.

Banks se puso en disposicion de utilizar los fuegos: estableció la corriente, y en breve los dos ojos del Gigante de Acero, como dos faros, prolongaban su haz luminoso al través de la sombra que hacian los bananeros. Cierta que en aquella noche oscura el alcance de los fuegos debia ser muy considerable y podia guiar á nuestros cazadores.

En aquel momento se desencadenó una especie de huracán con estrema violencia, desgarrando las cimas de los árboles, oblicuando hácia el suelo y silbando al través de los troncos de los bananeros como si hubiera atravesado los tubos sonoros de un órgano.

Una granizada de ramas muertas y un aluvion de hojas arrancadas, llenó el camino. La techumbre de la Casa de Vapor resonó como un quejido lastimero bajo aquella avalancha que producía un ruido continuo.

Fue preciso ponernos á cubierto en el salón y cerrar todas las ventanas. Pero aun no caía lluvia ninguna.

—Es una especie de *tifon*, dijo Banks.

Los indios dan este nombre á los huracanes impetuosos y repentinos que devastan mas particularmente las regiones montañosas y son muy temidos en el pais.

—¡Storr! gritó Banks, dirigiéndose al maquinista, ¿has cerrado cuidadosamente las ventanas de la torrecilla?

—Sí señor, respondió el maquinista; no hay nada que temer por ese lado.

—¿Dónde está Kaluth?

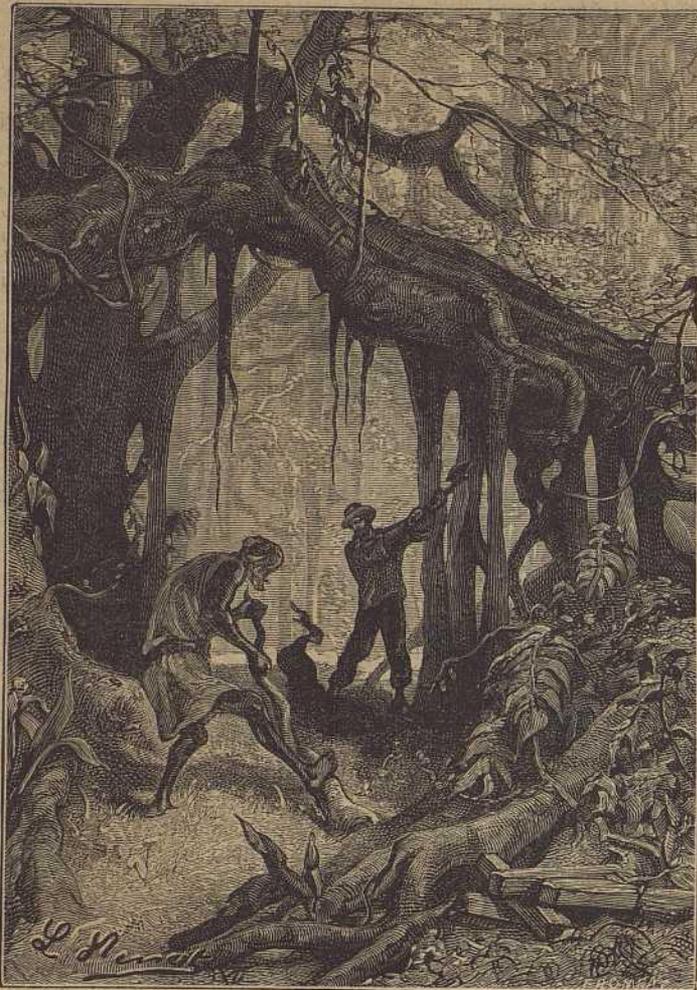
—Acaba de cargar de combustible el ténder.

—Mañana, añadió el ingeniero, para recoger combustible, no tendremos mas trabajo que bajar por él: el viento se ha hecho leñador y nos ahorra el trabajo de cortar leña. Mantén la presión, Storr, y despues vuelve á ponerte á cubierto.

—Al instante.

—¿Están llenos los baldes, Kaluth? preguntó Banks.

(1) Unos 750 milímetros.



Storr y Kaluth se ocuparon en reponer el combustible.

—Sí señor, respondió el fogonero. El repuesto de agua está completo.

—Bien, entra, entra.

El maquinista y el fogonero entraron en breve en el segundo carruaje.

A la sazón los relámpagos eran frecuentes y la explosión de las nubes eléctricas despedía un sordo y prolongado ruido. El tifón no había refrescado la atmósfera; era un viento tórrido, un soplo abrasador que quemaba como si hubiera salido de la boca de un horno.

Sir Eduardo Munro, Banks, Mac-Neil y yo, no dejábamos el salón mas que para asomarnos á la galería. Al mirar las altas copas de los bananeros las veíamos dibujarse como un fino encaje negro sobre el fondo encendido del cielo. No había un relámpago que no fuese seguido á los pocos segundos por el zumbido del trueno. No había tenido tiempo de estinguirse un eco, cuando se repetía un nuevo estallido. El ruido era profundo y continuo, y sobre él se destacaban á veces detonaciones secas de esas que

Lucrecio ha comparado tan justamente con el ruido del papel que se desgarrá.

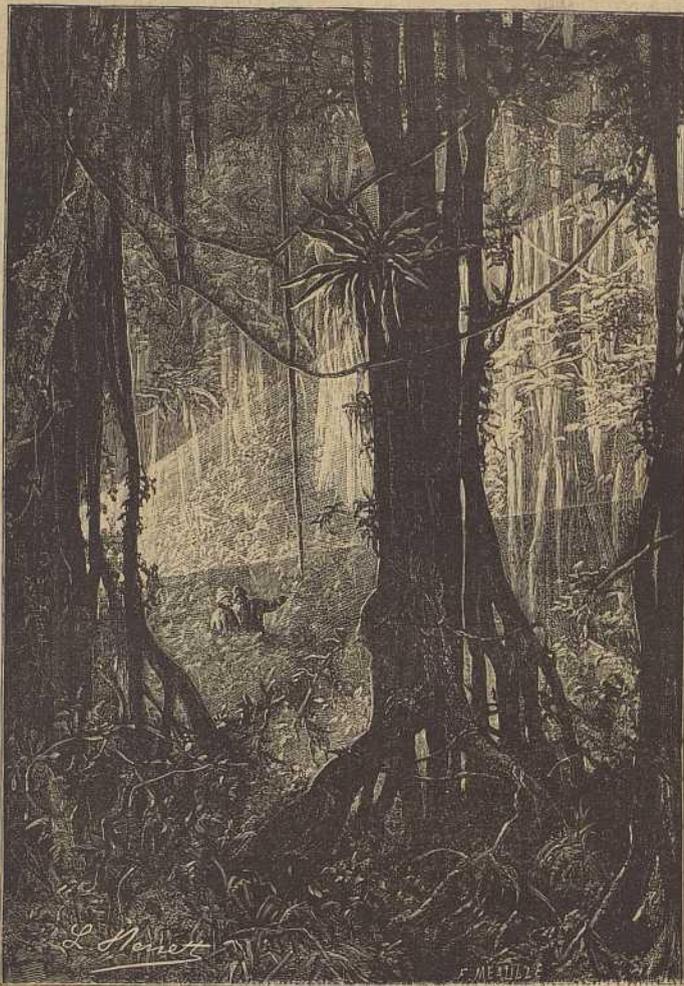
—¿Cómo es que la tempestad no les ha hecho venir todavía? decía el coronel Munro.

—Quizá, respondió el sargento, el capitán Hod y sus compañeros han encontrado abrigo en el bosque en el hueco de algún árbol ó de alguna roca, y no vendrán hasta mañana. De todos modos, el campamento está dispuesto para recibirlos á todas horas.

Banks movió la cabeza muy alarmado: no parecía ser de la opinión de Mac Neil.

En aquel momento, eran ya cerca de las nueve, comenzó la lluvia á caer con gran violencia mezclada de enormes granizos que nos lapidaban y saltaban sobre el techo sonoro de la Casa de Vapor. Era como un redoble seco de tambores, y hubiera sido imposible oír conversacion ninguna aun cuando los estallidos del trueno no hubiesen llenado el espacio. Las hojas de los bananeros desmenuzadas por el granizo revoloteaban por todas partes.

Banks no podía hacerse oír en medio de aquel tu-



Se declaró una especie de huracán que desgarró las ramas de los árboles.

multo, y tendiendo los brazos, nos mostró los granizos que daban sobre los costados del Gigante de Acero.

¡Cosa que parecía imposible! Todo centelleaba al contacto de aquellos cuerpos duros. Parecía que caían de las nubes verdaderas gotas de un metal en fusión, que chocando con el acero, despedían chorros luminosos. Aquel fenómeno indicaba hasta qué punto estaba la atmósfera saturada de electricidad. La batería fulminante la atravesaba sin cesar hasta tal punto, que todo el espacio parecía ardiendo en vivas llamas.

Banks, con un ademán, nos hizo entrar en el salón y cerró la puerta que daba á la galería. Había, en efecto, grave peligro en esponerse al aire libre al choque de las influencias eléctricas.

Estábamos en el interior en una oscuridad que hacía más completa la fulguración exterior. Entonces, con gran admiración nuestra, vimos que la saliva que escupíamos era luminosa. Era necesario que estuviésemos impregnados del fluido ambiente hasta un

punto extraordinario, para que se verificase aquel fenómeno.

Escupimos fuego, para emplear la expresión que ha servido para caracterizar este fenómeno, raras veces observado, pero siempre espantoso. A la verdad, en medio de aquella conflagración continúa, fuego al interior, fuego al exterior, entre el redoble de los truenos acentuados por los estallidos de las exhalaciones, el corazón más firme no podía menos de latir apresuradamente.

—¿Dónde estarán? dijo el coronel Munro.

—En efecto, ¿qué será de ellos? respondió Banks.

Todos estábamos tristemente alarmados y no podíamos hacer nada para auxiliar al capitán Hod y á sus compañeros amenazados tan seriamente.

En efecto, si habían encontrado algún abrigo, no podía ser sino bajo los árboles, y sabido es en estas condiciones cuántos peligros se corren durante una tempestad. En medio de aquel bosque tan denso, ¿cómo habrían podido colocarse á 5 ó 6 metros de la vertical que pasa por el extremo de las ramas más lar-

gas, como se recomienda, á las personas que se hallan sorprendidas á las inmediaciones de los árboles?

Todas estas reflexiones me ocurrían cuando un trueno más seco que los otros estalló de repente medio segundo después de haber brillado el relámpago.

La Casa de Vapor tembló y se vió como levantada sobre sus resortes. Yo creí que el tren iba á ser echado por el suelo.

Al mismo tiempo llenó el espacio un olor fuerte y penetrante de vapores nitrosos; y en efecto, el agua de lluvia recogida durante la tormenta, contenía gran cantidad de ácido nítrico.

—Ha caído un rayo, dijo Mac-Neil.

—¡Storr! ¡Kaluth! ¡Parazard! gritó Banks.

Los tres llegaron al salón. Por fortuna, ninguno ha sido herido. El ingeniero abrió entonces la puerta de la galería y se adelantó al balcón.

—Allí; miren ustedes, dijo.

El rayo había caído en un enorme bananero á diez pasos á la izquierda del camino. Bajo el incensante resplandor eléctrico, se veía como en pleno día. El inmenso tronco, que ya no podía ser sostenido por sus renuevos, había caído sobre los árboles inmediatos; su corteza había desaparecido en toda su longitud y se agitaba al viento como una serpiente que se retuerce en el aire. Era preciso que el descortezamiento se hubiera verificado de abajo arriba bajo la acción de una exhalación de extrema violencia.

—Unas cuantas varas más y la Casa de Vapor hubiera sido herida del rayo, dijo el ingeniero. Permanezcamos aquí, sin embargo, todavía éste es un abrigo más seguro que el de los árboles.

—Permanezcamos, respondió el coronel Munro:

En aquel momento se oyeron gritos, eran nuestros compañeros que volvían.

—Es la voz de Parazard, dijo Storr.

En efecto, el cocinero, que estaba en la galería última nos llamaba á grandes gritos.

Acudimos allá.

A menos de cien metros detrás del tren y á la derecha del campamento, estaba ardiendo el bosque de bananeros. Las más altas cimas de los árboles desaparecían ya bajo una cortina de llamas. El incendio se desarrollaba con una intensidad increíble y se dirigía hácia la Casa Vapor más rápidamente de lo que hubiera podido creerse.

El peligro era inminente. Una larga sequía, la elevación de la temperatura durante los tres meses de la estación calurosa habían agostado árboles, arbustos y yerbas; el incendio se alimentaba de todo aquel combustible tan inflamable, y como sucede frecuentemente en las Indias, el bosque entero iba á ser probablemente devorado.

En efecto, se veía al fuego estender el círculo de su acción y aproximarse á nosotros. Si llegaba al sitio del campamento, en tres minutos quedarían destruidos los dos coches, porque sus delgadas tablas no podían defenderse del fuego como las espesas paredes de acero de una caja para guardar valores.

Estábamos silenciosos delante de aquel peligro, El coronel Munro se cruzó de brazos y dijo:

—Banks, á tí te toca sacarnos de este apuro.

—Sí, Munro, respondió el ingeniero; y como no tenemos medio ninguno de apagar el incendio, es preciso huir de él.

—¿A pié? pregunté yo.

—No, con nuestro tren.

—¿Y el capitán Hod y sus compañeros? dijo Mac-Neil.

—No podemos hacer nada por ellos. Si no están de vuelta antes de nuestra partida, tendremos que marchar á pesar de todo.

—No debemos abandonarlos, dijo el coronel.

—Munro, respondió Banks, cuando el tren esté en

seguridad, fuera del alcance del fuego, volveremos y recorreremos el bosque hasta que los hayamos encontrado.

—Sea como quieras, Banks, respondió el coronel que cedió al fin á la opinión del ingeniero, en realidad la única que podía seguirse.

—¡Storr! dijo Banks, á la máquina, Kaluth, á la caldera. ¿Qué presión indica el manómetro?

—Dos atmósferas, respondió el maquinista.

—Es preciso que dentro de diez minutos tengamos cuatro. Vamos, amigos míos, manos á la obra.

El maquinista y el fogonero no perdieron un instante. En breve salieron torrentes de humo negro de la trompa del elefante mezclándose con los torrentes de lluvia que el Gigante parecía desafiar, respondiendo con torbellinos de chispas á los relámpagos que abrasaban el espacio. Por la chimenea salía un chorro de vapor y el tiro artificial activaba el calor de la leña que Kaluth ponía en el fogueo.

Sir Eduardo Munro, Banks y yo habíamos permanecido en la galería posterior, observando los progresos del incendio por el bosque. Estos eran rápidos y espantosos: los grandes árboles se destrozaban en aquel inmenso hogar; las ramas estallaban como tiros de revólvers; las llamas se retorcian de un tronco á otro; el fuego se comunicaba á nuevos combustibles. En cinco minutos el incendio había adelantado cincuenta pasos, y las llamas, como una cabellera suelta y agitada á impulso del viento, se elevaban á tal altura que los relámpagos las surcaban en todos sentidos.

—Es preciso marchar antes de cinco minutos, dijo Banks; de lo contrario todo el tren se quemará.

—Muy deprisa camina ese incendio, dije yo.

—Nosotros caminaremos más deprisa que él.

—Si Hod estuviese aquí, si hubieran regresado ya nuestros compañeros, dijo sir Eduardo Munro.

—Daremos algunos silbidos, exclamó Banks: puede que los oigan.

Y precipitándose á la torrecilla hizo resonar el aire con los sonidos agudos que dominaban el ruido profundo del trueno y debían llegar muy lejos. El lector puede figurarse esta situación: yo no podría pintarla.

Por una parte la necesidad de huir lo más pronto posible; por otra la obligación de esperar á los que no habían regresado todavía.

Banks volvió á la galería posterior. El incendio llegaba á menos de cincuenta pasos de la Casa de Vapor. Sentíase en torno nuestro un calor insostenible, y el aire iba á hacerse en breve impropio para la respiración. Muchos leños encendidos caían ya en nuestro tren. Por fortuna, la lluvia torrencial le protegía en cierto modo, pero evidentemente no podría defenderle del ataque directo del fuego.

La máquina continuaba lanzando sus silbidos estridentes, pero ni Hod, ni Fox, ni Gumí, volvían.

En aquel momento el maquinista se llegó á Banks y le dijo:

—Ya estamos en presión.

—Pues bien, en marcha Storr, respondió Banks, pero no muy deprisa... lo necesario solamente para ponernos fuera del alcance del incendio.

—Espera, Banks, espera; dijo el coronel Munro, que no podía decidirse á dejar el campamento.

—Esperaré tres minutos, Munro, respondió firmemente Banks; pero nada más. Dentro de tres minutos el fuego llegará á la cola del tren.

Pasaron dos minutos: ya era imposible permanecer en la galería, ni siquiera poner la mano sobre la barandilla de hierro que quemaba. Permanecer algunos instantes más, hubiera sido cometer la última imprudencia.

—En Marcha, Storr, gritó Banks.

—¡Ah! exclamó el sargento.

—¡Ya vienen! dije yo.

El capitán Hod y Fox aparecieron entonces a la derecha del camino llevando en sus brazos á Gumí como un cuerpo inerte y llegaron al estribo de atrás.

—¡Muerto! exclamó Banks.

—No; herido por el rayo, que le ha roto el fusil en la mano y paralizado de la pierna izquierda.

—¡Dios sea loado! dijo Munro.

—Gracias, Banks, añadió el capitán. Sin los silbidos de la máquina no hubiéramos podido encontrar el campamento.

—¡En marcha! gritó Banks, ¡en marcha!

Hod y Fox subieron en el tren, y á Gumí, que no había perdido el uso de sus sentidos, le dejaron en su cuarto.

—¿Qué presión tenemos? preguntó Banks dirigiéndose al maquinista.

—Cerca de cinco atmósferas, respondió Storr.

—En marcha, repitió Banks.

Eran las diez y media. Banks y Storr pasaron á la torrecilla. Se abrió el regulador: el vapor se precipitó en los cilindros: oyéronse los primeros relinchos y el tren se adelantó con moderada celeridad en medio de los fuegos eléctricos de los fanales y de las fulguraciones del cielo.

En pocas palabras el capitán Hod nos contó lo que había pasado durante su escursión. Sus compañeros y él no habían encontrado huellas de animales. Con la tempestad, la oscuridad se había hecho más rápida y profunda de lo que pensaban; y el primer trueno les sorprendió cuando se hallaban á más de tres millas de distancia del campamento. Entonces quisieron volver; pero por más que hicieron para orientarse, se perdieron en medio de los grupos de bananeros que todos se parecen, sin que ningún sendero pudiera indicarles la dirección que debían seguir.

La tempestad estalló en breve con violencia extrema en el momento en que los tres se hallaban fuera del alcance de los fuegos eléctricos y por consiguiente cuando no podían dirigirse en línea recta hácia la Casa de Vapor. La lluvia y el granizo caían á torrentes y no tenían abrigo ninguno más que la copa insuficiente de los árboles que no tardó en estar acribillada de granizo.

De repente estalló un trueno al mismo tiempo que un relámpago inmenso y Gumí cayó al suelo cerca del capitán Hod y á los pies de Fox. Del fusil que tenía en la mano no quedaba más que la culata. Cañones, batería, gatillo, todo lo que era metal, había desaparecido.

Sus compañeros le creyeron muerto; más por fortuna no lo estaba. Solo su pierna izquierda, aunque no directamente atacada por el fluido, se encontraba paralizada y le era imposible dar un paso. Fué, pues, preciso llevarle. En vano dijo á sus compañeros que le dejaran y volviesen luego por él; no quisieron consentirlo, y llevándole uno por los hombros y otro por los pies, se aventuraron á caminar por medio del oscuro bosque.

Durante dos horas vagaron á la casualidad, vacilando, deteniéndose, volviendo á marchar, sin hallar nada que les indicase la dirección en que estaba la Casa de Vapor.

Al fin oyeron los silbidos del tren, más perceptibles que lo hubiera sido un tiro de fusil en medio del estrépito de los elementos. Era la voz del Gigante de Acero.

Un cuarto de hora después los tres llegaban en el momento en que el tren iba á marchar. Ya era tiempo.

Entre tanto, el tren corría por el camino ancho á unido del bosque; el incendio corría también con

la misma velocidad que él. Lo que hacia el peligro más inminente era que el viento había variado como sucede con frecuencia durante estos meteoros tempestuosos. En vez de soplar de costado, soplabá á la sazón por la parte posterior del tren y con su violencia activaba la combustion como un ventilador que satura un hogar de oxígeno. El incendio ganaba terreno visiblemente. Las ramas en ignición, los trozos de leña ardiendo llovían entre una nube de ceniza caliente levantada del suelo, como si algun cráter hubiera vomitado al espacio sus materias eruptivas, y verdaderamente no podía compararse aquel incendio más que con la corriente de un río de lava desarrollándose por los campos y devorándolo todo á su paso. Banks vió aquella escena, y aunque no la hubiera visto, la habría sentido por el calor tórrido que envolvía la atmósfera.

Apresuró, pues, la marcha, aunque había algun peligro en apresurarla por aquel camino desconocido. Pero el camino invadido entonces por las aguas del cielo tenía baches tan profundos que la máquina no pudo andar todo lo que el ingeniero hubiera querido.

Hácia las once y media nuevo estallido de un trueno, que fué terrible, y nueva exhalación. Todos dimos un grito. Creíamos que Banks y Storr habían sido heridos en la torrecilla desde donde dirigian la marcha del tren.

Pero nó; era nuestro elefante el que acababa de sufrir la descarga eléctrica en la punta de una de sus largas orejas pendientes.

Por fortuna, no resultó de aquí ningun daño para la máquina: antes bien, pareció que el Gigante de Acero quiso responder al ruido de la tempestad con sus relinchos mas precipitados.

—¡Viva! gritó Hod, ¡viva! Un elefante de carne y hueso habría sido muerto por el rayo: tú le desafias y nada puede detenerte. ¡Viva el Gigante de Acero! Por espacio de media hora el tren mantuvo su distancia. Temiendo algun choque violento con algun obstáculo, Banks no le lanzaba mas que á la celeridad necesaria para que el fuego no llegase hasta nosotros.

Desde la galería donde Munro, Hod y yo nos habíamos situado, vimos pasar grandes sombras que saltaban de un lado á otro entre el incendio y los relámpagos. Eran, al fin, las fieras.

Por precaucion, el capitán Hod tomó su fusil, porque era posible que las fieras asustadas quisieran arrojarse sobre el tren para encontrar en él un refugio.

En efecto, un tigre enorme lo intentó: pero al lanzarse de un salto prodigioso fué cogido por el cuello entre dos renuevos de bananeros. El árbol principal, encorbándose entonces bajo el impulso de la tempestad puso en tension sus renuevos como dos inmensas cuerdas que extrangularon el animal.

¡Pobre animal! dijo Fox.

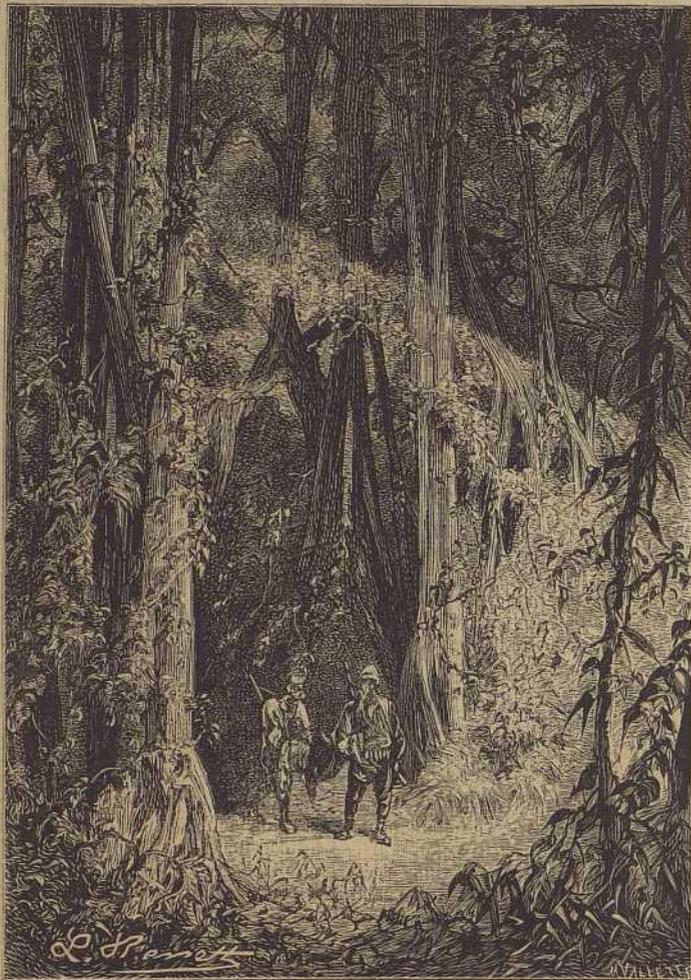
—Esas fieras, respondió Hod, indignado, han nacido para ser muertas por una granizada de balas de carabina y nó para ser ahorcadas. Si, pobre animal.

Verdaderamente perseguía una mala suerte al capitán Hod. Cuando buscaba tigres, no los veía, y cuando no los buscaba, pasaban por delante de él como al vuelo, sin que pudiera tirarlos ó se ahorcaban como un raton entre los alambres de una ratonera.

A la una de la mañana el peligro, grande hasta entonces, se hizo mucho mayor.

Bajo la influencia de los vientos que saltaban de todos los puntos de la brújula, el incendio llegó hasta la delantera del camino y estábamos ya absolutamente cercados por las llamas.

Sin embargo, la violencia de la tempestad se había disminuido mucho, como sucede casi invariable-



El capitán Hod y Fox aparecieron entonces á la derecha del camino.

mente cuando pasa por algun bosque, cuyos árboles agotan poco á poco la materia eléctrica; pero si los relámpagos eran mas raros y los truenos mas espaciados, si la lluvia caía con menos fuerza, el viento continuaba siempre soplando por la superficie del suelo con un increíble furor.

A todo riesgo fue preciso apresurar la marcha del tren aunque hubiera que chocar contra algun obstáculo ó precipitarle en algun barranco.

Esto fue lo que hizo Banks con una serenidad admirable, con la cara fija en los cristales lenticulares de la torrecilla y la mano sin dejar el regulador.

El camino parecia medio abierto entre dos paredes de fuego y era necesario pasar por medio de ellas.

Banks se lanzó resueltamente con una velocidad de 6 á 7 millas por hora.

Yo creía que nos íbamos á quedar allí, sobre todo cuando fue preciso pasar por un sitio muy estrecho y de una longitud de 50 metros rodeado de llamas. Las ruedas del tren chillaron al pasar sobre los carbones encendidos que cubrían el suelo, y una atmósfera ardiente, nos envolvió á todos.

Pero habíamos pasado.

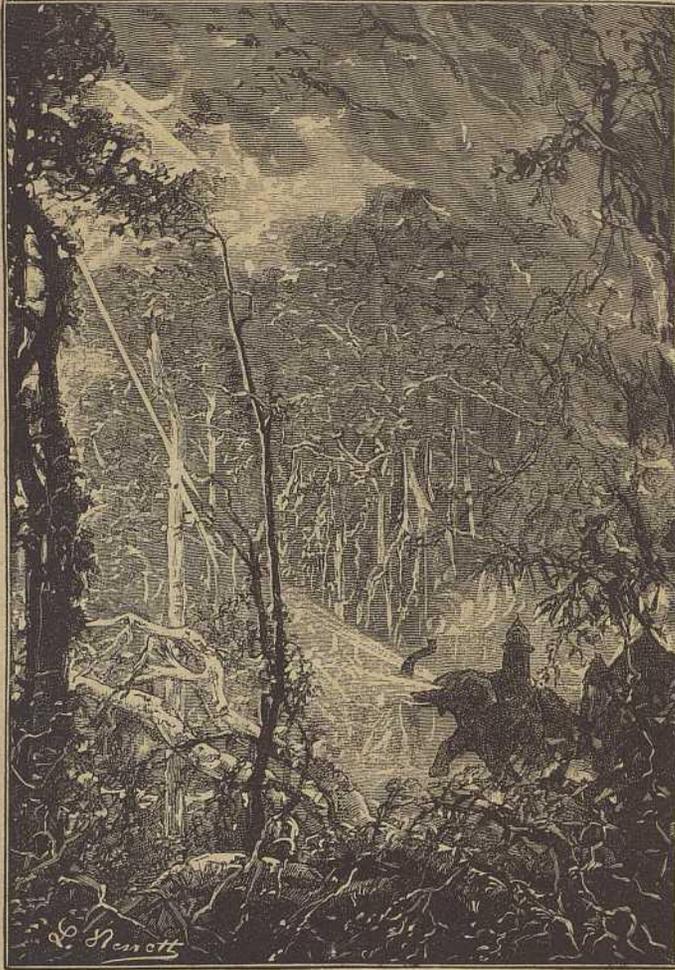
Al fin, á las dos de la mañana, el extremo del bosque apareció á la luz de raros relámpagos. Detrás de nosotros se desarrollaba un vasto panorama de llamas. El incendio no debía apagarse sino despues de haber devorado hasta el último bananero del inmenso bosque.

Al nacer el día el tren se detuvo; la tempestad se habia disipado enteramente y se dispuso el campamento provisional.

Nuestro elefante, que fue visitado con cuidado, tenia la punta de la oreja derecha agujereada en varias partes en direcciones diversas.

Seguramente bajo una exhalacion semejante cualquier otro animal que no hubiera sido de acero, habria caído para no levantarse mas y el incendio habria devorado rápidamente todo el tren.

A las seis de la mañana, despues de un breve descanso, tomamos de nuevo el camino, y á las doce acampamos en los alrededores de Rewah.



Las ruedas del tren estallaron al pasar por los carbones encendidos.

CAPITULO V.

PROEZAS DEL CAPITAN HOD.

La tarde del 5 de junio y la noche siguiente pasaron con tranquilidad en el campamento. Después de tantas fatigas y tantos peligros teníamos en efecto necesidad de descanso.

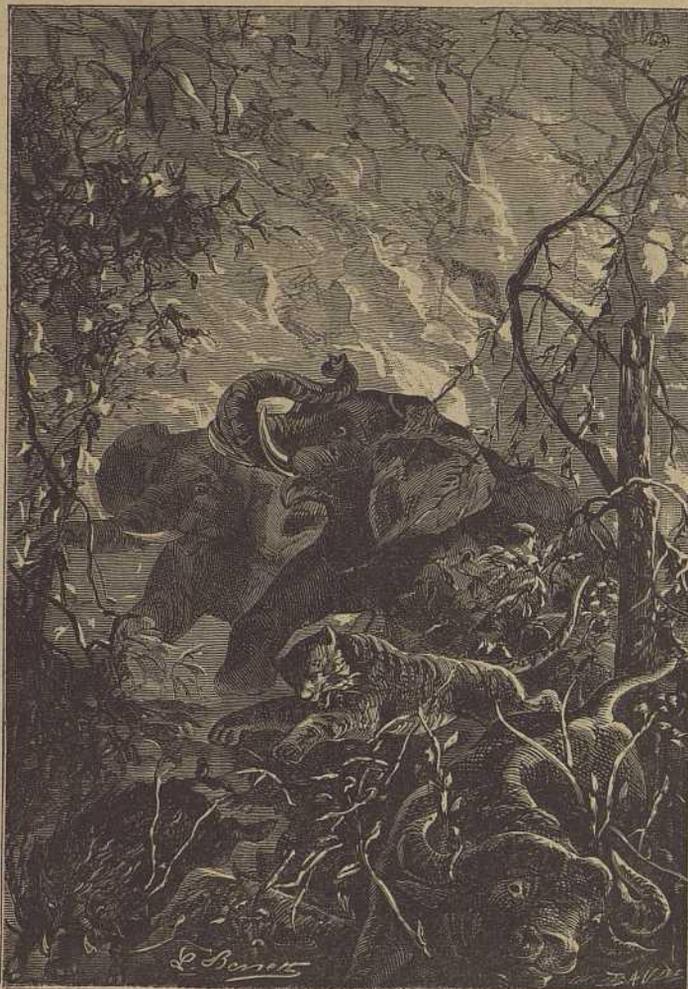
Ya no era el reino de Oude el que desarrollaba sus ricas llanuras ante nosotros. La Casa de Vapor corría entonces por el territorio fértil aun, pero cortado por muchos barrancos, que forma el Rohilkhande. Bareilly es la capital de este vasto cuadrado de 155 millas de lado regado por los muchos afluentes ó sub-afluentes del Gogra, plantado acá y allá de grupos de magníficos mangos y sembrado de espesos matorrales que tienden á desaparecer delante del cultivo.

Después de la toma de Delhi, este territorio fue el centro de la insurrección y el teatro de una de las campañas de sir Colin Campbell. Allí al principio experimentó algunos desastres la columna del bri-

gadier Walpole; allí pereció el coronel del regimiento escocés número 93, amigo del coronel Munro y que se había distinguido en los dos asaltos dados á Luknow el 14 de abril.

Dada la naturaleza del territorio, ningún otro hubiera sido más favorable para la marcha de nuestro tren. Hermosos caminos, muy bien nivelados, ríos fáciles de atravesar entre las dos arterias más importantes que bajan del Norte: todo concurría á facilitar esta parte del itinerario. No nos quedaban más que algunos centenares de kilómetros que recorrer para llegar á los primeros cerros que unen la llanura con las montañas del Nepal. Pero era necesario contar muy seriamente con la estación de las lluvias.

La monzón que reina desde el Nordeste al Sudoeste en los primeros meses del año acababa de cambiarse. El período lluvioso es más violento en el litoral que en el interior de la península y también un poco más tardío, lo cual depende de que las nubes suelen descargar antes de llegar al centro de la India. Además la barrera de las altas montañas que



En breve vimos al chita trepar á la cabeza del elefante.

forman una especie de remolino atmosférico, modifica un poco su duración. En la parte del Malabar la monzon comienza en el mes de Mayo; pero en las provincias centrales y septentrionales no se hace sentir sino un mes despues; en el de junio.

Ahora bien; estábamos en junio, y en estas circunstancias particulares, aunque previstas, debia efectuarse nuestro viaje.

Debo decir ante todo, que desde el dia siguiente nuestro valiente Gumi, desarmado por el rayo, se sintió mejor. La parálisis de su pierna izquierda fué solo temporal, y á poco tiempo no conservó señal ninguna del accidente, aunque siempre le quedó cierto rencor al fuego del cielo.

En los dias 6 y 7 de junio el capitán Hod con auxilio de Fox y de Banks, hizo alguna caza mayor pudiendo traernos una pareja de esos antílopes llamados *nilgaus* en el país. Son una especie de bueyes azules de la India, que seria más justo llamar ciervos, porque se parecen más á los ciervos que á los congéneres del Dios Apis. Podria llamárseles tambien ciervos de color gris perla, porque su color se

parece más al de un cielo tempestuoso que al del cielo azulado. Se asegura, sin embargo, que en algunos de estos hermosos animales de pequeños cuernos, acerados y rectos, de cabeza larga y ligeramente convexa, la piel se pone casi azul, color que la naturaleza ha negado invariablemente á los cuadrúpedos y hasta al zorro azul cuya piel más bien tira á negra.

No eran estas las fieras con que soñaba el capitán Hod. Sin embargo, si el nilgau no es feroz, no deja de ser peligroso cuando herido ligeramente se revuelve contra el cazador. Una primera bala del capitán y otra de Fox detuvieron en su carrera á estos dos soberbios animales. Fueron muertos, digámoslo así, al vuelo; por tanto para Fox no eran más que caza de pluma.

Monsieur Parazard por su parte fué de otra opinion y los excelentes guisados y asados que nos sirvió en el mismo dia nos pusieron á todos de su parte.

El 8 de junio, al rayar el alba dejamos el campamento que habia estado establecido cerca de una aldea del Rohilkhande. Habiamos llegado á ella la

noche antes después de haber caminado los 40 kilómetros que la separan de Rewah. Nuestro tren había marchado pues con una celeridad muy moderada por un suelo bastante humedecido por las lluvias. Los arroyos comenzaban á crecer y muchos vados nos causaron un retraso de algunas horas. Pero al fin no habíamos perdido sino uno ó dos días, porque estábamos seguros de llegar antes de fin de Junio á la región montañosa donde contábamos instalar la Casa de Vapor durante algunos meses de la estación de verano como si fuera en una especie de sanitarium. No teníamos, pues, nada que temer bajo este punto de vista.

Durante este día 8 el capitán Hod tuvo ocasión de sentir no haber podido disparar un buen tiro.

El camino tenía á un lado y á otro espesos matorrales de bambúes como los que se encuentran alrededor de aquellas aldeas que parecen construidas sobre una canastilla de flores. Aquel no era todavía el matorral verdadero, palabra que en sentido indio se aplica á la llanura accidentada, desnuda, estéril, dominada por líneas de maleza y arbustos de color gris. Estábamos por el contrario en país cultivado, en medio de un territorio fértil, cubierto ordinariamente de arrozales pantanosos.

El Gigante de Acero marchaba tranquilamente dirigido por la mano de Storr lanzando sus lindos penachos de vapor que el viento esparcía sobre los bambúes del camino. De repente saltó un animal con una agilidad sorprendente y se arrojó sobre el cuello de nuestro elefante.

—¡Un chita, un chita! exclamó el maquinista.

Al oír este grito, el capitán Hod se lanzó al balcón anterior y tomó su fusil que tenía siempre allí dispuesto.

—¡Un chital exclamó á su vez.

—Tírele usted, dije yo.

—Tengo tiempo, respondió el capitán Hod, que se contentó con apuntar al animal.

El chita es una especie de Leopardo propio de las Indias, menor que el tigre, pero casi tan temible por lo vivo, flexible de espinazo y robusto de miembros. El coronel Munro, Banks y yo, de pie en la galería, observábamos y esperábamos el disparo del capitán.

Evidentemente el leopardo se había engañado á la vista de nuestro elefante y creyéndole de carne y hueso se había precipitado sobre él; pero donde creía encontrar carne en que hundir sus garras ó sus dientes, se encontró con el metal, al cual ni garras ni dientes servían. Furioso con el chasco que se había llevado se agarraba á las largas orejas del falso animal, é iba á abandonarlas sin duda cuando nos vió.

El capitán Hod seguía apuntándole como un cazador seguro del golpe que iba á dar y que no quiere soltar el tiro sino en el momento oportuno y para que la bala dé en el sitio que desea.

El chita se enderezó rugiendo. Sin duda comprendía el peligro, pero no quería huir de él. Quizá buscaba también el momento favorable para lanzarse sobre la galería.

En efecto, le vimos en breve trepar á la cabeza del elefante, abrazar con sus patas la trompa que servía de chimenea y subir hasta su orificio, de donde se escapaban bocanadas de vapor.

—Tire usted, Hod, dije yo otra vez.

—Tengo tiempo, repitió el capitán.

Después dirigiéndose á mi sin perder de vista al leopardo que nos miraba, me preguntó:

—¿No ha matado usted nunca un chita, Maucler? ¿Quiere usted matar uno?

—Capitán, contesté, no quiero privar á usted de ese golpe tan magnífico.

—¡Bah! dijo Hod, este no es un golpe de cazador. Tome usted un fusil y apunte usted á ese ani-

mal á la paletilla; si le dá usted, yo le heriré al vuelo.

—Corriente.

Fox, que se había acercado á nosotros, me dió una carabina que tenía en la mano. La tomé, la armé, apunté á la paletilla del leopardo que continuaba inmóvil y disparé.

El animal herido, aunque ligeramente, dió un salto enorme, y pasando por encima de la torrecilla del maquinista, vino á caer sobre el primer techo de la Casa de Vapor.

El capitán Hod, aunque era muy buen cazador, no tuvo tiempo para tirarle al paso.

—Ahora nos toca á nosotros Fox, ex clamó.

Y ambos se lanzaron fuera de la galería y se apostaron en la torrecilla.

El leopardo, que iba y venía de un lado á otro, se lanzó sobre el techo de la segunda casa dando un salto.

En el momento en que el capitán iba á hacer fuego, el animal dió otro salto, se precipitó al suelo, se levantó con un vigoroso impulso, y desapareció en la espesura,

—¡Alto, alto! gritó Banks al maquinista, el cual cerrando la introducción del vapor, detuvo el tren con el freno atmosférico.

El capitán y Fox se lanzaron al camino y saltaron á la espesura persiguiendo al chita.

A los pocos minutos, mientras escuchábamos, sin cierta impaciencia y sin que se oyera ningún tiro, vimos volver á los dos cazadores con las manos vacías.

—¡Ha desaparecido! ¡Voló! exclamó el capitán Hod y no ha dejado ni siquiera una huella de sangre en la yerba.

—Eso es culpa mía, dije al capitán. Hubiera valido mas que en mi lugar hubiese usted disparado y así no se hubiera podido escapar.

—Estoy seguro de que usted le tocó, respondió Hod, aunque no en el sitio debido.

—No es ese, mi capitán, el que hará el número 38 de mi lista, ni el 41 de la de usted, dijo Fox muy desanimado.

¡Bah! dijo el capitán Hod afectando indiferencia: un chita, no es un tigre. Si hubiera sido un tigre, mi querido Maucler, no le hubiera yo cedido á usted la vez de tirar.

—A la mesa, amigos míos, dijo entonces el coronel Munro: el almuerzo nos espera y esto les consolará.

—Tanto mas, dijo Mac-Neil, cuanto que todo ha sido por culpa de Fox.

—¡Por mi culpa! respondió el asistente muy sorprendido de aquella observación inesperada.

—Sin duda, dijo el sargento: la carabina que ha dado al señor Maucler no tenía mas que perdigones.

Y Mac-Neil mostraba el segundo cartucho que acababa de sacar del arma que ya había usado, la cual en efecto no contenía sino perdigones para cazar perdices.

—¡Fox! dijo el capitán Hod.

—Mi capitán.

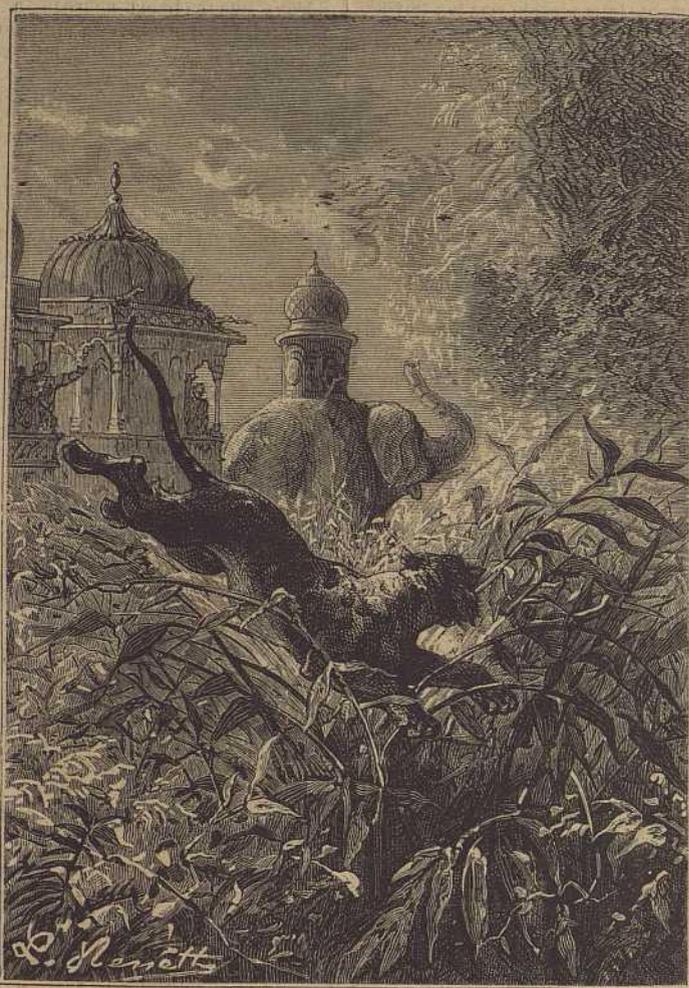
—Dos días de arresto.

—Sí, mi capitán.

Y Fox se retiró á su cuarto resuelto á no presentarse á nosotros hasta después de cuarenta y ocho horas. Estaba avergonzado de su error y quería ocultar su vergüenza.

Al día siguiente, 9 de junio, el capitán Hod, Gumí y yo fuimos á recorrer la llanura junto al camino durante el alto que Banks quiso concedernos. Había llovido durante toda la mañana, pero hacía el medio día se había serenado el cielo y se podía contar con algunas horas de buen tiempo.

Por lo demás, no era Hod, el cazador de fieras,



El leopardo, aunque ligeramente herido, dió un salto enorme.

el que presidia la partida, sino el cazador de caza menor que iba en interés de nuestra mesa á recorrer la orilla de los arrozales en compañía de Black y de Fan, porque monsieur Parazard habia participado al capitán que la despensa estaba vacía y que esperaba de S. S. que tuviera á bien adoptar las medidas necesarias para llenarla.

El capitán Hod se resignó y salimos armados de simples escopetas de caza. Por espacio de dos horas nuestra batida no tuvo mas resultado que hacer volar algunas perdices ó levantar algunas liebres, pero á tal distancia que á pesar de la buena voluntad de nuestros perros, fue preciso renunciar á toda esperanza de alcanzarlas.

Por tanto el capitán Hod estaba de muy mal humor. Además, en medio de aquella vasta llanura, sin matorrales, sin bosque, sembrada de aldeas y de casas de campo, no podia encontrar ninguna fiera que le hubiera indemnizado del chasco de la víspera. No habia ido allí sino como proveedor y pensaba en la recepcion que le haria monsieur Parazard cuando volviese con el morral vacío.

Sin embargo, la culpa no era nuestra. A las cuatro todavía no habíamos tenido ocasion de disparar un solo tiro. El viento era seco, y como he dicho, toda la caza se hallaba fuera de nuestro alcance.

—Mi querido amigo, me dijo el capitán Hod, esto decididamente se pone mal. Al salir de Calcuta prometí á usted magnificas cazas y una fatalidad persistente, cuya causa no comprendo, me impide cumplir mi palabra.

—No hay que desesperarse mi capitán, dije yo. Lo siento solamente por usted; pero ya nos indemnizaremos en las montañas del Nepal.

—Sí, dijo el capitán Hod; allí en las primeras rampas del Himalaya las condiciones serán mejores para operar. Vea usted, Maucler, apostaría á que nuestro tren, con todo su aparato, con los mugidos del vapor y especialmente con su elefante gigantesco, asusta á estas condenadas fieras mas aun que las asustaria un tren de camino de hierro, y esto es lo que nos va á suceder en toda nuestra marcha. En los descansos es de esperar que seamos mas felices. A la verdad que aquel leopardo debia de estar loco ó muy hambriento.



¡Pero á lo menos esa ave, se come? pregunté yo.

to al arrojarse sobre nuestro Gigante de Acero, y era digno de haber sido muerto en el acto por una buena bala de calibre. ¡Endiabl'ado Fox! No olvidaré jamás lo que ha hecho. ¿Qué hora es?

—Son cerca de las cinco.

—¡Las cinco ya y no hemos podido quemar un solo cartucho!

—Hasta las siete no nos esperan en el campamento. De aquí á entonces....

—No; la suerte no nos pro'ege, exclamó el capitán Hod, y sépalo usted, la suerte entra por la mitad en el éxito de las cacerías.

—La perseverancia también, respondí yo. Por consiguiente convengamos capitán en no volver con las manos vacías. ¿Le parece á usted bien la decisión?

—¡Pues no me ha de parecer? exclamó el capitán Hod. ¡Muera el que se desdiga!

—Convenido.

—Llevaré aunque sea una ardilla ó un loro antes que volver sin nada.

El capitán Hod, Gumí y yo estábamos en esta disposición de ánimo, en la cual tod' parece permitido.

Se continuó, pues, la caza con una obstinación digna de mejor suerte; pero hasta los más inofensivos pajarillos parecía que habían adivinado nuestra intención hostil. Imposible nos fue acercarnos á uno solo.

Caminábamos entre los arrozales examinando ya un lado del camino, ya otro, volviendo atrás á fin de no alejarnos mucho del campamento; pero todo inútilmente. A las seis y media los cartuchos de nuestras escopetas estaban intactos. Aunque hubiéramos hecho la expedición con bastones, el resultado hubiera sido el mismo. Yo miraba al capitán Hod. Caminaba apretando los dientes, frunciendo el entrecejo y anunciando una cólera sorda. Murmuraba entre dientes algunas palabras de vanas amenazas contra todo sér viviente de pluma ó de pelo que apareciese en la llanura. Evidentemente estaba dispuesto á descargar su fusil contra un objeto cualquiera, aunque fuese un árbol ó una roca: medio cinético de desahogar la cólera. El arma le hacía cosquillas entre los dedos; unas veces la llevaba terciada, otras se la echaba á la espalda cruzando el porta-fusil, y otras se la echaba al hombro como á pesar suyo.

Gumí le miraba, y me dijo:

—El capitán se volverá loco si esto continúa.

—Sí, respondí yo; y de buena gana pagaría 30 chelines por la mas modesta paloma doméstica que una mano caritativa pusiera á mi alcance. Esto le calmaria.

Pero ni por 30 chelines, ni por el doble, ni por el triple hubiéramos podido proporcionarnos á semejantes horas la ménos costosa y la más vulgar de las aves de caza. La campiña estaba desierta y no veíamos ni granjas, ni aldeas.

A la verdad, creo que si hubiera sido posible habria enviado á Gumí á comprar á cualquier precio una ave, aunque fuera un pollo desplumado para entregarle en represalias á los tiros de nuestro capitán.

La noche se acercaba. Antes de una hora no habria ya claridad bastante para continuar la infructuosa expedición. Aunque habíamos convenido en no volver al campamento con los morrales vacíos, tendríamos que hacerlo, á no ser que nos resignáramos á pasar la noche en la llanura. Pero la noche amenazaba ser lluviosa y además el coronel Munro y Banks no viéndonos llegar se habrían alarmado mucho y era preciso evitarles esta inquietud.

El capitán Hod con los ojos desmesuradamente abiertos, mirando de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, con la prontitud de un ave, marchaba á diez pasos delante de nosotros y en una dirección que positivamente no nos acercaba á la Casa de Vapor.

Yo iba á apresurar el paso para atajarle y decirle que renunciara al fin á luchar contra la mala suerte, cuando se oyó un gran ruido de alas á mi derecha.

Miré: una masa blanquecina se levantaba lentamente por encima de un matorral.

Inmediatamente, sin dejar al capitán tiempo de volverse, me eché la escopeta á la cara y sucesivamente disparé los dos tiros.

El ave desconocida cayó pesadamente al extremo de un arrozal.

Fox se lanzó de un salto, se apoderó de ella y se la llevó al capitán.

—En fin, exclamó el capitán Hod, si monsieur Parazard no está contento, que se eche de cabeza en su marmita.

—¿Pero á lo ménos esa ave se comé? pregunté yo.

—Ciertamente, á falta de otra, replicó el capitán.

—Por fortuna nadie le ha visto á usted, señor Maucier, me dijo Gumí.

—¿He cometido alguna falta?

—Ha muerto usted á un pavo real y está prohibido matarlos porque son aves sagradas en toda la India.

—¡Lleve el diablo á estas aves sagradas y á los que las consagran! Este está muerto: le comeremos «devotamente,» si tú quieres, pero le comeremos.

En efecto, en el país de los brahmanes, desde la expedición de Alejandro, época en la cual se estendió por la península, el pavo real es un animal sagrado entre todos. Los indios le tienen como emblema de la diosa Saravasti, que preside á los matrimonios y á los nacimientos, y está prohibido destruir este volátil bajo penas que la ley inglesa ha confirmado.

Aquel ejemplar de las gallináceas que escitó el jubilo del capitán Hod era magnífico; tenia alas de un color verde oscuro con reflejos metálicos y una franja dorada al extremo. Su cola abundante y llena de ojos formaba un soberbio abanico de barbas sedosas.

—¡En marcha! ¡En marcha! dijo el capitán. Mañana monsieur Parazard nos dará pavo real en la co-

mida y digan lo que quieran todos los brahmanes de la India. Si el pavo real no es en suma mas que una gallina presuntuosa, éste, con sus plumas artísticamente dispuestas, hará un buen efecto en nuestra mesa.

—En fin, ya está usted satisfecho, capitán.

—Satisfecho... de usted sí, mi querido amigo, pero de ninguna manera estoy contento de mí. No ha pasado la mala suerte y será preciso que al fin pase. En marcha.

Nos dirigimos hácia el campamento del que estábamos separados todavía tres millas. En el camino, que serpenteaba entre espesos matorrales de bambúes, marchábamos uno detrás de otro el capitán y yo. Gumí llevaba el morral á dos ó tres pasos á retaguardia. El sol no habia desaparecido todavía, pero estaba oculto por gruesas nubes y era preciso buscar la senda en una semi-oscuridad.

De repente salió de una espesura á la derecha un formidable rugido, el cual me sorprendió tanto que me detuve bruscamente como á pesar mio.

El capitán Hod me asió de la mano, diciendo:

—¡Un tigre!

Después se le escapó un juramento.

—¡Trueno de las Indias! exclamó; no tenemos mas que perdigones en nuestras escopetas.

Era demasiada verdad: ni Hod, ni Gumí, ni yo llevábamos cartuchos con bala.

Por lo demás, no hubiéramos tenido tiempo de volver á cargar nuestras armas.

Diez segundos después de haber lanzado un rugido, el animal saltaba fuera de la espesura y caía á 20 pasos de nosotros en el camino.

Era un magnífico tigre de esa especie que los indios llaman comedores de hombres, feroces carnívoros cuyas víctimas se cuentan anualmente por centenares.

La situación era terrible.

Yo miraba al tigre; le devoraba con los ojos y confieso que mi fusil temblaba en la mano. Tenia de 9 á 10 pies de longitud y pelo de color de naranja sembrado de rayas blancas y negras.

El nos miraba también: sus ojos de gato brillaban en la penumbra; su cola en el suelo, se arrastraba y se replegaba como para lanzarse sobre nosotros.

Hod no habia perdido su serenidad. Apuntaba al animal y murmuraba con un acento imposible de describir:

—¡Perdigones nada mas! ¡Matar un tigre con perdigones! Si no le tiro á boca de jarro y no le meto la carga en los ojos, estamos...

El capitán no pudo acabar. El tigre se adelantaba, no por saltos, sino paso á paso. Gumí que se habia agazapado detrás de nosotros, le apuntaba también; pero su fusil no tenia carga bastante. En cuanto al mio no estaba siquiera cargado.

Quise tomar un cartucho de mi cartuchera.

—No haga usted ningun movimiento, me dijo el capitán en voz baja. El tigre saltaria, y es preciso que no salte.

Los tres permanecimos inmóviles.

El tigre se adelantaba lentamente. Su cabeza que poco antes se movia á un lado y á otro, quedó inmóvil. Sus ojos nos miraban fijamente, pero como á hurtadillas, y su vasta mandíbula entreabierta que rozaba la tierra, parecia aspirar las emanaciones de la carne humana.

En breve el formidable animal no estuvo mas que á 10 pasos del capitán.

Hod, bien afirmado sobre sus piernas é inmóvil como una estatua, concentraba toda su vida en la mirada. La espantosa lucha que se preparaba, de la cual quizá ninguno de nosotros iba á salir vivo, le tenian tan sereno como de costumbre. En aquel momento creí que el tigre iba en fin á saltar. Anduvo

todavía cinco pasos y yo tuve necesidad de reprimirme mucho para no gritar al capitán Hod:

—Tire usted, capitán.

No; el capitán tenía razón, y era aquel evidentemente el único medio de salvación: quería quemar los ojos del animal, pero para esto era preciso tirarle á boca de jarro.

El tigre dió entonces tres pasos más y se enderezó para lanzarse.

Oyóse una violenta detonación que fué seguida casi inmediatamente de otra.

Esta segunda detonación se produjo en el cuerpo mismo del animal, que después de tres ó cuatro sacudidas y otros tantos rugidos de dolor, cayó exánime en el suelo.

—¡Prodigio! exclamó el capitán Hod. Mi fusil estaba cargado con bala y con bala explosiva. Gracias, Fox, gracias.

—¿Es posible? exclamé yo.

—Vea usted; y poniendo el arma en tierra sacó el cartucho del cañón de la izquierda.

Era un cartucho con bala.

Todo quedó explicado.

El capitán Hod tenía una carabina de dos cañones y un fusil de caza también doble, ambos del mismo calibre; y Fox al mismo tiempo que por equivocación había cargado la carabina con cartuchos de perdigones, había cargado el fusil de caza con cartuchos de bala explosiva: error que si la víspera había salvado al leopardo, en aquel día nos había salvado á nosotros.

—Sí, respondió el capitán Hod, y jamás me he encontrado tan cerca de la muerte.

Media hora después estábamos de vuelta en el campamento, y Hod llamaba á Fox y le contaba lo que había pasado.

—Mi capitán, respondió el asistente, eso prueba que en vez de dos días de arresto, merezco cuatro, porque me he engañado dos veces.

—Ese es mi parecer, respondió el capitán Hod; pero pues que tu error me ha valido matar el tigre número 41, soy también de opinión de ofrecerte esta guinea.

—Opino que la debo tomar; respondió Fox metiéndosela en el bolsillo.

Tales fueron los incidentes que marcaron el primer encuentro del capitán Hod con su tigre número 41.

El 12 de junio por la noche nuestro tren se detenía cerca de una aldea poco importante, y al día siguiente marchábamos para atravesar los 150 kilómetros que nos separaban todavía de las montañas del Nepal.

CAPITULO VI.

UNO CONTRA TRES.

Pocos días nos faltaban para subir las primeras rampas de las regiones septentrionales de la India, que de una en otra, de cerro en cerro, de montaña en montaña llegan hasta las mayores alturas del globo. Hasta entonces el suelo no presentaba un desnivel sensible, y nuestro Gigante de Acero no parecía notar que el terreno se iba elevando poco á poco.

El tiempo estaba tempestuoso y sobre todo lluvioso; pero la temperatura se mantenía en un término medio soportable. Los caminos todavía no estaban malos y resistían bien á las ruedas del tren, no obstante lo pesado que era. Cuando se encontraba algún bache profundo, una ligera presión de la mano de Storr sobre el regulador, daba un impulso mayor al fluido obediente, y bastaba para vencer el obstáculo. No faltaba fuerza á nuestra máquina como es sabido, y un cuarto de vuelta impreso á las válvulas de in-

troducción, aumentaba aquella fuerza en varias docenas de caballos de vapor.

A la verdad, hasta entonces no teníamos motivos más que para felicitarnos, lo mismo del género de locomoción, que del motor que Banks había adoptado, y de la seguridad que ofrecía nuestra casa portátil, siempre en busca de nuevos horizontes que se modificaban incesantemente á nuestra vista.

Ya no estábamos en aquella llanura infinita que se estiende desde el valle del Ganges hasta los territorios del Oude y del Rohikhande. Las cimas del Himalaya formaban hácia el Norte un festón gigantesco, sobre el cual venían á estrellarse las nubes, barridas por el viento del Sudoeste. Era imposible todavía ver bien el perfil pintoresco de una cordillera que se destacaba á unos 8.000 metros sobre el nivel del mar; pero al acercarnos á la frontera del Tibet, el aspecto del país iba siendo más agreste y los montorales invadían el suelo á espesuras de los campos cultivados.

Tampoco la flora de aquella parte del territorio indio era la misma. Allí habían desaparecido las palmeras, para dar lugar á esos magníficos bananeros, y á esos mangos de espesa copa, que dan el mejor fruto de la India, y más particularmente á los grupos de bambúes, cuyas ramas se estienden hasta 100 pies por encima del suelo. Allí también aparecían magnolias de grandes flores, que cargaban el aire de perfumes penetrantes; arces soberbios, encinas de varias especies, castaños de frutos erizados de puntas, árboles de goma cuya sávia corría por entre sus venas entreabiertas, pinos de enormes hojas de la especie de los pandaños, y por último, geráneos rododendros, laureles de tamaño más modesto, pero de más brillantes colores, dispuestos en platabandas á á uno y otro lado del camino.

Algunas aldeas, con sus casas de paja ó de bambú, dos ó tres granjas perdidas entre los grandes árboles se ofrecían todavía á nuestra vista; pero separadas ya por un número mayor de millas. La población iba disminuyendo á medida que nos acercábamos á las tierras altas.

Sobre estos vastos paisajes, hay que estender, como fondo del cuadro, un cielo gris y brumoso. La lluvia caía con frecuencia en fuertes chaparrones. Durante cuatro días, del 13 al 17 de junio, no tuvimos quizá medio día de calma, por lo cual tuvimos que permanecer en el salón de la Casa de Vapor, pasando las largas horas como en una habitación sedentaria, fumando, hablando ó jugando al whist.

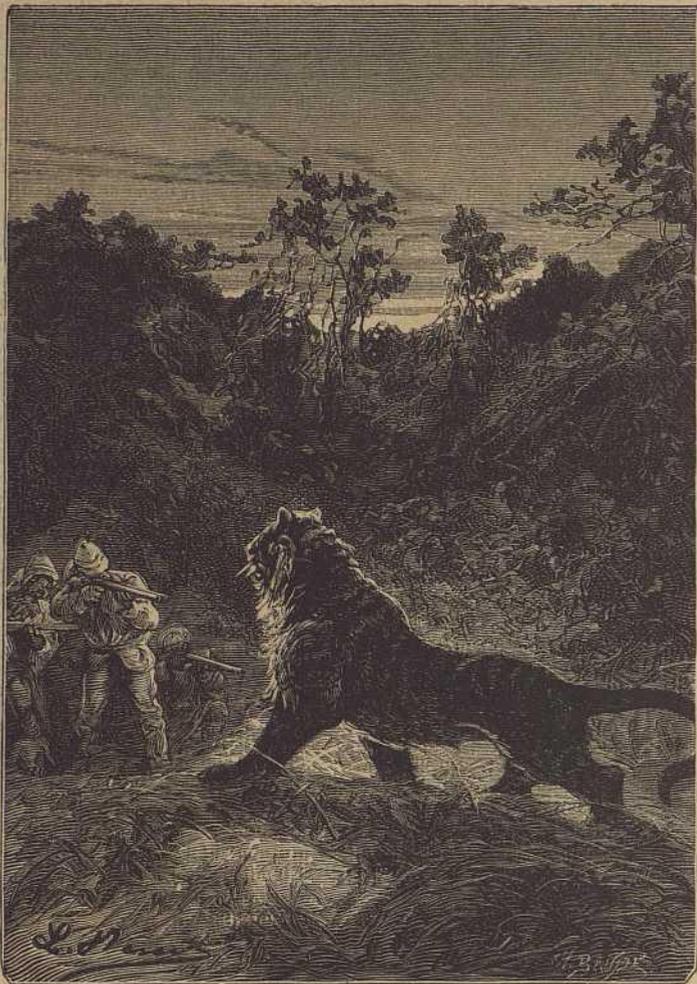
Entre tanto, los fusiles holgaban, con gran disgusto del capitán Hod, pero dos bolas, que dió en una sola noche, le devolvieron su buen humor habitual.

—Siempre se puede matar un tigre, decía, pero no siempre se puede dar una bola.

No había nada que responder á una proposición tan justa y tan claramente formulada.

El 17 de junio se estableció el campamento cerca de un serai, nombre que llevan los bungalows, destinados especialmente á los viajeros. El tiempo había aclarado un poco, y el Gigante de Acero, que había trabajado mucho durante los últimos cuatro días, reclamaba, si no algún descanso, á lo menos algún cuidado. Convinimos, pues, en pasar aquella tarde y la noche en el campamento.

El serai es la caravana-serrall, ó sea la posada pública de los grandes caminos de la península. Consiste en un cuadrilátero de edificios bajos, alrededor de un patio interior y coronado ordinariamente de cuatro torrecillas, una en cada ángulo, lo que le da un aspecto enteramente oriental. En estas posadas funciona un personal especialmente afecto al servicio interior, á saber: el bistí, ó aguador; el cocinero, providencia de los viajeros que, poco exigentes, sa-



No haga usted ningun movimiento, me dijo el capitán.

ben contentarse con huevos y pollos; y el *kansama*, ó sea el proveedor de viveres, con el cual puede tratarse directamente y por lo general vende los comestibles á precio moderado.

El guarda del serai, ó sea el peon, es simplemente un agente de la ilustre compañía, á que pertenecen la mayor parte de estos establecimientos, la cual tiene encomendada su inspeccion al ingeniero jefe del distrito.

Es regla muy estraña, pero que se aplica rigurosamente en estos establecimientos, que todo viajero pueda ocupar el serai durante veinticuatro horas; pero en el caso de que quiera permanecer por mas tiempo, necesita un permiso del inspector. Sin él, el primero que llegue, inglés ó indio, puede exigir que le ceda el sitio.

Inútil es decir que, desde el momento de nuestra llegada, el Gigante de Acero produjo su efecto habitual, siendo muy admirado y quizá muy envidiado. Sin embargo, debo hacer constar que los huéspedes que ocupaban á la sazón el serai, le miraron con

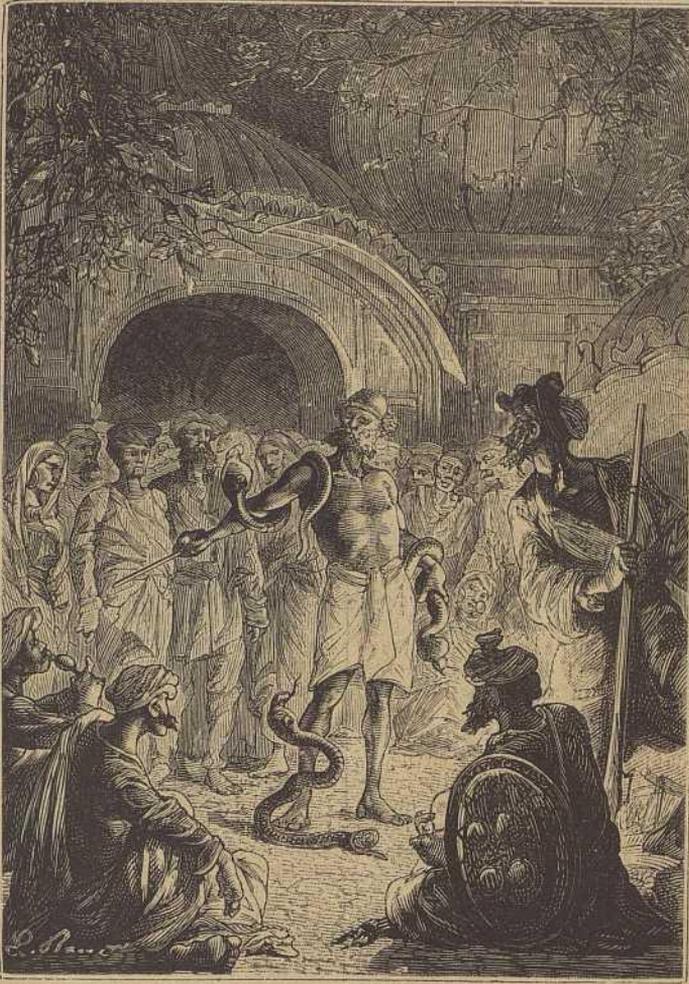
cierto desdén, demasiado afectado para ser verdadero.

Es verdad que no eran simples mortales que viajaban por distraccion ó por negocios. No eran ni oficiales ingleses que volvian á los acantonamientos de la frontera del Nepal, ni mercaderes indios que conducian su caravana á las estepas del Afganistan, mas allá de Lahore ó de Peschawar.

Era nada menos que el príncipe Gurú Singh en persona, hijo de un *radya* tambien, y que viajaba con gran pompa hácia el norte de la Península india.

Este príncipe ocupaba, no solamente las tres ó cuatro saas del serai, sino tambien todas las inmediatas, que habian sido arregladas para que pudiera alojarse en ellas su comitiva.

Yo no habia visto todavía un *radya* en viaje. Así, luego que se organizó el campamento á un cuarto de milla del serai, en un sitio delicioso y al abrigo de magníficos pandanos, marché en compañía del capitán Hod y de Banks á visitar el campamento del príncipe Gurú Singh.



Entre los titiriteros había unos que eran encantadores de serpientes.

El hijo de un radya que se mueve de su residencia no se mueve solo ni mucho menos. Si hay personas á quienes yo no envidie, son aquellas que no pueden mover una pierna ni dar un paso sin poner inmediatamente en movimiento á centenares de hombres. Mas vale ser un simple peaton con el morral á la espalda ó el palo en la mano ó el fusil al hombro, que príncipe viajero por la India, con todo el ceremonial que su categoría le impone.

—No es un hombre que va de una ciudad á otra, me dijo Banks; es un pueblo entero que modifica sus coordenadas geográficas.

—Prefiero la Casa de Vapor, respondí yo, y no me cambiaría por ese hijo de radya.

—¡Y quién sabe, dijo el capitán Hod, si ese príncipe no preferiría también nuestra casa portátil á todo el aparato que trae consigo!

—Que diga una palabra, exclamó Banks, y yo le fabricaré un palacio de vapor, con tal que lo pague. Pero mientras lo encarga, veamos si su campamento merece la pena de examinarlo.

La comitiva del príncipe no contaba menos de quinientas personas. Al exterior del serai, bajo los grandes árboles de la llanura, se habían dispuesto doscientos carros, simétricamente colocados, como las tiendas de un vasto campamento. Para tirar de ellos, los unos tenían búfalos, los otros bueyes, sin contar tres magníficos elefantes que llevaban sobre sus hombros palanquines riquísimos, y unos veinte camellos procedentes del Oeste del Indo y que se enganchan á la Daumont. Nada faltaba á aquella caravana. Ni los músicos, que deleitaban los oídos de S. A.; ni las bayaderas, que recreaban su vista; ni los jugadores de manos, que divertían sus ocios. Trescientos portadores y doscientos alabarderos completaban el personal, cuyo sueldo hubiera agotado cualquier bolsillo que no fuese el de un radya independiente de la India.

Los músicos tocaban tamboriles, címbalos y el tam-tam, y pertenecían á esa escuela que reemplaza el sonido con el ruido. Había también tocadores de guitarra y de violín de cuatro cuerdas, cuyos instru-

mentos jamás habían pasado por la mano del aficionador.

Entre los titiriteros, había unos que eran encantadores de serpientes, que con sus encantamientos hacían huir ó atraían á los reptiles; otros eran *mutais*, muy hábiles en los ejercicios del sable; acróbatas, que bailaban en la cuerda floja, llevando la cabeza cubierta de una pirámide de pucheros de barro y los pies calzados con cuernos de búfalo; y en fin, escamoteadores, que tenían el talento de cambiar en culebras venenosas las pieles viejas de culebra ó recíprocamente, al gusto del espectador.

En cuanto á las bayaderas, pertenecían á la clase de esas lindas *bundelies* tan buscadas para los espectáculos nocturnos, en los cuales desempeñan el doble papel de cantadoras y bailarinas. Estas iban muy decentemente vestidas, las unas de muselina bordada de oro, las otras de faldas plegadas y chalets, que desplegaban en sus pasos, y adornadas de ricas joyas y brazaletes preciosos, sortijas en los dedos de los pies y de las manos, y cascabeles de plata en los tobillos. Con este aparato ejecutaban la famosa danza de los huevos, con una gracia y una destreza verdaderamente extraordinarias, y yo esperaba que por invitación especial del *radya* me sería permitido admirarlas.

Además figuraban, no se con qué título, entre el personal de la caravana muchos hombres, mujeres y niños. Los hombres iban cubiertos de una larga banda de tela que se llama *doti*, ó vestidos de la camisa llamada *angarkah*, y de la larga túnica blanca *yamah*, que les daba un aspecto pintoresco. Las mujeres llevaban el *choli*, especie de chaqueta de manga corta, y el *sari*, equivalente al *doti* de los hombres, rodeado como faja á la cintura, y cuyo extremo se fija por detrás en la cabeza.

Estos indios, tendidos bajo los árboles esperaban la hora de la comida fumando cigarrillos envueltos en una hoja verde, ó la pipa destinada á la incineración del gurago, especie de mezcla negruzca que se compone de tabaco, melaza y ópio. Otros mascaban hojas de betel, nuez de arek y cal apagada, composición que tiene ciertas facultades digestivas, muy útiles bajo el ardiente clima de la India.

Toda aquella gente, habituada al movimiento de las caravanas, vivía en buena armonía y no mostraba animación sino en la hora de las fiestas. Parecían figurantes de un teatro, que caen en la más completa apatía desde el momento en que no están en escena.

Sin embargo, cuando llegamos al campamento, aquellos indios se apresuraron á dirigirnos algunas zalemas, inclinándose hasta el suelo. La mayor parte gritaban ¡*sahib*, ¡*sahib*! que quiere decir ¡señor, señor! y nosotros les respondimos con señales de amistad.

Ya he dicho que me había ocurrido que el príncipe Gurú Singh tendría la bondad de dar en honor nuestro una de esas fiestas de que los *radyas* no son escasos. El gran patio de *bungalow*, tan á propósito para una ceremonia de esta especie, me parecía admirablemente dispuesto para las danzas de las bayaderas, los encantamientos de los domadores de serpientes y los ejercicios de los acróbatas. Confieso que me habría alegrado mucho de asistir á un espectáculo semejante en un *serai*, á la sombra de magníficos árboles y con el aparato natural que hubiera formado el personal de la caravana. Esto hubiera valido más que las tablas de un estrecho teatro con sus murallas de tela pintada, sus bandas de falso verdor y su horizonte negruzco.

Comuniqué mi pensamiento á mis compañeros que, sin dejar de desear que se realizara, no creyeron que pudiera tener efecto.

—El *radya* de Guzerat, me dijo Banks, es un *radya* independiente que apenas se ha sometido desde la

revuelta de los *cipayos*, durante la cual su conducta ha sido por lo menos dudosa. No le gustan los ingleses, y su hijo no hará nada por atraerse nuestra amistad.

—Pues bien, nos pasaremos sin ella, respondió el capitán Hod con un desdeñoso movimiento de hombros.

Así debía ser, porque no fuimos admitidos ni aun á visitar el interior del *serai*. Quizá el príncipe Gurú Singh esperaba la visita oficial del coronel; pero sir Eduardo Munro no tenía nada que pedir á aquel personaje, ni esperaba nada de él y no quiso molestarle.

Volvimos, pues, al campamento é hicimos honor á la excelente comida que *monsieur Parazard* nos sirvió, y de la cual las conservas formaban la parte principal. En efecto, por espacio de muchos días, á causa del mal tiempo no habíamos podido tener caza; pero nuestro cocinero era un hombre hábil y bajo su mano experimentada las carnes y las legumbres conservaron toda su frescura y su sabor naturales.

Durante la noche, y por mas que Banks decía, mi curiosidad excitada me hizo esperar una invitación que no llegó. El capitán Hod se chanceaba criticando mi afición á los bailes al aire libre y sosteniendo que valían mucho más los de la ópera. Yo creía todo lo contrario, pero la poca amabilidad del príncipe me impidió hacer la comparación.

Al día siguiente, 18 de junio, se dispuso todo para marchar al amanecer.

A las cinco, Kaluth comenzó á calentar la caldera. Nuestro elefante, que había sido desenganchado, se hallaba á unos cincuenta pasos del tren, y el maquinista se ocupaba en hacer provisión de agua.

Entre tanto nos paseábamos por las orillas del riachuelo.

Cuarenta minutos despues, la caldera estaba en presión suficiente, y Storr iba á comenzar su maniobra cuando se acercó un grupo de indios.

Cinco ó seis de ellos iban ricamente vestidos con túnicas blancas de seda y turbantes adornados de bordados de oro. Acompañábanles una docena de guardias armados de fusiles y de sables, uno de los cuales llevaba una corona de hojas verdes, lo cual indicaba la presencia de algun personaje importante.

En efecto, el personaje importante era el príncipe Gurú Singh en persona, hombre de 38 años poco más ó menos, de aire altanero, tipo bastante perfecto de los *radyas* legendarios en cuya fisonomía se encuentran marcados los rasgos del carácter maharata.

El príncipe no se dignó hacer caso de nuestra presencia. Dió algunos pasos adelante y se acercó al elefante gigantesco que Storr trataba de poner en marcha. Despues de haberlo considerado, no sin cierta curiosidad, aunque no quería darlo á conocer, preguntó á Storr:

—¿Quién ha hecho esta máquina?

El maquinista señaló al ingeniero que se había llegado hasta nosotros y estaba á algunos pasos de distancia.

El príncipe Gurú Singh se expresaba fácilmente en inglés, y volviéndose hácia Banks, dijo entre dientes.

—¿Es usted quien...

—Yo soy el que... respondió Banks.

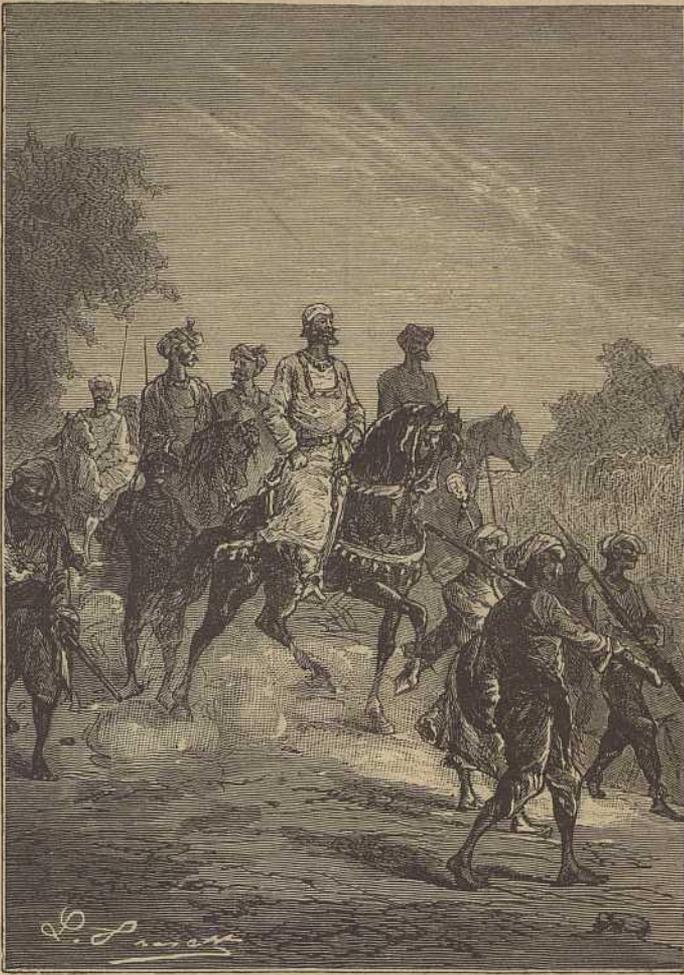
—¿No me han dicho que era un capricho del difunto *radya* de Butham?

Banks hizo una señal afirmativa con la cabeza.

Su alteza, encogiéndose de hombros, dijo:

—¿Y para qué hacerse llevar por una máquina cuando uno tiene á su disposición elefantes de carne y hueso?

—Es que probablemente, Mr. Banks, este elefan-



En el personal de la caravana figuraban hombres, mujeres y niños.

te es mas poderoso y mas fuerte que todos los que usaba el difunto radya.

—¡Oh! dijo Gurú Singh adelantando desdeñosamente los labios, ¡mas poderosol...

—Infinitamente más, reepondió Banks.

—Ninguno de los vuestros, dijo entonces el capitán Hod á quien los modales altivos de Gurú Singh disgustaban mucho, ninguno de los vuestros seria capaz de hacer mover una pata á este elefante, si no queria moverla.

—¿Qué dice usted? preguntó el príncipe.

—Mi amigo afirma, contestó el ingeniero, y yo lo afirmo tambien, que este animal artificial podria resistir á la tracción de veinte caballos, y que los tres elefantes que trae vuestra alteza, aunque unieran sus fuerzas; no lograrían hacerle retroceder ni una pulgada.

—No creo absolutamente nada de eso, respondió el príncipe.

—Pues no es menos positivo, respondió el capitán Hod.

—Y cuando vuestra alteza quiera pagarlo, añadió Banks, yo me comprometo á construirle uno que tenga la fuerza de veinte elefantes elegidos entre los mejores que tenga.

—Eso se dice muy fácilmente, dijo con sequedad Gurú Singh.

—Y tambien se hace, respondió Banks.

El príncipe comenzaba á animarse.

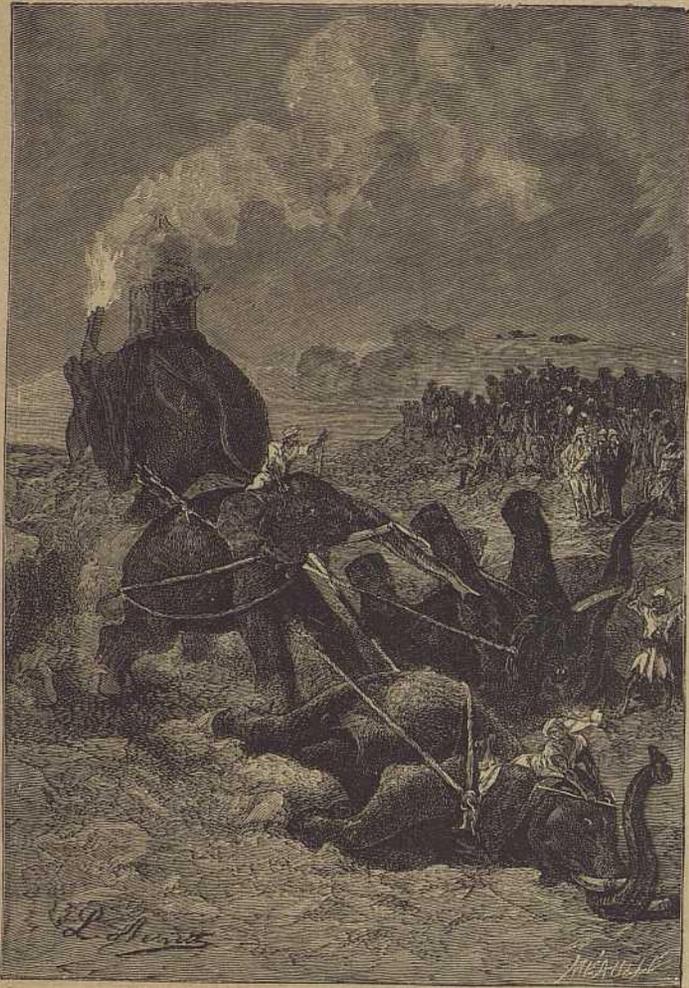
Veíase que no sufría fácilmente la contradicción.

—¿Podria hacerse la experiencia aquí mismo? dijo despues de un instante de reflexion.

—Bien se puede, respondió el ingeniero.

—Y hasta se puede hacer una apuesta considerable, añadió el príncipe Gurú Singh, á no ser que usted retroceda ante el temor de perderla, como retrocederia este elefante si tuviera que luchar con los míos.

—¡Retroceder el Gigante de Acero! exclamó el capitán Hod. ¿Quién se atreve á suponer semejante cosa?



Eran tres magníficos elefantes, originarios de Bengala.

—Yo, respondió Gurú Singh.

—¿Y qué apuesta vuestra alteza? respondió el ingeniero cruzándose de brazos.

—Cuatro mil rupias, respondió el príncipe, si ustedes las tienen para arriesgarlas.

Cuatro mil rupias vienen á ser diez mil francos. La apuesta era grande y yo ví que Banks por mas confianza que tuviese, no queria arriesgar semejante suma.

El capitán Hod hubiera perdido el doble si su modesto sueldo se lo hubiera permitido.

—¿No aceptan ustedes? dijo entonces su alteza, para quien 4,000 rupias representaban apenas el precio de un capricho pasajero. ¿Temen ustedes arriesgar 4,000 rupias?

—Aceptada la apuesta, dijo el coronel Munro que acababa de acercarse é intervino con ésta sola frase que tenia gran valor.

—¿El coronel Munro tiene 4,000 rupias? preguntó el príncipe Gurú Singh.

—Y también 40,000, dijo sir Eduardo Munro, si conviene á vuestra alteza.

—Aceptado, respondió Gurú Singh.

La situación se iba haciendo interesante. El ingeniero había estrechado la mano del coronel como para darle gracias por no dejarle avergonzado ante el desdenoso radya; pero sus cejas se habían frunciendo un instante y yo me preguntaba si no habría presumido demasiado del poder mecánico del aparato.

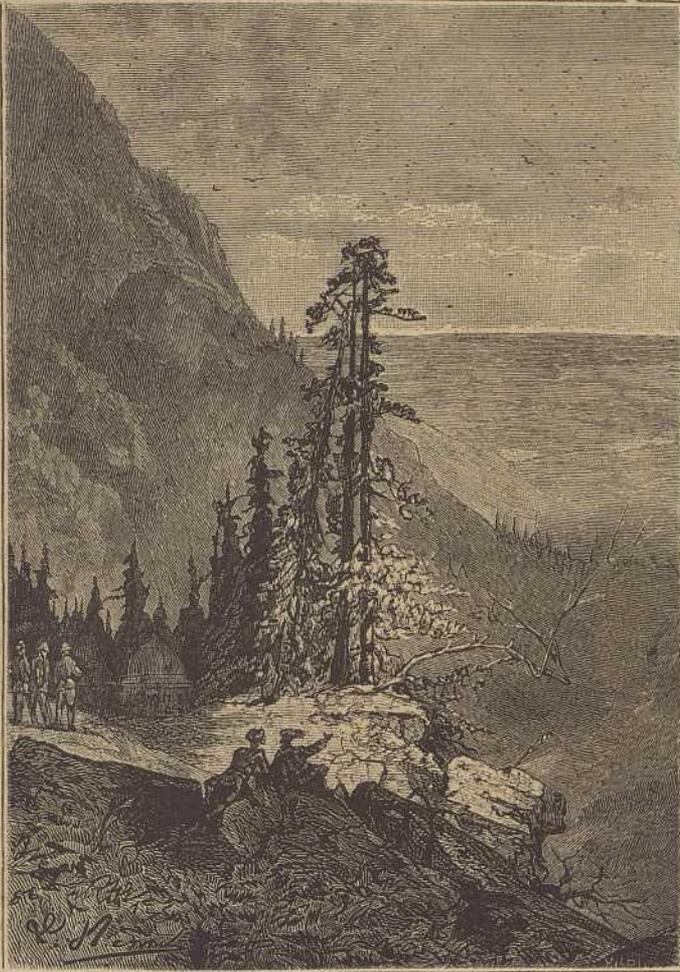
El capitán Hod estaba radiante de alegría, y frotándose las manos, se adelantó hacia el elefante gritando:

—¡Atención Gigante de Acero; se trata de trabajar por el honor de la vieja Inglaterra!

Toda nuestra gente se había formado á un lado del camino, y un centenar de indios había acudido del serai para asistir á la lucha que se preparaba.

Banks nos había dejado para subir á la torrecilla cerca de Storr que activaba el fogón y lanzaba un chorro de vapor al través de la trompa del Gigante de Acero.

A una señal del príncipe Gurú Singh, varios de sus servidores fueron al serai y volvieron con los tres elefantes desembarazados de todo su aparato de via-



Banks nos dió por última vez la voz de alto.

je. Eran tres animales magníficos, originarios de Bengala y de mas corpulencia que sus congéneres de la India meridional. Estaban en toda la fuerza de su edad y no dejaron de inspirarme cierta inquietud. Los mahuts, montados sobre sus enormes cuellos, les dirigian con la mano y les excitaban con la voz. Cuando los elefantes pasaron por delante de su alteza, el mayor de los tres, verdadero gigante de su especie, se detuvo, dobló las dos rodillas, levantó la trompa y saludó al príncipe como cortesano bien educado que era. Despues sus dos compañeros y él se acercaron al Gigante de Acero y le miraron con cierto estupor y no sin algun espanto.

Se fijaron entonces fuertes cadenas de hierro al tánder y á las barras del atalage ocultas en la traseira de nuestro elefante.

Confieso que me palpitaba el corazon. El capitán Hod, por su parte, se mordía los bigotes y no podía estar un instante en su sitio. El coronel Munro estaba tan tranquilo, y mas tranquilo puede decirse que el príncipe Gurú Singh.

—Ya está todo dispuesto, dijo el ingeniero. Cuando su alteza guste.

—Ahora mismo, respondió el príncipe.

Gurú Singh hizo una señal; los mahuts dieron un silbido particular y los tres elefantes, apoyando en el suelo sus poderosas piernas, tiraron á la vez. La máquina comenzó á retroceder algunos pasos.

Yo dí un grito; Hod pegó una patada en el suelo.

—Calza las ruedas, dijo simplemente el ingeniero, volviéndose hácia el maquinista.

Y con un golpe rápido, que fue seguido de un relincho de vapor, se aplicó el calzado atmosférico instantáneamente á las ruedas.

El Gigante de Acero se detuvo y no se movió.

Los mahuts excitaron á los tres elefantes, que con sus músculos en tension hicieron un nuevo esfuerzo. Todo fue inútil: nuestro elefante parecia haber echado raíces en el suelo. El príncipe Gurú Singh se mordió los labios hasta hacerles saltar sangre.

El capitán Hod no cesaba de aplaudir.

—¡Adelantel gritó Banks.

—Adelante, sí, repitió el capitán, adelante.

Se abrió completamente el regulador; gruesas nubes de vapor se escaparon una tras otras de la trompa; las ruedas descalzadas giraron lentamente mordiéndolo el suelo del camino; y los tres elefantes, á pesar de su resistencia espantosa, fueron arrastrados haciéndoles andar hacia atrás y abriendo en el suelo profundos surcos con sus patas.

—¡Adelante! ¡Adelante! gritaba el capitán Hod.

Y el Gigante de Acero, marchando siempre hacia adelante, hizo caer á los tres enormes animales tendidos sobre los costados arrastrándolos durante veinte pasos sin que nuestro elefante pareciese notar lo siquiera.

—¡Viva, viva! esclamaba el capitán Hod, sin poderse contener. Puede unirse á esos elefantes todo el serai de S. A. sin que nuestro Gigante de Acero retroceda un paso.

El coronel Munro hizo una señal con la mano. Banks cerró el regulador, y el aparato se detuvo.

Nada más digno de lástima que los tres elefantes de S. A.: con la trompa recogida y las patas al aire, se agitaban como gigantescos escarabajos vueltos patas arriba.

El príncipe, no menos irritado que avergonzado, se había marchado sin esperar el fin del experimento.

Desengancháronse los elefantes y se levantaron visiblemente humillados de su derrota. Cuando pasaron delante del Gigante de Acero, el mayor, á despecho del que le conducía, no pudo menos de doblar la rodilla y saludar con la trompa, como lo había hecho delante del príncipe Gurú Singh.

Un cuarto de hora después, un indio, el kamdar ó secretario de S. A., llegó á nuestro campamento y entregó al coronel un taleguillo que contenía 10,000 rupias, importe de la apuesta perdida.

El coronel Munro tomó el taleguillo, y volviéndose con desden, dijo:

Para la comitiva de S. A.

Después se dirigió tranquilamente hacia la Casa de Vapor.

No podía haberse dado una lección mejor al príncipe arrogante que tan desdeñosamente nos había provocado.

Entre tanto se había enganchado al tren el Gigante de Acero. Banks dió la señal de la marcha y nuestro tren partió á gran velocidad entre un concurso de indios maravillado. Sus gritos nos saludaron al paso, y pronto perdimos de vista detrás de un recodo del camino el serai del príncipe Gurú Singh.

Al día siguiente la Casa de Vapor comenzaba á subir las primeras cuestas que unen el país llano con la base de la frontera del Himalaya. Aquello no fue más que un juego para nuestro Gigante de Acero, que gracias á sus ochenta caballos de fuerza que llevaba en el vientre, había podido luchar sin trabajo contra los tres elefantes del príncipe Gurú Singh.

Aventuróse, pues, fácilmente por los caminos ascendentes de aquella región, sin que fuese necesario aumentar la presión ordinaria del vapor.

A la verdad era un espectáculo curioso ver al Gigante, vomitando chispas, arrastrar entre relinchos menos precipitados, pero más expansivos, los dos coches que subían por los caminos. La llanta rayaba el suelo cuyo macadam rechinaba desgranándose, y es preciso confesar que nuestro pesado animal dejaba detrás de sí profundos surcos y deterioraba el camino ya grandemente humedecido por las lluvias torrenciales.

De todos modos, la Casa de Vapor subía poco á poco; el panorama se ensanchaba á su espalda; y el horizonte se desarrollaba sobre un perímetro más ancho retrocediendo hasta perderse de vista.

El efecto producido era más sensible aun, cuando durante algunas horas entraba el camino bajo los

árboles de un espeso bosque. Entonces se abría algún claro como una inmensa ventana sobre la grupa de la montaña, el tren se detenía un instante si alguna húmeda niebla empañaba entonces la vista del paisaje ó el alto era de medio día, el paisaje sedibujaba más claramente. Entonces, los cuatro, asomados á la galería posterior, contemplábamos el magnífico espectáculo que se desarrollaba ante nuestros ojos.

Esta ascension interrumpida por altos más ó menos prolongados, según los casos y por los campamentos de noche, no duró menos de siete días, desde el 19 al 25 de junio.

—Con un poco de paciencia, decía el capitán Hod, nuestro tren subiría hasta las últimas cimas del Himalaya.

—No tenga usted tanta ambición, mi capitán, respondía el ingeniero.

—Pero ¿subiría, Banks?

—Sí, Hod, subiría, si no le faltaba camino practicable, con la condición de llevar combustible por que no le encontraría en los ventisqueros, y de llevar también aire respirable que le faltaría á 2,000 toesas de altura. Pero nosotros no tenemos para qué traspasar la zona habitable del Himalaya. Cuando el Gigante de Acero haya llegado á la altura média de los sanitarios, se detendrá en algún sitio agradable en la lina de un bosque alpestre, bajo una atmósfera refrescada por las corrientes superiores del espacio. Nuestro amigo Munro habrá trasladado su bungalow de Calcuta á las montañas del Nepal, y esto nos bastará, y aquí estaremos todo el tiempo que nos plazca.

No tardamos en encontrar, y fue el día 25 de junio, aquel sitio de descanso en donde debíamos acampar durante algunos meses. Hacía ya cuarenta y ocho horas que el camino iba siendo cada vez menos practicable, ya por no estar completamente construido, ya porque las lluvias hubieran formado en él profundos barrancos. El Gigante de Acero trabajaba mucho para arrastrar el tren, y tuvo que devorar un poco más de combustible. Algunos leños, añadidos al fuego de Kaluth, bastaron para aumentar la presión del vapor; pero nunca fue necesario largar las válvulas que no dejaban escapar el fluido sino bajo una tensión de siete atmósferas, tensión de la cual nunca pasamos.

Hacia también cuarenta y ocho horas que nuestro tren se aventuraba por un territorio casi desierto. Ya no se encontraban aldeas ni granjas; solo alguna habitación aislada, alguna casa perdida entre los grandes bosques de pinos que erizan los cerros meridionales de las montañas. Tres ó cuatro veces algunos montañeses nos saludaron con sus interjecciones admirativas; y al ver aquel aparato maravilloso subiendo por la montaña, sin duda creían que Brahma había tenido el capricho de transportar toda una pagoda á aquella altura inaccesible de la frontera del Nepal.

En fin, en aquel día, 25, Banks nos dió por última vez la voz de alto y declaró que allí terminaba la primera parte de nuestro viaje por la India septentrional. El tren se detenía en un vasto terreno despejado cerca de un torrente cuya agua límpida debía bastar á todas las necesidades de un campamento de algunos meses. Desde allí la vista podía abrazar la llanura en un perímetro de 50 ó 60 millas.

La Casa de Vapor se hallaba entonces á 325 leguas de su punto de partida, á 2,000 metros sobre el nivel del mar y al pie del Devalagari, cuya cima se perdía á 25,000 pies de altura.

CAPITULO VII.

EL PAL DE TANDIT.

Tenemos que abandonar por un momento al coronel Munro y á sus compañeros el ingeniero Banks, el capitán Hod y el francés Maucier, é interrumpir durante algunas páginas la relacion de este viaje, cuya primera parte, que comprendia el itinerario de Calcuta á la frontera indo-china, terminaba al pie de las montañas del Tibet.

El lector recordará el incidente que habia marcado el paso de la Casa de Vapor por Allahabad. Un número del *Diario* de aquella ciudad que llevaba la fecha del 25 de mayo, comunicó al coronel Munro la muerte de Nana Sahib. Esta noticia, con frecuencia esparcida y desmentida siempre. ¿era verdadera esta vez? Sir Eduardo Munro, con pormenores tan precisos, ¿podia dudar todavía? ¿No debia renunciar al fin á tomarse por su mano la justicia contra el rebelde de 1857?

Vamos á verlo diciendo lo que habia pasado desde la noche del 7 al 8 de marzo, durante la cual Nana Sahib, acompañado de Balao Rao, su hermano, y escoltado de sus mas fieles compañeros de armas y del indio Kalagani, habia salido de las cuevas de Adyuntah.

Sesenta horas despues el nabab llegaba á los estrechos desfiladeros de los montes Sautpurra, despues de haber atravesado el rio Tapi que desagua en la costa occidental de la península, cerca de Surate. Hallabase entonces á cien millas de Adyuntah en una parte poco frecuentada de la provincia, lo cual, por el momento, le daba cierta seguridad. El sitio estaba bien elegido.

Los montes Sautpurra, de mediana altura, dominan al Sur la cuenca del Nerbudda, cuyo límite septentrional está coronado por los montes Vindhya. Estas dos cordilleras, que corren casi paralelamente una á otra, entrelazan sus ramificaciones y proporcionan en aquel país accidentado refugios difíciles de descubrir. Pero si los Vindhya, á la altura del grado 23 de latitud, cortan la India casi enteramente de Occidente á Oriente, formando uno de los grandes lados del triángulo central de la península, no sucede lo mismo respecto de los Sautpurra que no pasan del grado 73 de longitud y vienen á empalmarse con el monte Kaligong.

Allí Nana se hallaba á la entrada del país de los Gunds, indomables, pertenecientes á la antigua raza imperfectamente sometida, á los cuales queria impulsar á la rebelion.

El país de Gudwana, cuyos habitantes Mr. Rousset considera como autóctonos, y en el cual está siempre dispuesta á fermentar la rebelion, es un territorio de 200 millas cuadradas que tiene una poblacion de mas de 3.000.000 de habitantes: parte importante del Indostan, que á decir verdad, no está sino nominalmente bajo la dominacion inglesa. El ferro-carril de Bombay á Allahabad, atraviesa, es verdad, este país del Sudoeste al Nordeste, y hasta tiene un ramal que va al centro de la provincia de Nagpore; pero las tribus de estas comarcas han permanecido en estado salvaje, refractarias á toda idea de civilizacion, impacientes por sacudir el yugo europeo, y en suma, muy difíciles de reducir en sus montañas. Esto lo sabia perfectamente Nana Sahib, y allí habia querido desde luego buscar asilo para librarse de las pesquisas de la policia inglesa y esperar la hora de suscitar el movimiento insurreccional.

Si lograba su empresa y los Gunds se levantaban á su voz y se ponian bajo su direccion, la rebelion podria tomar rápidamente una estension considerable.

En efecto, al norte del Gudwana está el Bundel-

kund, que comprende toda la region montañosa situada entre la meseta superior de los Vindhya y el importante rio Yumna. En este país, cubierto ó mejor dicho, erizado de los mas hermosos bosques virgenes del Indostan, viven los Bundelas, pueblo cruel y falso donde buscan y encuentran refugio fácilmente todos los criminales políticos y de toda especie. Allí se acumula una poblacion de dos millones y medio de habitantes en una superficie de 28.000 kilómetros cuadrados; allí se vive en estado de barbarie y allí se encuentran todavía aquellos antiguos partidarios que lucharon contra los invasores á las órdenes de Tippto-Sahib; de allí provienen los célebres estranguladores llamados thugs que por tan largo tiempo fueron el espanto de la India, fanáticos asesinos que sin verter nunca sangre han hecho innumerables victimas; allí las partidas de Pindarris han cometido casi impunemente las mas odiosas matanzas; allí pululan tambien los terribles Dacoits, secta de envenenadores que sigue las huellas de los thugs; y allí, en fin, se habia refugiado Nana Sahib despues de haberse librado de la persecucion de las tropas reales que se habian apoderado de Yansie haciéndoles perder su pista antes de pedir asilo mas seguro á los retiros inaccesibles de la frontera indo-china.

Al Este del Gudwana está el Khondistan ó país de los Khonds, como se llaman los feroces sectarios de Tado-Pennorr, el dios de la tierra y de Maunck-Soro, el dios rojo de los combates, sangrientos adeptos de los *merihas* ó sacrificios humanos que tanto trabajo cuesta á los ingleses destruir, salvajes dignos de ser comparados con los naturales de las islas mas bárbaras de la Polinesia, asesinos contra los cuales de 1840 á 1854 el mayor general John Campbell, los capitanes Macpherson, Macviccar y Frye, emprendieron largas y penosas expediciones, fanáticos, en fin, dispuestos á todo cuando una mano los empuja adelante bajo cualquier pretexto religioso.

Al occidente del Gudwana hay otro país, de un millon y medio á dos millones de almas, ocupado por los Bhils, poderosos antiguamente en el país de Malva y de Radyaputuna, hoy divididos en clases esparcidas por toda la region de los Vindhya, casi siempre embriagados del aguardiente que sacan del árbol llamado *mowah*, pero valientes, robustos, ágiles y con el oido siempre atento al *khisri* que es su grito de guerra y de saqueo.

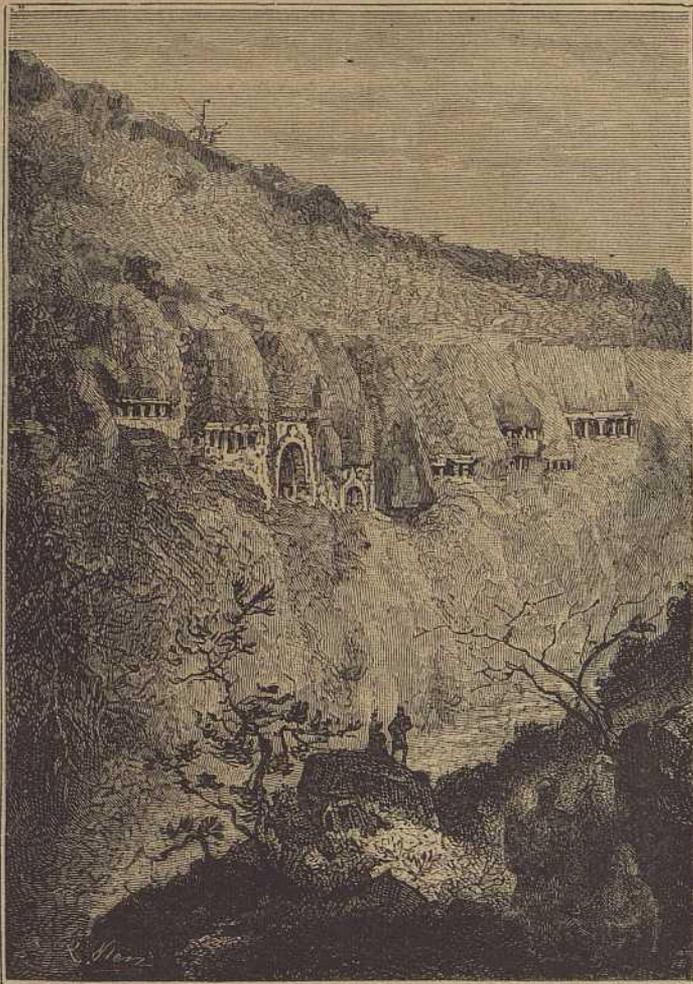
Como se ve Nana Sahib habia escogido bien su refugio. En aquella region central de la península en vez de una simple insurreccion militar esperaba suscitar un movimiento nacional en que tomaran parte los indios de todas las castas.

Pero antes de emprender nada, convenia fijarse en el país á fin de influir eficazmente sobre las poblaciones en la medida que las circunstancias lo permitieran. De aquí la necesidad de un asilo seguro, á lo menos por el momento, sin perjuicio de abandonarlo cuando llegara á escitar sospechas.

Tal fue el primer cuidado de Nana Sahib. Los indios que le habian seguido desde Adyuntah podian ir y venir libremente por toda la presidencia, y hasta Balao-Rao de quien nada decia el aviso del gobernador, hubiera podido gozar de la misma inmunidad á no ser por la semejanza que tenia con su hermano.

Desde su fuga á las fronteras del Nepal nadie habia fijado la atencion en su persona, y habia motivos para creerle muerto; pero equivocado con Nana Sahib, hubiera podido ser preso, y era preciso evitarlo á toda costa.

Así, pues, era necesario un asilo único para los dos hermanos, unidos en el mismo pensamiento y que aspiraban al mismo fin. No era difícil encontrar este asilo en los desfiladeros de los montes Sautpurra.



El valle de Adyuntah.

Un gund de su escolta que conocia el valle hasta en sus mas profundos retiros, se le indicó desde luego.

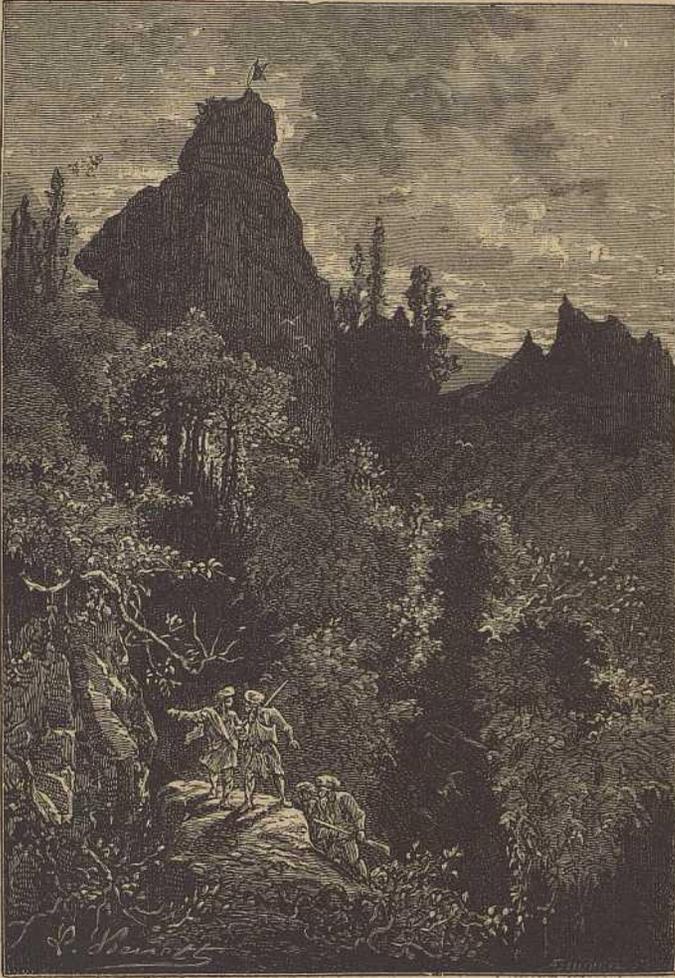
A la orilla derecha de un pequeño afluente del Nerbudda se hallaba un pal abandonado, llamado el pal de Tandit.

El pal es menos que una aldea, es apenas una reunion de chozas, y á veces una habitacion aislada. La familia nómada que lo ocupa se fija en él temporalmente; y despues de haber quemado algunos árboles cuyas cenizas sirven de abono al suelo durante una corta estacion, construye allí su morada. Pero como el pais es poco seguro, la casa toma el aspecto de un pequeño fuerte; se rodea de una empalizada y puede defenderse contra una sorpresa. Oculta además en algun espeso matorral entre cactus y maleza, es muy difícil descubrirla.

Ordinariamente el pal corona algun cerrillo que domina un valle estrecho entre dos contrafuertes escarpados y entre una espesura impenetrable de altos árboles. No parece que pueda servir de asilo á iriaturas humanas, porque no hay caminos que con-

duzcan á él, ni siquiera senderos de los cuales no hay indicios. Para llegar es preciso algunas veces subir por el lecho de un torrente, cuyas aguas borran todas las huellas. El que le pasa no deja ningun vestigio tras sí; en la estacion calorosa el agua llega hasta el tobillo; y en la estacion fria hasta las rodillas, y nada indica que un sér viviente haya pasado por aquel sitio. Además una avalancha de rocas que la mano de un niño bastaria para precipitar, aplastaria á todo el que intentase llegar hasta el pal contra la voluntad de sus habitantes.

Sin embargo, por aislados que estén los gunds en sus moradas inaccesibles, pueden comunicarse de pal á pal. Desde lo alto de los cerros desiguales de los montes de Sautpurra se propagan las señales en pocos minutos hasta 20 leguas de distancia. Estas señales son ó unas hogueras encendidas en la cima de una roca aguda ó un árbol convertido en antorcha gigantesca ó una simp'e humareda que corona la cima de algun contrafuerte. Sabido es lo que es/e significa: el enemigo, es decir, un destacamento de soldados del ejército real ó de agentes de la policia



El pal de Tandt.

nglesa ha pénétrado en el valle; sube por la orilla del Nerbudda; registra los desfiladeros en busca de algun malhechor refugiado en el país. El grito de guerra tan familiar al oído de los montañeses, se convierte en grito de alarma. Un extranjero le confundiría con el chillido de las aves nocturnas ó el silbido de los reptiles; pero el gund no se equivoca. Sabe que debe vigilar, y vigila; que debe huir, y huye. Los pales sospechosos son abandonados y aun quemados; los nómadas se refugian en otros retiros y los abandonan á su vez cuando son perseguidos de cerca, y en aquellos territorios cubiertos de cenizas los agentes de la autoridad no encuentran mas que ruinas. En uno de estos pales, en el pal de Tandt, fue donde Nana Sahib y los suyos se refugiaron conducidos por el fiel gund adicto á la caravana del nabab. En él se instalaron el 20 de marzo.

El primer cuidado de los dos hermanos cuando tomaron posesion del pal de Tandt fue reconocer minuciosamente las inmediaciones. Observaron primero en qué direccion y hasta dónde podia estenderse la vista; tomaron noticia de las casas que habia cer-

ca y de los que las ocupaban. La posicion de aquella pendiente aislada y de la eminencia que coronaba el pal de Tandt en medio de un bosque fue estudiada profundamente y comprendieron la imposibilidad de llegar hasta allí sin seguir el lecho de un torrente, el torrente de Nazur, por el cual acababan ellos mismos de subir.

Ofrecia, pues, todas las condiciones de seguridad, tanto mas cuanto que se levantaba encima de un subterráneo cuyas secretas salidas se abrian sobre la cuesta del contrafuerte y permitian en todo caso la fuga.

Nana Sahib y su hermano no hubieran podido encontrar un asilo mas seguro.

Pero no bastaba á Balao-Rao saber lo que era á la sazón el pal de Tandt, sino que quiso saber lo que habia sido, y mientras el nabab visitaba lo interior, continuó interrogando al gund:

—Voy á hacerte algunas preguntas, le dijo: ¿Desde cuándo está abandonado este pal?

—Ya hace mas de un año, respondió el gund.

—¿Quién le habitaba?

—Una familia de nómadas que no ha vivido mas que unos cuantos meses.

—¿Y por qué le han dejado?

—Porque el suelo era impropio para el cultivo.

—¿Y despues de su partida nadie, que tú sepas, ha venido á refugiarse aquí?

—Nadie.

—¿Ni un soldado del ejército real, ni un agente de policia ha puesto los pies en este recinto?

—Jamás.

—¿Ni le ha visitado ningun extraño?

—Ninguno, respondió el gund, á no ser una mujer.

—¿Una mujer? preguntó con curiosidad Balao-Rao.

—Sí, una mujer que desde hace tres años anda errante por el valle del Nerbudda.

—¿Y quién es esa mujer?

—Lo ignoro, respondió el gund. No puedo decir de dónde ha venido, y en todo el valle no hay nadie que lo sepa. No se ha podido nunca saber si es extranjera ó india.

Balao-Rao reflexionó un instante y despues dijo:

—¿Y qué hace esa mujer?

—Va y viene, respondió el gund. Vive únicamente de limosna. En todo el valle se la tiene en una especie de veneracion supersticiosa y yo mismo la he recibido muchas veces en mi propio pal. No habla jamás con nadie. Parece muda y no me admiraria que lo fuese. Por la noche se pasea llevando en la mano una tea encendida. Por eso se la conoce con el nombre de la Llama Errante.

—Pero, dijo Balao-Rao, si esa mujer conoce el pal de Tandit, ¿no puede venir aquí mientras nosotros le ocupemos? ¿No habrá algo que temer de ella?

—Nada, respondió, el gund. Esa mujer está demente; le falta la razon; sus ojos no ven lo que miran; sus oidos no se hacen cargo de lo que oyen; su lengua no sabe pronunciar una palabra. Para todas las cosas exteriores es como si estuviese ciega, sorda y muda. Es una loca, y una loca no es mas que una muerta que continúa viviendo.

El gund, en el lenguaje particular de los indios de las montañas, acababa de trazar el retrato de una extraña criatura muy conocida en el valle y llamada la Llama Errante del Nerbudda.

Era una mujer cuyo rostro pálido, hermoso todavía, envejecido, pero no viejo y privado de toda expresion, no indicaba ni su origen, ni su edad. Parecia que sus ojos hoscos se habian cerrado á la vida intelectual al presenciar algunas escenas espantosas que continuaba viendo en lo interior de su imaginacion.

Los montañeses habian acogido con benevolencia á aquella criatura inofensiva y privada de razon. Para ellos, como para todos los pueblos salvajes, los locos son seres sagrados á quienes protege un respeto supersticioso. Por eso recibian hospitalariamente á la Llama Errante donde quiera que se presentaba. Ningun pal le cerraba su puerta. Le daban de comer cuando tenia hambre, cama cuando estaba cansada sin esperar una sola palabra de agradecimiento que su boca no podia formular.

¿Desde cuando duraba aquella existencia? ¿De dónde procedia aquella mujer? ¿Hacia que época se habia presentado en el Gudwana? Hubiera sido difícil decirlo con exactitud. ¿Por qué se paseaba con una tea en la mano? ¿Era para guiar sus pasos? ¿Era para alejar á las fieras? Nadie lo sabia. Algunas veces desapareció durante meses enteros. ¿Qué era de ella en este tiempo? ¿Dejaba los desfiladeros de los montes Sautpurra para entrar en las gargantas de los Vindhya? ¿Se estraviaba al otro lado del Nerbudda llegando hasta el Malva ó el Bundelkund? Todo se ignoraba. Mas de una vez, prolongándose mucho su

ausencia, se la habia creído muerta; pero despues se la veia siempre la misma, sin que ni la fatiga, ni la enfermedad, ni la desnudez, pareciesen haber hecho mella en su constitucion, tan débil en apariencia.

Balao-Rao, estuvo muy atento á la relacion del indio, preguntándose interiormente si habria algun peligro en aquella circunstancia de que la Llama Errante conociese el pal de Tandit, de que hubiese buscado refugio en él y de que pudiera volver.

Preguntó, pues, al gund, si él ó los suyos sabian donde se encontraba entonces la loca. Lo ignoro, respondió el gund. Hace mas de seis meses que na lie la ha visto en el valle y es posible que haya muerto. Pero de todos modos, aunque se presentase de nuevo y viniese al pal de Tandit, nada habria que temer de ella; no es mas que una estátua viviente: no nos veria, ni nos oiria, ni sabria quiénes sois. Entraria, se sentaria junto al hogar; estaria aquí un dia ó dos; despues volveria á encender su tea, os dejaria y tornaria á vagar de casa en casa. Esta es toda su vida; la que ya tenia su razon muerta, es posible que haya muerto tambien materialmente.

Balao-Rao no creyó deber hablar de este incidente á Nana Sahib, y él mismo acabó por no darle grande importancia.

Un mes despues de su llegada al pal de Tandit, la Llama Errante no se habia presentado todavía en el valle del Nerbudda.

CAPITULO VIII.

LA LLAMA ERRANTE.

Nana Sahib durante todo un mes, desde el 12 de marzo al 12 de abril, permaneció oculto en el pal. Quería dar á las autoridades inglesas el tiempo de perder la pista para que abandonasen las pesquisas ó las dirigiesen hacia otra parte.

Si durante el dia los dos hermanos no salian de su asilo, en cambio sus partidarios recorrian el valle, visitaban las aldeas y las cabañas y anunciaban con palabras vagas la próxima aparicion de un terrible *multi*, semi-dios, semi-hombre; preparando los ánimos para un movimiento nacional.

Cuando llegaba la noche Nana Sahib se aventuraba á salir de su retiro y llegar hasta las orillas del Nerbudda. Iba de aldea en aldea, de pal en pal, mientras llegaba la hora de que pudiera recorrer con alguna seguridad el dominio de los radyas feudatarios de los ingleses. Nana Sahib, por otra parte, sabia que muchos radyas semi-independientes, que sufrían mal el yugo extranjero, se unirían á su bandera. Pero en aquel momento no se trataba mas que de influir en las poblaciones agrestes del Gudwana. Halló dispuestos para la sublevacion y prontos á seguirle, aquellos bhils bárbaros, aquellos khunds nómadas y aquellos gunds, tan poco civilizados como los naturales de las islas del Pacífico; y si por prudencia no se dió á conocer mas que á dos ó tres jefes poderosos de tribu, ésto le bastó para demostrarle que su nombre solo haria levantarse á varios millones de indios repartidos por la meseta central del Indostan.

Cuando los dos hermanos volvian al pal de Tandit se comunicaban mutuamente lo que habian visto, oido y hecho. Sus compañeros acudían tambien llevando de todas partes la noticia de que el espíritu de rebelion sopla como viento tempestuoso en el valle del Nerbudda. Los gunds estaban impacientes por oír el kisi ó sea el grito de guerra de los montañeses y precipitarse sobre los acantonamientos militares de la presidencia.

Pero no habia llegado la hora.

No bastaba, en efecto, que todo el pais comprendido entre los montes Sautpurra y los Vindhya estu-

viere en conflagración. Era preciso que el incendio pudiera comunicarse á las comarcas inmediatas y de aquí la necesidad de acumular combustibles en las provincias limítrofes del Nerbudda que estaban mas directamente bajo la autoridad inglesa. Era importante preparar en cada una de las ciudades y aldeas del Bhopal, de Malva, del Bundelkund y de todo el vasto reino de Scindia, un inmenso foco de rebelion que pudiera estallar en un momento dado. Pero Nana Sahib no queria, y en esto tenia razon, fiarse mas que de sí mismo para visitar á los antiguos partidarios de la insurreccion de 1857, los cuales, habiendo permanecido fieles á su causa y no habiendo creído jamás en su muerte, esperaban verle reaparecer un día ú otro.

Un mes despues de su llegada al pal de Tandit creyó poder empezar sus operaciones con toda seguridad. Pensó que se tenia ya por falsa su reaparicion en la provincia; sus partidarios le tenian al corriente de todo lo que el gobernador de la provincia de Bombay hacia para buscarle y prenderle. Sabia que durante los primeros días la autoridad habia hecho las pesquisas mas activas, aunque sin resultado. El pescador de Aurenghabad, el antiguo prisionero de Nana Sahib habia caido muerto á puñaladas y nadie habia podido sospechar que el faquir fugitivo, fuese el nabab Dandu Pant cuya cabeza acababa de ser pregonada. Una semana despues los rumores desaparecieron; los aspirantes á la prima de dos mil libras perdieron toda esperanza y el nombre de Nana Sahib volvió á caer en el olvido.

El nabab podia, pues, aventurarse mas, sin temor de ser conocido y realizar su campaña insurreccional. Unas veces bajo el traje de parsi, otras bajo el de simple labrador, un día solo, otro acompañado de su hermano, comenzaba á alejarse del pal de Tandit y subir hácia el Norte al otro lado del Nerbudda y aun mas allá de la vertiente septentrional de los Vindhvas. Un espía que le hubiera seguido los pasos le hubiera encontrado en Indore despues del 12 de abril.

Allí, en aquella capital del reino de Holcar, sin dejar de conservar el mas estricto incógnito, se puso en comunicacion con la numerosa poblacion rural empleada en el cultivo de los campos de ópio. Esta poblacion se componia de los ribiñas, de los mekranis, de los valayalis, ardientes, valerosos y fanáticos, en su mayor parte cipayos desertores del ejército indígena que se ocultaban bajo el traje de labradores indios.

Despues pasó el Betwa, afluente del Yumna, que corre hácia el Norte por la frontera occidental del Bundelkund, y el 19 de abril, atravesando un magnífico valle en que los dátiles y los mangos se multiplican con profusion, llegó á Suari.

Allí se levantan curiosos edificios de antigüedad muy remota. Son *topes*, especie de túmulos coronados de cúpulas hemisféricas que forman el grupo principal de Saldhara al norte del valle. De estos monumentos fúnebres, de estas moradas de los muertos, cuyos altares consagrados á los ritos budísticos, están abrigados por quita-soles de piedra; de esas tumbas vacias desde hace tantos siglos salieron á la voz de Nana Sahib centenares de fugitivos. Ocultos entre las ruinas para librarse de las terribles represalias de los ingleses, una palabra bastó para hacerles comprender lo que el nabab esperaba de ellos, y un gesto debia bastar llegada la hora para arrojarlos en masa sobre los invasores.

El 24 de abril Nana Sahib estaba en Bhilsa, cabeza de un distrito importante de Malva; y en las ruinas de la antigua ciudad reunia elementos de rebelion que no le hubiera podido dar la ciudad nueva.

El 27 de abril llegó á Raygurh, cerca de la frontera del reino de Pannah, y el 30 á las ruinas de la

antigua ciudad de Sangor, no lejos del sitio donde el general Sir Hugo Rose dió contra los insurgentes una sangrienta batalla que le hizo dueño de la garganta de Maudampore, llave de los desfiladeros de los Vindhvas.

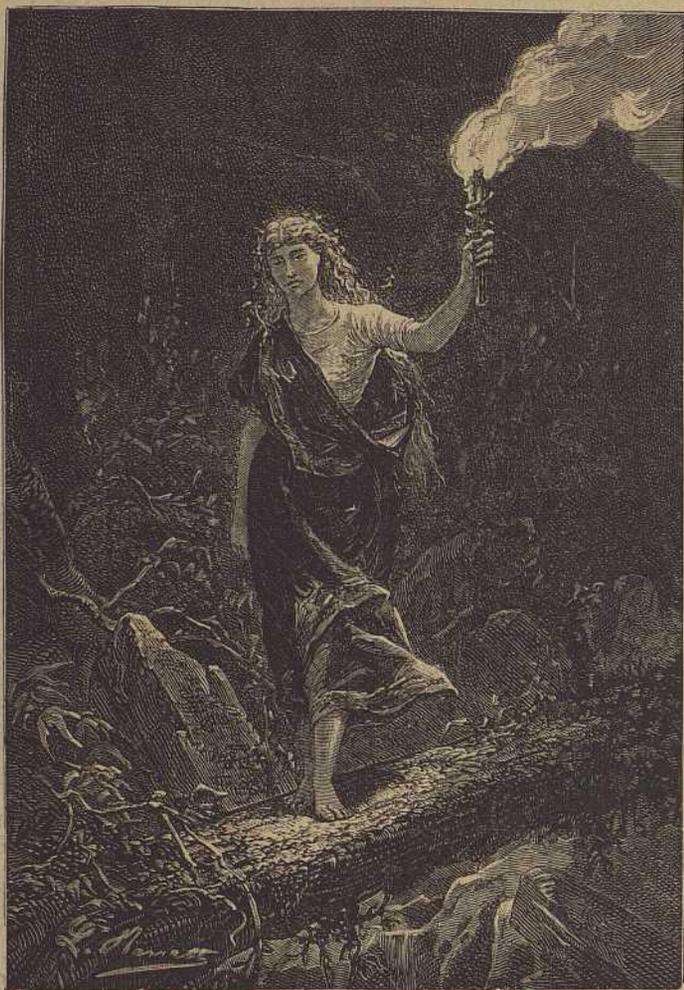
Allí se reunió con él su hermano acompañado de Kalaganí y ambos se dieron á conocer á los jefes de las principales tribus en quienes tenian absoluta confianza. En estos conciliábulos se discutieron y determinaron los preliminares de una insurreccion general, segun los cuales mientras Nana Sahib y Balao-Rao operaban hácia el Sur, sus aliados debian maniobrar en la parte septentrional de los Vindhvas. Antes de volver al valle del Nerbudda los dos hermanos quisieron visitar otra vez el reino de Pannah. Siguiéron el curso del Keyne á la sombra de teks gigantescos, de bambúes colosales y que se multiplican como por encanto y parecen destinados á invadir la India entera. Allí abistaron muchos y feroces adeptos entre el miserable personal que explota por cuenta del radya las ricas minas de diamantes del territorio. Este radya, dice Mr. de Rousselet, «comprendiendo la posicion en que ha dejado la dominacion inglesa á los principes del Bundelkund, ha preferido el papel de rico propietario territorial al de un reyezuelo insignificante.» Y en efecto, es un rico propietario. La region diamantífera que posee se estiende por un espacio de 30 kilómetros al norte de Pannah, y la explotacion de sus minas de diamantes, los mas estimados en los mercados de Benarés y de Allahabad, ocupa un gran número de indios. Entre estos desdichados, sometidos á los mas duros trabajos y á quienes el radya hace decapitar cuando bajan los rendimientos de las minas, Nana Sahib debia encontrar millares de partidarios, prontos á arrostrar la muerte por la independencia de su país.

Desde allí los dos hermanos bajaron hácia el Nerbudda para volver al pal de Tandit, y antes de suscitar la sublevacion del Sur que debia coincidir con la del Norte, quisieron detenerse en Bhopal, importante ciudad musulmana que continua siendo capital del islamismo en la India, y cuya princesa ó begum, permaneció fiel á los ingleses durante todo el periodo insurreccional.

Acompañados de una docena de gunds llegaron á Bhopal el 24 de mayo último, día de las fiestas del Moharren instituidas para celebrar la renovacion del año musulman. Ambos se habian disfrazado con el traje de *yoguis*, siniestros mendigos religiosos armados de largos puñales corvos con los cuales se hiere por fanatismo, pero sin hacerse gran daño ni correr gran peligro.

Los dos hermanos, bajo este disfraz, se unieron sin ser conocidos á la procesion que recorria las calles de la ciudad entre muchos elefantes que llevaban sobre sus lomos *tadzias*, especie de temples de 20 pies de altura. Habian podido mezclarse entre los musulmanes ricamente vestidos de túnicas bordadas de oro y turbantes de muselina; se habian confundido entre las filas de los músicos, de los soldados, de las bayaderas, de los jóvenes disfrazados de mujeres, estraña aglomeracion que daba á la ceremonia un carácter carnavalesco. Con aquellos indios de todas castas, entre las cuales contaban con muchos partidarios, habian podido cambiar cierta especie de signos masónicos familiares á los individuos rebeldes de 1857.

Al anochecer toda aquella gente se habia dirigido hácia el lago que baña el arrabal oriental de la ciudad. Allí, en medio de grandes gritos, de detonaciones de armas de fuego, y de la crepitacion de los petardos á la luz de mil antorchas, todos aquellos fanáticos precipitaron las *tadzias* en las aguas del lago; con lo cual concluyeron las fiestas del Moharren.



La Llama Errante.

En aquel momento Nana Sahib sintió que una mano se posaba sobre sus hombros. Se volvió y vió á su lado á un bengalí.

Era aquel indio uno de sus antiguos compañeros de armas de Luknow. Preguntóle con la mirada.

El bengalí se limitó á murmurar las palabras siguientes, que Nana Sahib oyó sin que ningun gesto diese á conocer su emocion.

—El coronel Munro ha salido de Calcuta.

—¿Dónde está?

—Ayer estaba en Benarés.

—¿A dónde va?

—A la frontera del Nepal.

—¿Con qué objeto?

—Para residir allí algunos meses.

—¿Y despues?

—Volverá á Bombay.

Se oyó un silbido. Un indio, penetrando al través de la multitud, llegó cerca de Nana Sahib.

Era Kalaganí.

—Ponte en camino inmediatamente, dijo el na-

bab. El coronel Munro sube hácia el Norte; síguete los pasos; préstale algun servicio para engañarle y arriesga la vida si es preciso. No te separes de él hasta que haya pasado mas allá de los Vindhias y llegado al valle del Nerbudda. Entonces, y solamente entonces, vendrás á darme aviso de su presencia.

Kalaganí se contentó por toda respuesta con una señal afirmativa y desapareció entre la multitud. Un gesto del nabab era para él una orden: diez minutos despues habia salido de Bhopal.

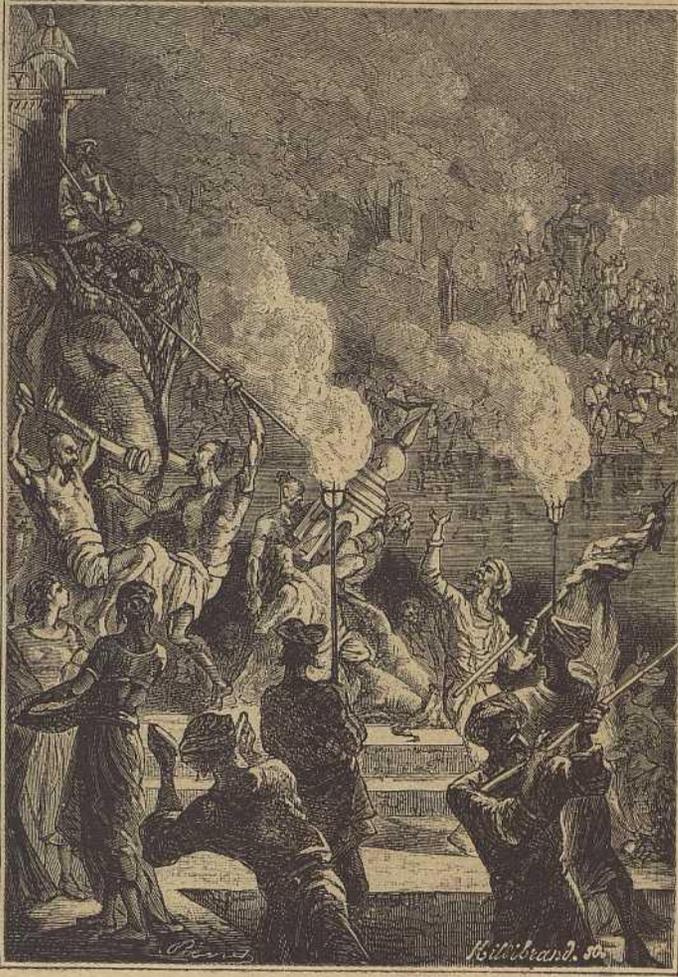
En aquel momento Balao-Rao se acercó á su hermano.

—Ya es tiempo de marchar, le dijo.

—Sí, respondió Nana Sahib; es preciso que estemos antes de amanecer en el pal de Tandit.

—¿En marcha!

Ambos, seguidos de sus gunds, subieron por la orilla septentrional del lago hasta una granja aislada donde les esperaban los caballos para ellos y su escolta. Eran caballos corredores, de esos á los cuales se da un alimento fuerte mezclado de especias, y que



Allí en medio de grandes gritos, aquellos fanáticos precipitaron las *tudzias* en el lago.

pueden andar cincuenta millas en una sola noche. A las ocho galopaban por el camino de Bhopal á los Vindhias.

Si el nabab queria llegar antes del alba al pal de Tandit no era mas que por medida de prudencia porque preferia que su vuelta al valle no fuese notada.

La pequeña caravana marchó, pues, con toda la velocidad que permitian sus caballos.

Nana sahib y Balao-Rao iban uno tras otro sin hablarse; pero el mismo pensamiento ocupaba su imaginacion. De aquella escursion al otro lado de los Vindhias llevaban mas que una esperanza; evaban la certidumbre de que abrazarian su causa innumerales partidarios. La meseta central de la India estaba toda en sus manos. Los acantonamientos militares repartidos en aquel vasto territorio, no podrian resistir á las primeras acometidas de los insurrectos. Su aniquilamiento daria libre curso á la rebelion que no tardaria en levantar de un litoral al otro toda una muralla de indios fanatizados, contra la cual podria estrellarse el ejército real,

Pero al mismo tiempo Nana Sahib pensaba en la feliz casualidad que iba á entregarle al coronel Munro. El coronel acababa de salir de Calcuta donde era difícil atacarle. Una vez fuera de la capital, todos sus movimientos serian conocidos del nabab, y sin que pudiera sospecharlo, la mano de Kalaganí le goiaria hácia el pais agreste de las Vindhias donde nadie podria evitarle el suplicio que le reservaba el ódio de Nana Sahib.

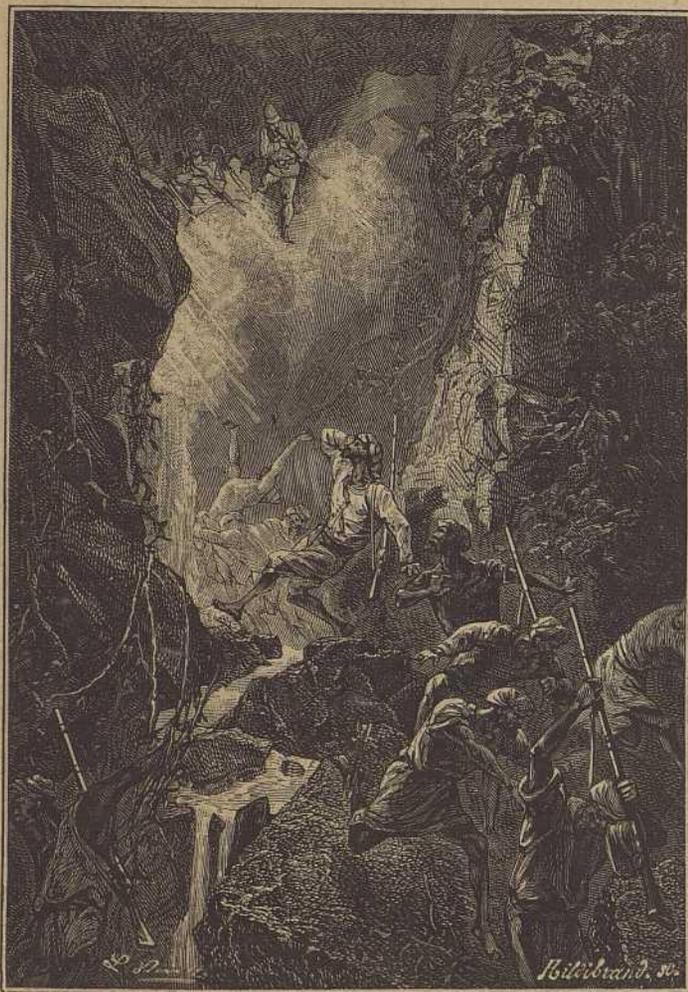
Balao Rao no sabia nada de la conversacion entre el bengali y su hermano, y solo cuando llegaron cerca del pal de Tandit, mientras los caballos descansaban un instante, le contó Nana Sahib aquella conversacion en estos términos:

—Munro ha salido de Calcuta y se dirige hácia Bombay.

—El camino de Bombay, dijo Balao-Rao, llega hasta las playas del Océano indio.

—El camino de Bombay esta vez, dijo Nana Sahib, terminará en los Vindhias.

Con esta respuesta lo decia todo.



Cinco ó seis indios cayeron; los otros se arrojaron al torrente del Nazur.

Los caballos volvieron á marchar al galope y se lanzaron al través del bosque en que comenzaba el valle del Nerbudda.

Eran entonces las cinco de la mañana y empezaba á amanecer. Nana Sahib, Balao-Rao y sus compañeros acababan de llegar al lecho torrencial del Nazur, que conducía hácia el pal.

Allí se apearon de los caballos que fueron conducidos por dos gunds á la aldea mas próxima.

Los demás siguieron á los dos hermanos que subieron á pie por las aguas del torrente.

Todo estaba en calma; los primeros ruidos del día aun no habian interrumpido el silencio de la noche.

De repente se oyó un tiro seguido de otros muchos, y al mismo tiempo estos gritos:

— ¡Hurra, hurra; adelante!

Un oficial, al frente de unos cincuenta soldados del ejército real, se presentó en la cresta del pal.

— ¡Fuego, y que ninguno se escape! gritó el oficial.

A esta voz siguió una nueva descarga dirigida casi á boca de jarro sobre el grupo de gunds que rodeaba á Nana Saib y á su hermano.

Cinco ó seis indios cayeron; los otros se arrojaron al torrente del Nazur y desaparecieron bajo los primeros árboles del bosque.

— ¡Nana Sahib, Nana Sahib! gritaron los ingleses penetrando en el estrecho barranco.

Entonces uno de ellos, que habia sido herido mortalmente, se incorporó tendiendo la mano hácia los ingleses.

— ¡Mueran los invasores! gritó con voz terrible todavía, y volvió á caer sin movimiento.

El oficial se acercó al cadáver.

— ¡Es este Nana Sahib? preguntó.

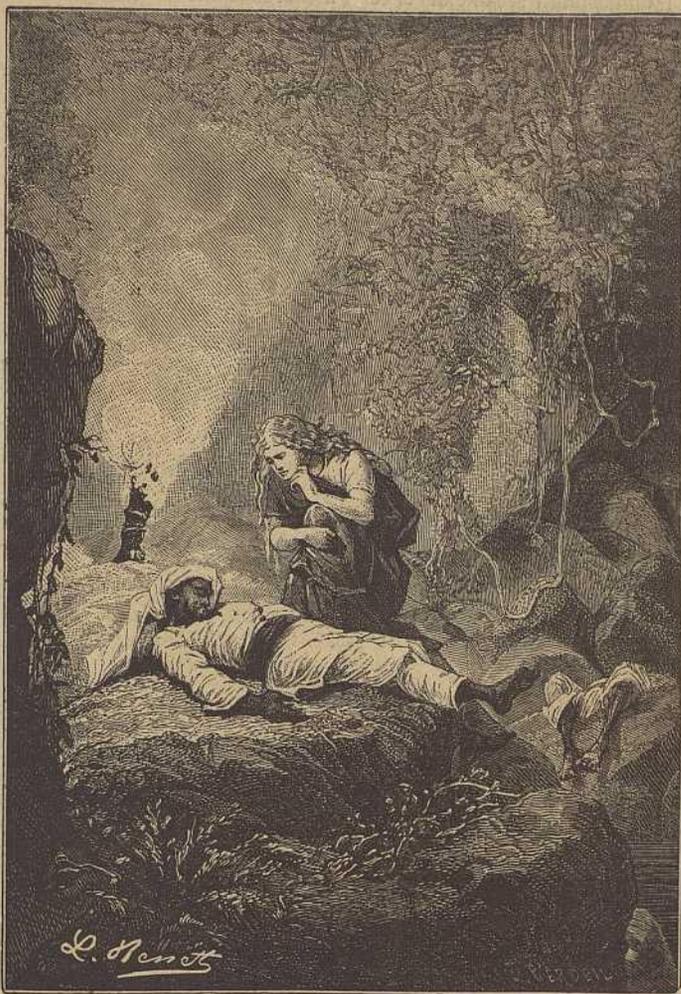
— El es, en efecto, respondieron dos soldados del destacamento, que por haber estado de guarnición en Cawnpore, conocian perfectamente al nabab.

— Pues ahora vamos á los demás, gritó el oficial.

Y todo el destacamento se precipitó hácia el bosque en persecucion de los gunds.

Apenas habia desaparecido, una sombra pasó por el escarpe que coronaba el pal de Tandit.

Era la Llama Errante cubierta con una larga túnica parda ceñida á la cintura por el cordon de un languti.



La loca se arrodilló.

La víspera por la noche aquella loca había sido la guía inconsciente del oficial inglés y de sus soldados. De regreso al valle desde el día anterior, se dirigía maquinalmente al pal de Tandit, hácia el cual la llamaba una especie de instinto. Pero aquella vez la extraña criatura á quien creían muda, dejaba escapar de sus labios un nombre, nada mas que uno, el del asesino de Cawnpore.

—; Nana Sahib, Nana Sahib! repetía, como si la imagen del nabab, por algun presentimiento inexplicable, se hubiera presentado á su imaginacion y á sus recuerdos.

Este nombre llamó la atención del oficial. Siguió los pasos de la loca, la cual no parecía advertirlo ni ver á los soldados que la siguieron hasta el pal de Tandit. ¿Era allí donde se había refugiado el nabab cuya cabeza estaba pregonada? El oficial adoptó las medidas necesarias; hizo vigilar el lecho del Nazur, y esperó la llegada del día. Cuando Nana Sahib y sus gunds entraron en el torrente, se les recibió con una descarga que hizo caer á muchos, y entre ellos al jefe de la insurreccion de los cipayos.

Tal fue el encuentro que el telégrafo anunció el mismo día al gobernador de la presidencia de Bombay. Aquel telegrama recorrió toda la península; los periódicos le reprodujeron inmediatamente, y así pudo llegar á conocimiento del coronel Munro el 26 de mayo por medio de la *Gaceta* de Allahabad.

Esta vez no había que dudar de la muerte de Nana Sahib. Su identidad estaba reconocida, y el periódico podía decir con razon que el reino de la India no tenía ya nada que temer del cruel radya que le había costado tanta sangre.

La loca, entre tanto, despues de haber salido del pal de Tandit, bajó al lecho del Nazur. De sus ojos hoscos salía como el resplandor de un fuego interno no se hubiera encendido repentinamente en ella, y maquinalmente sus labios repetían el nombre del nabab.

Así llegó al sitio donde yacían los cadáveres y se detuvo delante del que había sido reconocido por los soldados de Luknow. El rostro contraído de aquel muerto parecía todavía amenazar á los ingleses. Hubiérase dicho que habiendo vivido tan solo para la venganza, el ódio sobrevivía todavía en él.

—La loca se arrodilló, se apoyó con las dos manos sobre el cuerpo acribillado de balas, cuya sangre manchó los pliegues de su túnica; le miró detenidamente y después, levantándose y sacudiendo la cabeza á un lado y á otro, bajó lentamente por el lecho del Nazur. La Llama Errante había vuelto á caer en su indiferencia habitual, y su boca no repetía ya el nombre maldito de Nana Sahib.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

INDICE.

	<u>PÁGINAS.</u>
CAPITULO I. — Allahabad.	5
II. — Via dolorosa.	7
III. — El cambio de monzon.	14
IV. — Tres fuegos.	19
V. — Proezas del capitán Hod.	25
VI. — Uno contra tres.	31
VII. — El pal de Tandit.	39
VIII. — La Llama Errante.	42